



TRAICIÓN AL CORAZÓN

ANNABETH BERKLEY

Traición al corazón

Traición al corazón
ANNABETH BERKLEY

© 2024, Annabeth Berkley

ISBN:

Corrección: Mar Mena Ruiz

Diseño de cubierta: Roma García

Imágenes compradas en Adobe Stock

Impresión independiente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Tengo un regalo para ti:

Antes que nada, muchas gracias por querer leer mi novela.

Sinceramente espero que te guste, y si es así, me encantaría que me dejaras un testimonio al respecto en las redes sociales.

Quiero agradecerte tu confianza invitándote a descargar gratuitamente el libro «Una pasión escondida» de la serie Edentown, en este enlace:
<http://www.annabethberkley.com/descarga-una-pasion-escondida/>

Disfruta de la lectura

¡¡Un abrazo!!

Annabeth Berkley

*«Cada vez que seas honesto
y te guíes por la honestidad,
una fuerza de éxito te impulsará
hacia un mayor éxito.
Cada vez que mientas,
incluso una pequeña mentira blanca,
habrá fuerzas que te empujarán
hacia el fracaso»
Nathaniel Hawthorne*

*Con todo mi cariño y admiración para
todos aquellos que, de manera consciente,
se superan a sí mismos.*

Traición al corazón

Tenía que darse prisa en llegar a casa de Astrid. Era cuestión de vida o muerte. No le gustaba conducir rápido, pero estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario. No se detuvo a pensar. Ni siquiera a tomar aire. El calor era asfixiante a esas horas. Pisó el acelerador. Solo tuvo que esquivar unos cuantos coches. Afortunadamente, la circulación era fluida. Llegó como un rayo hasta la sofisticada y elegante mansión en la que vivía su amiga en aquel barrio residencial de las afueras de Nueva York.

Chirriaron las ruedas al entrar en la rotonda. Frenó en seco frente a la puerta. Otro coche, utilitario como el de ella, de color azul, frenó detrás unos segundos más tarde.

—¡Emmeline Barnes! ¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre conducir así? Me has adelantado dándome un susto de muerte —exclamó una joven pelirroja de chispeantes ojos verdes yendo hacia ella tras cerrar su coche de un portazo—. ¿Qué te pasa?

—Leanna, no tengo tiempo para explicaciones —le respondió Emme sacando del asiento del copiloto un pájaro, con plumaje marrón, desvanecido—. ¡¡Astrid!! ¡¡Abre la puerta!!

—Pero ¿qué... —preguntó Leanna Clancy, yendo hacia ella.

Una joven de preciosos ojos azules y labios pintados de rojo abrió la puerta, extrañada por los gritos que oía fuera. Estaba envuelta en un vaporoso pareo de color blanco que contrastaba con su larga melena negra.

—*¡Rápido, déjame pasar!* Necesito ir a la cocina —exclamó Emme entrando con el pájaro moribundo entre las manos.

El frescor del aire acondicionado en la mansión de su amiga alivió el calor que sentía. Ni su ligero vestido floreado, ni su cabello rubio recogido lo habían conseguido. Era urgente llegar a la cocina.

—¿Qué es eso? —preguntó Astrid Ringwald, confundida mientras veía entrar a sus dos amigas.

—Podía haber tenido un accidente. Conducía como si le fuera la vida en ello —le explicó Leanna cerrando la puerta tras ella—. Y luego decís que la impaciente soy yo.

—Es que lo eres—confirmó Astrid siguiendo a sus amigas hasta su amplia e impecable cocina.

—Y Emme, una inconsciente —se defendió la pelirroja—. Podía haberse matado conduciendo como lo hacía y todo ¿por qué? ¿Por un pájaro?

—Con Bobby hizo lo mismo...

Emme dejó al indefenso animal sobre la encimera de mármol junto al grifo. Con sus manos mojadas intentaba refrescar su cuerpo debilitado y darle de beber agua, gota a gota, en el pico.

Cuando lo vio reaccionar, suspiró aliviada. Se había salvado. Debía ser horrible estar agonizando sobre el asfalto, bajo el calor que apretaba a las tres de la tarde, sin nadie que reparara en que estabas a punto de morir sediento, como si tu vida no significara nada o no fueras importante. Levantó la cabeza, satisfecha porque el indefenso animal contara con otra oportunidad para disfrutar de la vida.

Sus dos amigas estaban frente a ella, apoyadas en la impoluta isla de la cocina, mirándola detenidamente y parecía que esperaban una explicación.

—No me miréis así. No iba a dejarlo a su suerte. Hubiera muerto. Ha debido de ser un

golpe de calor. Solo necesita refrescarse un poco y descansar.

—Yo soy la que necesita refrescarse un poco y descansar —la corrigió Leanna asegurándose de que llevaba a modo de diadema las gafas de sol—. Tú estás loca. No puedes ir recogiendo todo ser viviente que necesite tu ayuda.

—Lo siento, pero no puedo mirar hacia otro lado —confirmó satisfecha porque el pájaro empezaba a mover ligeramente sus alas mirando de un lado a otro.

Leanna resopló negando con la cabeza.

—Ya queda poco para acabar las clases, ¿no? —le preguntó Astrid dirigiéndose a la nevera para sacar el té helado que había preparado para tomar cuando llegaran.

—Sí. Estamos en la evaluación final, pero te juro que necesito ya unas vacaciones —respondió Leanna bajándose las gafas, dispuesta a disfrutar de una tarde de relax con sus amigas.

—Emme, cuando acabes de jugar a ser veterinaria, sales al jardín. Te esperamos tumbadas frente a la piscina —le avisó Astrid dirigiéndose a la amplia puerta acristalada que conducía al jardín con la jarra de té y tres vasos altos llenos de hielo picado sobre una bandeja.

Leanna cogió el cuenco de fruta, fresca y variada, que Astrid había cortado previamente y tres tenedores y la siguió sin pérdida de tiempo.

Emme asintió con una sonrisa. Miró al pájaro, satisfecha. No sabía qué más podía hacer por él. Dejó, con toda la intención, el grifo del agua goteando ligeramente por si el pájaro quería aprovechar para refrescarse y salió tras ellas.

—Te podía haber pedido una barrita de esas de muesli que seguro que tienes por si el pájaro necesitaba reponer fuerzas.

—Están en el armario de arriba junto a la nevera —le indicó Astrid despreocupada, empezando a untarse el protector solar en los brazos.

Emme asintió antes de volver adentro. El pájaro parecía empezar a espabilarse un poco más. Le dejó desmigada media barrita de muesli y semillas y volvió con sus amigas comiéndose el resto.

Las tres tumbonas estaban frente a la piscina de agua clara y más que apetecible. Era impresionante lo que Astrid había conseguido por sí misma gracias a su esfuerzo, su talento y su ambición en el sector inmobiliario.

Ella también quería probarse a sí misma que podía ganarse su puesto en la prestigiosa empresa, propiedad de su familia, por mucho que a su padre le molestara.

Leanna era ajena al mundo empresarial. Siendo profesora de literatura en el instituto bastante tenía con conseguir que sus alumnos manifestaran interés por algo que no fueran las redes sociales.

Habían coincidido en el primer trimestre de la universidad y aunque Astrid la dejó poco después, habían mantenido la amistad y se habían hecho inseparables.

Leanna ya se había quitado su camiseta de tirantes y su pantalón vaquero corto y lucía un bikini verde que contrastaba con su piel blanca. Emme se quitó su holgado vestido salpicado con pequeñas florecitas y se acomodó su bikini rojo mientras que Astrid, tras servir el té en los vasos altos, dejaba el pareo sobre la hierba junto a las hamacas y se tumbaba relajada con su bikini de color blanco.

—¿Ya tenéis planes para este verano? —les preguntó Leanna recogiendo su largo cabello con la goma elástica que llevaba en la muñeca.

—Yo acudiré a final de mes a un Mastermind empresarial. Será solo de un fin de semana en Hawái, pero me apetece mucho. Probablemente me apunte también al siguiente, aunque sea un retiro de una semana completa.

—Ya me gustaría que mis alumnos tuvieran la mitad de ganas de aprender que tú — comentó Leanna recostándose en la hamaca—. Yo creo que iré a visitar a mi hermano, si es que me coge el teléfono alguna vez.

—Pues yo —resopló Emme—, no sé lo que haré. Mi padre está presionándome de nuevo para que vaya a trabajar con él a su empresa.

—¿Y qué le vas a decir? —le preguntó Astrid mirándola con la misma curiosidad que Leanna.

—¿Qué puede quitarte ahora? —le preguntó la pelirroja antes de tomar un sorbo de su té helado—. Ya te bloqueó las tarjetas de crédito y se quedó tu coche...

Emme suspiró más relajada al sentir el apoyo de sus queridas amigas.

—¿Tan difícil de comprender es que quiera conseguir los triunfos por mí misma? Quiero ascender desde abajo, aprender en otras empresas... —se justificó resignada.

—Siempre viene bien tener un mentor —le recordó Astrid encogiéndose de hombros.

—Pero mi padre no es como tu Jeff, y yo no quiero ser como él.

—No sé qué habría sido de mí sin Jeff —reconoció Astrid levantando su vaso—. Brindemos y aprovechemos el tiempo hasta que llegue el verano. Todavía tenemos mucho que hacer.

—Y exámenes que corregir —le respondió Leanna resoplando cansada.

—Bueno, yo no tengo mucho que hacer, solo seguir con mi vida rutinaria... ¡Mirad! El pájaro se ha recuperado —exclamó Emme sonriente viendo cómo revoloteaba al salir por la misma puerta que ellas.

Dio dos vueltas sobre sus cabezas antes de continuar su camino y perderse de vista.

—¿Ves? La vida a veces te trae sorpresas bonitas —les recordó Emme alzando su vaso.

—Yo me conformo con que me llame mi hermano. — Leanna alzó su vaso.

—Yo, con que todo vaya bien en mi siguiente adquisición —sonrió Astrid.

Las tres amigas brindaron dispuestas a disfrutar del calor del sol y de la piscina a lo largo de la tarde.



A la mañana siguiente, Emme suspiró resignada, cuando Bobby, su precioso Golden Retriever de cuatro años, se detuvo junto a uno de los bancos del parque para buscar las caricias del indigente que estaba tranquilamente sentado.

Volvía de su paseo matutino diario y aún tenía que pasar por casa para dejarlo y tomarse su segundo café antes de ir al trabajo. «Bobby era demasiado sociable», pensó acercándose a él para alejarlo del hombre.

Lo llamó un par de veces, pero ni Bobby ni el amable desconocido parecían reparar en ella, así que tuvo que acercarse un poco más.

El indigente vestía unos viejos pantalones vaqueros que parecían de alguna temporada anterior, una americana que había pasado por mejores momentos y unos viejos zapatos de cordones. No parecía muy mayor, y no lo había visto antes por allí. Pensó en tirar impaciente de la correa, cuando se percató de que el hombre sonreía mientras, incansable, Bobby insistía en que le acariciara la cabeza una y otra vez.

—Disculpa —le pidió incómoda—. Bobby es muy cariñoso.

Tiró de la correa esperando no resultar demasiado brusca. No vivía en el mejor distrito de Nueva York. Sabía que en el parque cercano a su casa algunos *sin techo* dormían, pero solían ser personas tranquilas y discretas por lo que tampoco le asustaba mucho pasear a esas horas tan tempranas ella sola. Al medio día volvía al parque, pero en el último paseo diario, el nocturno, se conformaba con pasear por la acera de la calle y no alejarse mucho de su casa.

Vivía allí porque quería. Podría estar viviendo en pleno centro de Manhattan, pero se había prometido a ella misma demostrar a su padre que podía empezar de cero y aprender todo lo que hiciera falta para asumir la presidencia de la empresa familiar. No quería escuchar ningún tipo de reproche en cuanto a su capacidad para hacerlo cuando considerara que había llegado el momento ni sentir que le habían regalado el puesto por ser hija del dueño.

Llevaba dos años trabajando en diferentes empresas, en distintos puestos administrativos, para conocer el funcionamiento del mundo empresarial desde diferentes perspectivas, y se sentía muy orgullosa de sí misma, sentimiento que no parecía compartir su padre.

No le importaba que él le hubiera cancelado las tarjetas de crédito ni que se hubiera quedado con el coche que le había regalado dos años antes por su treinta cumpleaños.

—Vamos, Bobby —consiguió separar a su fiel amigo del amable indigente.

Logan Stone vio alejarse al primer ser vivo que le había mostrado afecto sincero desde no recordaba cuánto tiempo. Se echó hacia atrás en el banco de madera en el que estaba sentado y se llevó las manos a la cara apesadumbrado.

Se levantó de un salto. No iba a permitirse caer en la autocompasión y el pesimismo. Tenía por delante otro nuevo día en el que encontrar un trabajo que le permitiera, por lo menos, un lugar para dormir.

Llevaba dos noches pernoctando en la calle. Algo que nunca habría creído que tendría que hacer. Algo que jamás habría imaginado que pudiera pasarle a él. Algo que alimentaba todavía más la rabia y los deseos de venganza hacia todos aquellos que había conocido en su vida anterior. Una vida que había cambiado hacía ocho años.

Jamás hubiera imaginado que fuera tan difícil encontrar un puesto de trabajo. Tenía dos carreras universitarias, un máster en finanzas y otro en gestión comercial internacional, además de experiencia suficiente para dirigir una multinacional, y ¿qué estaba consiguiendo? Nada de nada.

Había cambiado su apellido para que nadie pudiera vincularlo a su pasado. Quizá por eso le servían de poco o nada las referencias en cuanto a las empresas para las que había trabajado en calidad de asesor. Si alguien había llamado preguntando por él, no hubieran podido avalar sus aptitudes o conocimientos.

En todas a las que había acudido le preguntaban por la razón que lo había apartado del mundo empresarial y laboral los últimos ocho años. Ahí, el escollo era infranqueable. Su paso por la cárcel y la acusación de blanqueo de capital, le impedían continuar en cualquier proceso de selección. No había sido capaz de falsificar su vida laboral. Quizá porque aún le quedaban algunos escrúpulos.

Las negativas eran tan dolorosas como los recuerdos. Pese al tiempo que había

transcurrido aún tenía grabadas en su memoria diferentes imágenes de su anterior vida. Su lujoso ático en pleno centro, las reuniones en el elegante despacho de la empresa familiar, las cenas en los restaurantes elitistas a los que solía acudir con Charlene, su novia... exnovia...

Pero lo que se había quedado grabado a fuego en su corazón fue la frialdad, el desprecio y la indiferencia en la mirada de ella mientras se lo llevaban esposado de la empresa. Lo mismo que parecían sentir su padre, su tío y su primo, mientras declaraban en su contra en el juicio del que había sido el protagonista y la víctima al mismo tiempo. No esperaba esa traición despiadada, ese odio y rencor reflejado en sus miradas y actitudes.

En esos ocho años que habían transcurrido desde entonces no había podido encontrar ni mucho menos entender o justificar esa animadversión, esa rabia contenida que había acabado con él encerrado en la cárcel por un delito que no había cometido y cuya acusación le había cogido totalmente desprevenido. Todos le habían dado la espalda. Todos.

La impotencia, la incredulidad y la sensación de no tener absolutamente nada ni nadie en su vida habían sido sus compañeros inseparables durante los primeros años entre rejas. Los siguientes años los pasó aceptando su situación y planeando una venganza que estaba dispuesto a llevar a cabo.

También necesitaba respuestas, muchas respuestas para las preguntas que se había estado haciendo tanto tiempo.

Se agachó para recoger una moneda del suelo. Si se encontraba otra podría tomarse un café en alguna cafetería. ¿Cómo podía haber caído tan bajo?

Su orgullo no le había permitido aceptar la caridad o el amparo que le ofrecían los comedores sociales o los albergues de emergencia para dormir, sin embargo, dos días malcomiendo y durmiendo en un banco del parque le habían hecho cambiar de opinión. Había tocado fondo, y le urgía salir de allí.



El sábado por la mañana, Emme bajó a Bobby media hora más tarde. Le gustaba remolonear en la cama con la excusa de no tener que ir a trabajar. Bobby volvió a saludar al mismo indigente. Como ella, se había acostumbrado a verlo sentado en el mismo banco del parque, con la misma ropa.

Emme no tenía la urgencia de otros días así que se acercó sin su habitual prisa. «Ese hombre tendría padres, quizá hermanos... alguna vez habría sido un hijo amado... y tendría su historia para haber acabado así», pensó. Estaba delgado, pero no parecía que las drogas, si es que había pasado por ellas, hubieran hecho mella en él.

Sus manos eran grandes, fuertes, y acariciaban a su insistente perro con cariño.

—Vamos, Bobby —susurró ella—. Lo saludas todos los días.

Logan sonreía al animal. Se había sorprendido esperando su visita diaria. Era el único

momento del día que conseguía sonreír.

—Hoy vas más tarde, amigo —le dijo al perro.

—Sí, los sábados no hay horarios que cumplir —respondió Emme como si Bobby hubiera querido explicárselo.

Logan levantó la mirada hacia la dueña con una sonrisa amable. También hacía mucho tiempo que nadie le hablaba con simpatía.

Emme se sorprendió ante sus brillantes ojos azules, su nariz recta y su mandíbula cuadrada. Su oscuro cabello estaba ligeramente revuelto y su barba de dos días, era lo único que a su rostro le daba un aspecto descuidado.

Si no hubiera sido porque lo veía cada mañana en el mismo banco del parque, con aspecto de haber dormido en él, hubiera buscado cualquier excusa para encontrarse y que le pidiera una cita.

Logan se extrañó por la mirada de sorpresa en la joven rubia. Era muy bonita, un poco más joven que él, y pese a llevar ropa deportiva y vivir en ese barrio se notaba que tenía dinero. Con solo mirarla podía saberlo... había sido uno de ellos.

—¿Qué? —le preguntó divertido por su expresión—. ¿Sorprendida?

Emme desvió la mirada ligeramente avergonzada.

—No... Yo... disculpa... —tiró de la correa de Bobby—. No quería molestarte.

—No es molestia —le respondió sin dejar de acariciar al animal—. Es el único gesto amable que recibo a lo largo del día.

Emme sintió lástima por él, pero no le dijo nada. No sabía cómo reaccionar, o qué decirle sin que se notara la compasión que sentía en esos momentos. Una compasión que quizá, para él, podría ser humillante. No tenía el típico aspecto de un indigente. Quizá era solo un hombre atravesando un mal momento, se convenció.

—Iba a tomarme un café —comentó con fingida indiferencia—. ¿Quieres uno?

Logan la miró a los ojos. Su orgullo detectó la lástima que sentía por él. Era algo a lo que todavía no se había acostumbrado. Era humillante tener que depender de la caridad ajena.

—No, gracias —le respondió con cierto resentimiento.

Emme lo miró incómoda. No le gustaban las negativas como respuesta. Seguro que si se hubieran conocido en otras circunstancias él no lo hubiera rechazado. Quizá estuviera en la calle por orgulloso, por no aceptar la ayuda de los que le rodeaban.

Logan notó la irritación en su rostro. Esa niña rica parecía estar acostumbrada a salirse con la suya.

—Este barrio no parece que sea el indicado para ti —le comentó tratando de apaciguarla.

—¿Por qué lo dices? —preguntó mirando a su alrededor. Riverdale era un barrio como otro cualquiera. Mucho más humilde que Flatbush, en Brooklyn, donde vivían sus padres, pero ¿acaso eso importaba?

—Bueno, se nota que estás fuera de tu ambiente.

—¿Quién yo? Voy en ropa deportiva un sábado por la mañana, como la mayoría de las personas que están hoy por aquí.

—Sí, pero tu ropa es de marca y tu clase se nota en tu actitud.

—¿Mi clase? —le preguntó contrariada.

—Sí, no te enfades, ¿no estoy en lo cierto? Porque si me he equivocado puedes tomártelo como un cumplido.

Emme ahogó una mueca.

—Tu ropa también es de marca —le acusó ella—. Y te queda bien. No parece que te la

hayan dado en ningún albergue.

Logan asintió. Ella también parecía observadora, además de recelosa y cauta.

—Bueno, hace años yo también pertenecí a esa misma clase.

Emme lo miró con curiosidad. ¿Qué le habría pasado para acabar durmiendo en un banco del parque?

—Yo tampoco sé lo que pasó —le respondió como si hubiera leído sus pensamientos.

No estaba acostumbrado a confiar en desconocidos, ni a contar su vida a nadie, pero esa joven era la primera persona amable con la que se encontraba en mucho tiempo y no lo estaba tratando como si fuera un apestado.

Emme lo miró incrédula. Le parecía mal preguntarle por el motivo. Nadie se quedaba literalmente en la calle de la noche a la mañana. Una mala inversión, un divorcio, la quiebra de un negocio... alguna explicación lógica habría para acabar en esa situación.

—Me llamo Emme.

—Logan —se presentó levantándose para tenderle la mano.

Emme parpadeó sorprendida mientras le saludaba. Era más alto que ella, muy atractivo pese a su ropa y su sonrisa la había dejado sin habla. Miró a los lados buscando una cámara oculta. ¿Era eso algún tipo de broma? No había nada que lo confirmara a su alrededor.

Bobby empezó a saltar entre ellos antes de tirar de la cuerda para seguir su camino.

—Creo que tiene prisa —comentó Logan que parecía no querer que se acabara la conversación con la bonita desconocida.

—Sí... ¿Me dejas invitarte a un café? Es lo menos que puedo hacer cuando acaricias a Bobby todas las mañanas.

Logan metió las manos en los bolsillos de sus pantalones, incómodo. Lo cierto era que si no aprovechaba la invitación tendría que acercarse al comedor social y hacer fila para que le dieran uno. En cualquiera de los dos casos, sentía que mendigaba, y Emme, por lo menos, parecía dispuesta a hablar con él, no como sus nuevos compañeros de clase social que por costumbre eran silenciosos hasta que bebían algún trago de más.

—De acuerdo... Está bien... Gracias.

Fueron caminando hasta una coqueta cafetería con una terraza donde Bobby fue el primero en acomodarse. Se sentaron en torno a la pequeña mesa redonda bajo la que se había tumbado.

Emme pensaba que se sentiría más incómoda en su compañía, pero lo cierto era que Logan había empezado a hacerle preguntas amistosas sobre su fiel amigo y no había dejado de hablar con él.

—¿Te importa si pido un desayuno completo para dos? —le preguntó Emme—. Hoy es sábado y me gusta desayunar fuera de casa.

Logan la miró incrédulo. No sabía si sería cierto o un intento de no incomodarle. Contuvo el aire. Más caridad. Y lo peor era que se veía obligado a aceptarla porque no tenía absolutamente nada. Intuía que la joven no solía desayunar eso, pero iba a pedirlo por él.

—No tienes por qué fingir —le dijo tragándose la vergüenza que sentía—. Sé que no tengo absolutamente nada y dependo de... la caridad para comer.

Emme lo miró ruborizada. Había mucha dureza en sus palabras, pero no sentía que fuera dirigida a ella.

—Cualquiera puede pasar por una mala época —le respondió intentado aparentar una comodidad que no sentía.

—Eso sí —reconoció Logan.

—Eres joven, tienes toda la vida por delante... Si yo tuviera algún problema me gustaría que alguien me ayudara.

Logan la miró serio. Él nunca había estado en la posición de necesitar ayuda, quizá por eso le estaba costando tanto pedirla.

—¿Hoy por ti, mañana por mí?

Emme se encogió de hombros.

—Quiero pensar que eso es lo justo, ¿no? A veces se ayuda, otras veces se pide ayuda... o se recibe.

Logan sonrió ante su inocencia. A él la vida le había enseñado todo lo contrario.

Emme se fijó en el hoyuelo de su barbilla. Volvió a echar un vistazo a su alrededor buscando algo que le confirmara que estaba siendo víctima de alguna broma y ese hombre era, por lo menos, un modelo o un actor que no conocía.

Logan miró hacia la televisión de la cafetería con atención, pensativo, mientras el camarero tomaba nota del pedido que le hacía la joven.

Emme dirigió la vista hacia el mismo lugar que él. ¿Acciones bursátiles? ¿Era un corredor de bolsa arruinado?

—¿Entiendes de acciones?

Logan tardó unos segundos en prestarle atención.

—Ahora es un buen momento para comprar.

Emme miró hacia la pantalla.

—¿Qué?

—Si tienes algo de dinero deberías invertir en algún valor de alta calidad —volvió a mirar hacia la pantalla—, quizá, la empresa Wheels 40. Yo lo haría. En unos días habrás duplicado la inversión.

Emme volvió a mirar la pantalla y luego a él. Quizá eso era lo que le había hecho arruinarse, una nefasta inversión.

—¿Eras corredor de bolsa?

—No —negó Logan con cierta incomodidad—. Pero últimamente he tenido mucho tiempo libre y he aprendido sobre el funcionamiento del mercado de valores.

Emme asintió con curiosidad. ¿Quién en su tiempo libre aprendía a invertir en bolsa? El camarero les llevó el desayuno. Café, zumo de naranja natural, tostadas y huevos revueltos para dos.

Logan la miró a los ojos.

—¿Esto desayunas los sábados?

Emme se encogió de hombros, evitando su mirada. No quería hacerle sentir mal.

—¿Por qué no?

Bobby se incorporó ante el olor que desprendía la comida y puso una de sus patas delanteras sobre la pierna de Emme. Ella le dio un trozo del pan antes de coger su taza de café.

Logan empezó a comer agradecido, en silencio. Emme se fijaba en él con interés. Era educado de manera natural. Si no lo hubiera conocido en la calle, bien podía haber sido una cita. Y lo cierto es que hubiera disfrutado de ella.

—¿No trabajas hoy? —le preguntó Logan con curiosidad, siendo consciente del examen al que le estaba sometiendo.

Emme sonrió antes de empezar a comer. Le pareció muy atento por su parte querer mantener una conversación.

—No —le respondió—. Trabajo como administrativa en una empresa que cierra los fines

de semana.

—Eso está bien. Bobby te lo agradecerá.

Emme sonrió a su perro que la miraba fijamente para pedirle más comida.

—¿Te gustan los perros?

Logan asintió mirando al insistente animal.

—Dicen que son los mejores amigos del hombre, ¿no?

Pensó que, probablemente, si hubiera tenido alguno, hubiera sido el único que no lo habría abandonado.

La conversación giró hacia las costumbres de Bobby, las razas de perros o las reformas que debía haber en materia de protección animal. Para cuando quisieron darse cuenta, habían terminado de desayunar y parecía que ninguno de los dos tuviera prisa por levantarse.

Fue Bobby el que les indicó que quería volver al parque y juntos caminaron hasta el mismo banco donde se habían encontrado. Allí, Logan hizo ademán de separarse de ella. Suponía que querría volver a su rutina.

—Gracias por todo —le dijo con sinceridad tendiéndole la mano.

Emme se la aceptó con una sonrisa. Solo había sido un gesto amable del que había disfrutado mucho más de lo que esperaba.

—Supongo que, si estás por aquí mañana, te veré —le comentó, sintiendo cierta resistencia a separarse de él.

Logan se encogió de hombros.

—No voy a negar que me gustaría verte, pero si no me ves será señal de que he encontrado un trabajo o tengo un techo bajo el que dormir.

Emme lo miró avergonzada por el comentario. Le costaba creer que alguien lo hubiera perdido absolutamente todo. No le había parecido agresivo en ningún momento, ni conflictivo, ni mala persona.

Asintió incómoda y se alejó de él. Cuando, intrigada, se volvió para mirarlo, lo vio alejándose en dirección contraria. No se había sentado en el banco a ver pasar el día como creía que un indigente podría hacer.

Empezó el camino de vuelta a casa pensando en llamar a su gestor y probar a invertir en las acciones que él le había recomendado. El sueldo que ganaba era con lo que vivía en su día a día, pero la fortuna de la que era dueña seguía en el banco. Se dio permiso para invertir solo una módica cantidad, una que estuviera dispuesta a perder si Logan, le gustaba su nombre, se hubiera equivocado.



Logan empezó a caminar pensativo. Había disfrutado de su encuentro con Emme. Se había sentido muy incómodo al aceptar que lo invitara a desayunar, pero no había visto ningún gesto

de superioridad en ella, ni lo había mirado con pena o vergüenza mientras estaba con él.

Quería encontrar un trabajo cuanto antes. No podía más con esa sensación de impotencia. Alejándose del parque salió a una calle comercial. Se fijó en las cafeterías. Podía ser camarero, cualquier empleo le vendría bien, y quizá allí no tuvieran tanto interés en preguntarle qué había hecho los últimos ocho años. No perdía nada por preguntar.

Después de diez negativas, su ánimo estaba por los suelos. Se resistía a inventarse puestos de trabajo que justificaran su falta de vida laboral en los años anteriores. Nunca le había gustado mentir y aunque podría justificarse por la finalidad de encontrar un trabajo, moralmente sabría que no era cierto y si lo descubrían quizá aún se sintiera peor.

Un chico joven, visiblemente enfadado, tropezó con él alejándose de un lavadero de coches.

—¡Devuélveme la ropa de trabajo! —le exigía un hombre de avanzada edad saliendo tras él.

El joven se paró en la acera de enfrente, se quitó el mono azul oscuro que llevaba sobre su ropa y lo dejó tirado en el suelo haciéndole un desagradable gesto con la mano al que parecía haber sido su jefe hasta ese momento.

El hombre cruzó la calle, cogió el mono de trabajo y volvió farfullando entre dientes.

—¿Busca un empleado? —le preguntó Logan interceptándolo.

El hombre de rostro amable y cabello canoso lo miró sorprendido de arriba abajo.

—¿Lo dices por ti?

Logan asintió con una ligera esperanza.

—No creo que encajes. Pago poco... pero es lo legalmente establecido —se giró hacia donde se había ido el joven desagradecido—. Solo encuentro niños que se creen que deben cobrar dos sueldos por lavar coches.

—No me importa lavar coches.

El hombre volvió a mirarlo extrañado.

—¿Estás pasando una mala temporada?

—La peor —reconoció con humildad.

El hombre asintió dándole el uniforme que acababa de recoger del suelo.

—Supongo que no te llevarás ninguno de los coches que me dejen aquí. Denuncio todos los robos y las propinas podrás quedártelas. No cierro el fin de semana, pero librarás dos días.

—¿Paga las horas extra?

El hombre lo volvió a mirar extrañado. Realmente debía ser una época muy mala por la que estaba pasando cuando quería trabajar más de lo que le correspondía.

—Aún tienes que demostrarme que vales para este trabajo.

—¿Para lavar coches? —preguntó Logan extrañado siguiéndole hasta dentro del lavadero donde dos jóvenes con ropa de trabajo como la que llevaba en la mano se afanaban en la limpieza de dos coches de alta gama.

—No serías el primero que viene con intención de trabajar y al día siguiente no aparece, lo que me recuerda que no puedes llevarte la ropa de trabajo a casa. Abrimos a las siete de la mañana y acabamos a las siete de la tarde. No cerramos al medio día. Tendrás tu horario en esa franja horaria. Tu taquilla está en la pared del fondo.

Logan tomó nota mental de las normas tan sencillas que debía cumplir. En menos de quince minutos ya estaba ante el primer coche que debía de lavar.

Se sintió humillado, pero a la vez, totalmente agradecido por tener la oportunidad de ganar algo de dinero. Su paga sería mínima, pero la cualificación requerida era proporcional a

ella, así que no podía quejarse, y menos cuando el señor Wood, su nuevo jefe, había sido el único que le había abierto la puerta de su negocio literalmente.



El siguiente sábado, por la mañana, Logan estaba esperando en el que había sido *su* banco a que Emme y Bobby aparecieran. No los había visto en toda la semana, y lo cierto era que le apetecía volver a encontrarse con la joven y con su amigable mascota. No pudo evitar sonreír cuando el perro corrió hacia él nada más verlo.

Se levantó cuando Emme llegó hasta donde estaban.

—No estaba segura de si iba a verte —le comentó ella cordial.

Había esperado coincidir con él cada mañana cuando paseaba a Bobby. Al principio por costumbre, luego por interés. Su gestor le había confirmado la considerable subida de las acciones que le había sugerido que comprara. Había recuperado la cantidad invertida y casi duplicado en una semana, así que había vendido todo por miedo a perder ese dinero que le había llegado como caído del cielo.

Ella no entendía de acciones. Ni siquiera le interesaba aprender, y si no podía contar con él para que le dijera cuándo vender o cómo actuar, prefería no arriesgarse.

Logan parecía más relajado, más tranquilo que la semana anterior. Vestía la misma ropa, pero se había afeitado y su aspecto era todavía mejor de lo que recordaba.

—Encontré trabajo.

—¡Me alegro mucho!

—Te invito a desayunar —le propuso Logan agradecido por el respeto que había manifestado en su anterior encuentro.

—No es necesario —le respondió Emme, ligeramente ruborizada.

—Supongo que no lo es, pero pedí un anticipo a mi jefe y me apetecía celebrarlo contigo. Emme lo miró incómoda.

—No tienes por qué.

Logan notó su reticencia. Él seguía siendo un indigente, se recordó bajando la mirada.

—Disculpa, no quería molestarte.

Acarició la cabeza a Bobby que no paraba de buscar su contacto.

—No, si yo también quería verte —le respondió con rapidez al notar su cambio de expresión—. Invertí en las acciones que me dijiste.

Logan la miró intrigado.

—¿Y qué tal fue?

—Quería compartir contigo una parte de los beneficios.

Logan parpadeó extrañado.

—Es tu dinero.

—Lo dupliqué —le comentó risueña—. Me parece justo que te dé una parte de ese beneficio.

Le sorprendió su integridad y lo generosa que podía ser.

—¿Quieres pagar tú el desayuno?

—Si no te importa...

Logan asintió. Le parecía justo y no la caridad a la que aún no se había acostumbrado.

Fueron paseando a la misma cafetería que la semana anterior mientras Bobby trotaba entre ellos, alegre.

—¿Dónde trabajas?

—En un lavadero de coches...

Emme lo miró de reojo. No parecía muy orgulloso de ello.

—Y tengo que estar agradecido —reconoció—. Ha sido lo único que he encontrado, después de mucho buscar.

—Bueno, y ¿qué planes tienes ahora?

Logan se encogió de hombros con una sonrisa cansada. Si le contara sus planes no se los creería, sobre todo porque para eso tendría que contarle una historia que no comprendía ni él.

—Ahorrar todo lo que pueda para poder alquilar una habitación en algún piso compartido.

—¿Dónde vives ahora? —le preguntó casi en un susurro avergonzado.

—En el banco que conoces —le confesó—. Utilizo los comedores sociales, o los albergues para ducharme...

—¿Así encontraste tu trabajo? —le preguntó ligeramente incómoda por la curiosidad que sentía por la historia que le había llevado a acabar literalmente en la calle.

—No —le respondió retirándole la silla de la mesa que iban a compartir para facilitar que se sentara.

A Emme le sorprendió el gesto que le había surgido de manera espontánea. Le sonrió mientras él se sentaba frente a ella.

—Pasaba por ahí justo cuando un chico salía enfadado del lavadero. Se quitó el uniforme, lo tiró al suelo y cuando el que ahora es mi jefe, me miró porque lo había visto todo, le pregunté si necesitaba a alguien. Al principio no parecía muy seguro, pero bueno, supongo que yo llevaba la palabra *necesidad* —dijo con cierto resentimiento— grabada en la frente.

Emme abrió el pequeño bolsito deportivo que llevaba y le dio un sobre ligeramente abultado.

—Toma —le dijo mientras el camarero se acercaba a tomarles nota.

Logan abrió el sobre que contenía un buen fajo de billetes.

—¿Esto qué es?

—Ya te he dicho que invertí algo de dinero.

Logan la miró con recelo.

—¿Algo? Para conseguir esto en una semana tuviste que invertir mucho.

Emme se encogió de hombros. El dinero era algo a lo que le daba la justa importancia.

—No puedo aceptarlo.

Emme lo miró entornando los ojos con una mueca.

—¿Por qué no? Es tuyo. Es parte de los beneficios. Te he dicho que es lo justo. Si tú no me hubieras recomendado que invirtiera no lo habría hecho, pero lo hiciste, te hice caso y ahí tienes lo que te corresponde. Querías una habitación, pues ya tienes el alquiler de unos tres meses.

—Es tu dinero —insistió Logan, incómodo pero tentado ante su lógica consideración.

—Mi dinero lo he recuperado —le dijo pensando que realmente era el dinero que su padre le daba mensualmente y que no tocaba desde que había optado hacía dos años por empezar en el mundo laboral desde abajo—. Este es tuyo.

Logan se echó hacia atrás en el respaldo. No esperaba ese gesto. No sabía cómo tomarlo. El camarero les acercó el pedido.

—Yo... No sé qué decir —reconoció.

Emme le sonrió.

—Di gracias, y ya está —le respondió sin dar importancia a su gesto.

Logan la miró a los ojos. Sentía un nudo en la garganta. Un gesto de generosidad que no esperaba de una persona que apenas conocía... El hombre orgulloso que había sido no le habría dado importancia, pero las cosas habían cambiado mucho en su vida en los últimos años.

—Gracias —aceptó el sobre y sacó un billete—. Hoy el desayuno lo pago yo.

Emme asintió convencida mientras Bobby le daba un golpecito con una pata reclamando su atención.

Logan la miró aliviado. Podría alquilar una habitación, cambiar de vestuario y no temer que el señor Wood lo descubriera lavando su ropa entre coche y coche.

—Entonces, ¿has vendido las acciones? —le preguntó interesado.

Emme se encogió de hombros.

—No entiendo nada del mercado bursátil, y no te he visto en toda la semana. Temía no volver a verte y no sabía qué hacer con ellas.

—Bueno, has ganado dinero que es lo que importa —le sonrió agradecido por la confianza.

—¿Eras corredor de bolsa antes de...?

—¿Antes de acabar en la calle? —terminó la frase por ella mientras dejaba la taza de café sobre la mesa.

Emme se sonrojó.

—Disculpa —le pidió ligeramente arrepentida.

—No pasa nada —le respondió Logan con tranquilidad—. No. No era corredor de bolsa. En los últimos años he tenido mucho tiempo libre, demasiado, y por no aburrirme, empecé a explorar el mercado de valores. No tenía dinero para invertir, pero hacía cálculos sobre un papel como si invirtiera realmente. Estudié todo lo que consideraba que debía saber al respecto. Me parece retador, interesante...

—Arriesgado...

—¿Y qué no lo es?

—Bueno, un trabajo en una empresa estable no suele serlo.

El rostro de Logan se tiñó de una mezcla de rabia y tristeza. Bajó la mirada para que ella no pudiera verla.

—Eso creía yo también... y me equivoqué.

Emme asintió. Notó la amargura de su voz. Esperó en silencio a que él explicara sus palabras.

—No me gusta hablar sobre ello —le confesó.

No estaba acostumbrado a hacerlo. Ni siquiera el abogado de oficio que lo defendió creyó su versión de la historia. Nunca más había vuelto a verbalizarla, pero todavía sentía un nudo en la garganta si trataba de expresar con palabras todo lo que le había ocurrido.

—Bueno, lo que fuera que ocurriera, ya pasó —trató de animarle Emme—. ¿Qué vas a

hacer ahora? Ya tienes trabajo, has ganado un poco de dinero... La vida te empieza a sonreír.

Logan asintió mirando el sobre que ella le había dado. Una ligera esperanza pareció instalarse en su interior. Sentía que estaba llegando su momento. «Era lo justo», se dijo animado.

Miró a la mujer que tenía frente a él. Probablemente en su vida anterior no habría reparado en ella, pero era bonita y desde luego lo más agradable que le había pasado en mucho tiempo.

No iba a contarle todo lo que le había sucedido. No lo tenía claro ni él y aún le parecía un mal sueño. Además, probablemente no le interesara.

—Supongo que buscaré un piso para compartir.

Emme lo miró detenidamente. Una idea un poco disparatada se cruzó por su cabeza. Él era solo un poco mayor que ella pese a estar en esa situación tan complicada, de la que tenía claro que no quería hablar. Había empezado a trabajar en el primer lugar que había encontrado, lo que indicaba sus ganas de salir adelante... Era respetuoso, amable y educado. Si lo hubiera conocido en otras circunstancias y él hubiera comentado la intención de encontrar un alojamiento, probablemente hubiera hecho lo mismo que pensaba hacer, se justificó.

—Tengo una habitación libre.

Logan la miró sorprendido.

—¿Qué?

—Tengo una habitación libre —repitió incómoda—. Me vendría bien compartir mi piso...

—¿Por qué? Tienes dinero de sobra.

Emme se sonrojó. ¿Quién en su sano juicio alquilaría un dormitorio si no tuviera necesidad de ello? Esperaba que no creyera que se sentía atraída por él. No iba a negar que era guapo y sumamente atractivo, pero para empezar una relación, por lo menos con ella, era necesario mucho más.

—Ya, pero... bueno, sería algo puntual... —se justificó quitando importancia a su gesto.

—No me conoces de nada.

«Pero no me hubiera importado hacerlo si te hubiera encontrado en las oficinas de la empresa», se dijo aceptando que le gustaba lo que veía.

—Bueno, solo te estoy ofreciendo un dormitorio. Cualquiera que alquile un piso no conoce a la persona a la que se lo alquila, ¿no?

Se encogió de hombros ante su propia lógica.

—No estoy mucho tiempo en casa —prosiguió—. Supongo que será como cuando compartía piso mientras estudiaba en la universidad... sin las fiestas que se organizaban. No tengo nada de valor que me puedas robar si quisieras hacerlo, y puedes pasear a Bobby cuando yo no esté... Tienes sueldo para pagar el alquiler... No parece tan descabellado.

—¿Y qué dirá tu familia cuando se entere de que estás compartiendo piso con un desconocido? —verbalizó sin querer recordarle que lo había conocido durmiendo en la calle.

«Sus padres, probablemente pondrían el grito en el cielo, pero después de la última discusión con su padre por la que dejó la empresa, no le importaba mucho», pensó. «Y a Astrid y a Leanna no les sorprendería su gesto... o quizá sí al tratarse de un hombre...» Se encogió de hombros.

—Compartí piso en la universidad con las que hoy son mis mejores amigas, viajé de mochilera por Europa, me fui de la empresa familiar para trabajar en diferentes oficinas, ya has visto el barrio en el que vivo... Mis padres están acostumbrados a que, a veces, vaya por libre... —o haga lo que quiera—. Pero no tienen por qué saberlo. Yo no se lo diré —le explicó relajada.

Logan la miró con una mezcla de incomodidad y de alivio. Solucionaría el problema de alojamiento que tenía en ese momento. Era una opción muchísimo mejor que cualquiera que se hubiese planteado, y si pagaba su alojamiento no podría considerarse como caridad.

Él nunca había compartido apartamento con nadie. Se había independizado muy joven y había pasado su vida estudiando y trabajando, probándose a sí mismo que podía ser el mejor. Quizá por eso, todo lo que había pasado y lo que estaba sintiendo al vivir en la calle como un mendigo, le había herido tanto el orgullo.

—No fumo, no bebo, no me drogo, y me gustan los perros —le informo tendiéndole la mano.

Emme la aceptó sonriendo.

—Perfecto. El alquiler se paga a principios de mes.

Logan le devolvió el sobre que ella le había dado.

—Cóbratelo de aquí —le sugirió—. Con el adelanto que he recibido me compraré algo de ropa.

Emme asintió satisfecha. Esperaba sentir algo de miedo por lo que había hecho, pero era todo lo contrario: alegría, confianza, quizá, incluso ilusión. Sabía que estaba ayudando a que un buen hombre saliera del pozo en el que se había metido, y eso, era reconfortante. Además, si hubiera estado en su misma situación hubiera agradecido que alguien le tendiera la mano.

Terminaron el desayuno compartido y fueron caminando hasta el apartamento hablando de nimiedades.

Logan subió intranquilo en el ascensor. Estaba nervioso, incluso cohibido. Volver a estar en un espacio reducido le causaba cierta ansiedad que no estaba seguro de cómo afrontar.

Emme abrió la puerta y le invitó a pasar mientras Bobby entraba corriendo a coger uno de sus juguetes y a dejarlo a los pies de su nuevo amigo.

Logan agradeció la distracción y se agachó para coger el juguete mientras miraba a su alrededor. Ocho años, demasiados días, sin pisar un apartamento, un hogar, nada que no fuera su celda compartida o las instalaciones de la prisión.

Emme buscó una llave en una pequeña cajita que había sobre el zapatero de la entrada.

—Toma la llave. Este es el salón, esa puerta es la cocina—le señaló—. Por el pasillo llegas a las habitaciones. La mía es la primera, la siguiente es la tuya y la del final del pasillo está llena de cajas que algún día abriré. Hay dos baños, pero solo utilizo el grande. Puedes quedarte con el pequeño si te parece bien.

Logan asintió incorporándose y mirando alrededor. La espaciosa sala pintada en un azul grisáceo muy claro tenía dos enormes ventanales por los que entraba la luz del sol. Había pocos muebles, pero de calidad. Unas cuantas novelas en una estantería, una televisión grande y unos marcos de fotos que daban un aspecto más acogedor. Los cojines en un llamativo color azul turquesa le llamaron la atención sobre el sofá de color oscuro. Un sofá... cuánto tiempo sin sentarse en uno. Algo tan sencillo y habitual como aquello se le antojaba un placer que le había sido negado durante demasiado tiempo.

Emme lo observaba con detenimiento. Una mezcla de emociones que no sabía reconocer se dibujaba en su rostro. Parecía que se sintiera fuera de lugar. Ella miró a su alrededor también. No tenía grandes lujos, pero era cómodo y funcional.

Su teléfono móvil rompió el silencio que los había invadido. Una videollamada.

—Son mis amigas —le explicó con una sonrisa de disculpa—. Hablaré con ellas en mi habitación. Estás en tu casa.

Logan asintió distraído, agradeciendo quedarse a solas por unos momentos. Se sentó en el

sofá despacio, consciente de que lo estaba haciendo. Todos sus sentidos parecían estar alerta. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Había considerado tantas cosas como normales, que sentía que no las había aprovechado lo suficiente mientras las había tenido. Confiaba en que esa sensación le durara poco, porque si no Emme podría asustarse de lo que parecía una paranoia.

Se levantó del sofá y recorrió la casa mientras Emme seguía en su dormitorio. Su habitación le pareció perfecta. Estaba sencillamente amueblada. No necesitaba más, sobre todo, porque sabía lo que era no tener nada. Volvió a sentarse en el sofá. Debía salir a comprarse algo de ropa. Esperó jugueteando con Bobby a que Emme saliera de su dormitorio.

—He quedado a comer con ellas—le explicó distraída cuando regresó al salón—. ¿Ya has pensado qué vas a hacer hoy?

—Voy a ir a comprarme algo de ropa —le respondió levantándose—. Esto... eh... Gracias —le dijo con sinceridad—. De verdad, gracias.

Emme le sonrió sin dar importancia a su gesto. Si ella hubiera estado en esa misma situación le hubiera gustado que alguien le diera una oportunidad. Además, él ya tenía trabajo y le había devuelto el dinero que le había dado ella como agradecimiento de lo que le había hecho ganar con su inversión. Podía ser un joven cualquiera. No tenía por qué recordar dónde se habían conocido.

Llamaron a la puerta. Emme abrió. Un joven de cabello corto, ojos marrones y gafas de pasta oscura le estaba sonriendo.

—Emme, me he quedado sin sal. ¿Me podrías... —miró extrañado al hombre que estaba junto a Bobby.

—Claro, Roy, pasa —abrió la puerta a su vecino y ya amigo mientras seguía la dirección de su mirada—. Logan me ha alquilado el dormitorio que tenía vacío.

Los dos jóvenes se miraron recelosos.

Logan se sentía juzgado y nuevamente culpable ante la mirada desconfiada del desconocido.

—Roy es mi vecino —le explicó Emme a Logan—. Vive justo en la puerta de enfrente.

—Logan St... Stanhome —le tendió la mano a modo de saludo mientras improvisaba su apellido.

—Roy Young —se presentó serio antes de volver a mirar a Emme—. No sabía que pensaras alquilar el dormitorio.

Emme se encogió de hombros despreocupada, antes de entrar en la cocina.

—Apareció la oportunidad y la aproveché.

Roy la siguió sin perder de vista a Logan.

—¿De qué le conoces? —le susurró mientras cogía el paquete de sal que la joven le ofrecía.

—Bueno, no lo conozco mucho, pero parece buena persona.

Roy parpadeó sorprendido.

—Esto no es como cuando recoges un perro o un gato de la calle... ¿Lo has hecho por ti o por molestar a tu padre?

Emme sonrió. Realmente lo había hecho por Logan, pero no se lo iba a decir.

—Bah, solo es un alquiler. En cuanto pueda se irá a su propio apartamento.

—Lo dudo —murmuró con una mueca—. No me has dado tiempo a investigarlo. ¿Sabes si tiene antecedentes? Qué tontería. Él no te lo habría dicho. Lo investigaré.

—Estás comportándote como lo haría mi padre y ya sabes cómo me llevo con él.

—Me voy —les avisó Logan, incómodo, desde la puerta.

Emme salió de la cocina asintiendo con una sonrisa.

—Nos vemos luego.

Logan asintió pensativo. Jamás había compartido la casa con nadie. Ni con Charlene... Emme le había dicho que había quedado a comer con sus amigas. Quizá cuando volviera estaría solo y podría empezar a aclimatarse de nuevo a lo que era un apartamento y no la reducida celda en la que... «No, eso era parte del pasado», se recriminó. Su nueva vida empezaba justo en ese momento, y la venganza... o la justicia sería lo primero que trataría de conseguir.



—¿Qué has hecho qué? —le preguntó Leanna, incrédula en cuanto Emme les contó que tenía un nuevo compañero de piso.

La pelirroja miró alarmada a Astrid que tampoco podía disimular su sorpresa con sus ojos abiertos como platos y sus finas cejas levantadas.

Emme se encogió de hombros con fingida despreocupación mientras empezaba a comer la ensalada de rúcula y salmón que tenía frente a ella.

—No exageres —le respondió mientras se sujetaba un mechón de cabello tras la oreja—. Es como si hubiera respondido a un anuncio de alquiler de habitaciones.

—Pero ¿qué necesidad tenías tú de alquilar una habitación a nadie? —le preguntó Astrid—. Si querías ayudarlo por esa manía que tienes de recoger a todos los seres vivos abandonados del planeta, haberme avisado y le hubiera encontrado un apartamento a buen precio.

—Es un hombre, Emme, y no lo conoces —le recordó Leanna—. ¿Qué sabes de él? ¡Nada! ¡Y dormía en la calle!

—Si lo pensáis bien es como si conoces a un hombre una noche y lo llevas a casa —se defendió Emme.

Leanna entornó los ojos con una mueca exagerada mientras Astrid parpadeaba alarmada.

—Nosotras no hacemos eso —le recordó mientras Leanna corroboraba lo dicho asintiendo con la cabeza.

—Pero hay gente que lo hace y no pasa nada.

—Emme, no me parece bien —le confirmó Leanna antes de empezar a comer su ensalada con queso de cabra y cebolla caramelizada—. Preséntanoslo. No sabes quién es. ¿Y si espera a que te quedes dormida y te viola? ¿O te mata? ¿O te viola y te mata? Eres muy confiada.

—Y tú muy exagerada. Ponte en su lugar, ¿no te gustaría que alguien te tendiera una mano?

—Y, ¿por qué tienes que tendérsela tú? —le preguntó Astrid impaciente retirando las nueces de su ensalada—. Hay albergues, comedores sociales y sitios así... u otras personas alquilando habitaciones porque lo necesitan para subsistir. Una cosa es que te lleves un perro a casa, pero... un hombre... Leanna tiene razón. No lo conoces. No puedes ir abriendo las puertas

de tu casa a cualquiera que necesite ayuda.

—Se lleva muy bien con Bobby y me sugirió invertir un dinero en acciones...

—Tú no sabes nada de acciones, ¿o sí? —le preguntó Leanna nerviosa, dando vueltas a la ensalada de su plato.

—No, pero decidí probar y gané dinero. Le di la mitad de los beneficios. Me dijo que iba a empezar a buscar un piso compartido y no sé, se me ocurrió...

Astrid negó con la cabeza resignada. Cuando a Emme se le metía algo entre ceja y ceja no había manera de sacárselo.

—Ten cuidado —le pidió Astrid preocupada.

Leanna la miró seria.

—Estoy muy disgustada. ¿Cómo se te ha ocurrido semejante locura? Si querías vivir con alguien habérmelo dicho y hubiera dejado mi apartamento...

—Te gusta tu apartamento y está cerca del instituto.

—Sí, pero antes que ponerte en peligro de esa manera...

—No lo he hecho porque me sintiera sola...

—Eres demasiado buena persona, Emme. El mundo no está hecho para ti —le advirtió Astrid, preocupada.

Emme las miró seria. Ya estaban otra vez con lo mismo. ¿Qué tenía de malo ser una buena persona? Que lo fuera no significaba que fuera tonta, como siempre la habían hecho sentirse la mayoría de las personas que la rodeaban.

—Quizá ese es el problema. Si hubiera más buenas personas por el mundo o que no les diera miedo o vergüenza demostrar que lo son, las cosas irían mejor para todos. Somos personas... ayudando a personas... ¿Tan difícil es de comprender?

Las dos amigas se miraron entre ellas antes de bajar la vista, incómodas.

—Hay muchas maneras de ayudar y no puedes culpabilizarnos por preocuparnos por ti —le recriminó Leanna—. Esta noche vamos a cenar a tu casa. Llevaré unas pizzas. Que sepa que no estás sola.

—Estoy con Bobby.

—Has dicho que se lleva bien con él —le recordó Astrid.

—Pero yo soy su dueña, y sabes que Roy, mi vecino, es policía. Ya se conocieron nada más llegar.

—Esta noche nos lo presentas —le advirtió Leanna con el ceño fruncido—. ¿Lo saben tus padres?

—No, claro que no. Bastante tengo con evitar a mi padre y lo que según él es mi responsabilidad en la empresa —refunfuñó molesta.

—No parará hasta que vuelvas —vaticinó Astrid.

—Pues no tengo ninguna prisa.

—¿Qué más te da trabajar como administrativa en una empresa que en otra? Ve a la tuya —le recomendó Leanna.

—Que no, que yo quiero ganarme mi puesto empezando desde abajo —insistió Emme—. La última discusión ya os la conté. Fue muy desagradable. No voy a estar agradeciéndole de por vida mi posición en la empresa por ser hija suya.

—Pero es que lo eres, y más tarde o más temprano la heredarás —le recordó Leanna.

—Lo sé, pero ahora no es el momento —les aseguró—. Además, me da la impresión de que incluye a su abogado en el trato y no me apetece nada tener una relación con él. Pienso que va a contarle a mi padre todo lo que hagamos y os puedo asegurar que eso no me atrae en

absoluto.

—No creo que un padre quiera saber todo lo que hace su hija —le sonrió Astrid.

Emme le respondió con una mueca.

—Lo dicho. Esta noche vamos a tu casa... ¿y si es un asesino en serie? —insistió Leanna —. Emme, sí sin podérmelo creer.

—No exageres. No parece mal hombre —le defendió—. ¿De verdad vais a venir?

—Por supuesto —le confirmó la pelirroja—. Y ya te aviso que no tendré prisa por irme.

Astrid asintió apoyando a su amiga.

—Poneos en su lugar, ¿a vosotras no os hubiera gustado...

—No vamos a vernos en la calle por alguna estupidez o imprudencia —le aseguró Leanna.

—Y en ese caso, nos tenemos las unas a las otras —añadió Astrid.

—Quizá él no tenga a nadie.

—Por algo será —apuntó Leanna, seria.

Emme las miró resignada. Logan parecía buena persona y seguro que ellas opinaban lo mismo después de conocerlo, aunque... quizá fuera buena idea atrancar la puerta del dormitorio durante las noches.



Cuando Logan volvió a casa por la tarde, Bobby lo recibió como si no lo hubiera visto en años. Tras saludarlo con cariño, vio a Emme sentada en el sofá conversando con dos jóvenes de su misma edad. La pelirroja gesticulaba expresiva y la morena, irradiaba dinero por cada poro de su piel.

Se le había hecho tarde. Había ido a comprarse algo de ropa y de higiene personal a un centro comercial, que era algo que no recordaba haber hecho con anterioridad. No le había gustado la experiencia. Había pasado de vestir a diario con trajes hechos a la medida a un par de vaqueros sin marca reconocida y varias camisetas baratas. Y, además, había tenido que estar calculando el importe de lo que necesitaba comprar.

El duro golpe recibido le había dejado demasiado vulnerable, y aunque por su aspecto pudiera disimularlo, en su interior sabía que no estaba del todo bien.

No solo había ido al centro comercial. Había tratado de no caer en la tentación, pero finalmente no había podido resistirse a parar frente a la que había sido su antigua empresa. El rótulo de la compañía seguía sobre la puerta, el edificio de oficinas acristaladas también era idéntico a como recordaba.

Al ser sábado no había actividad alguna. Él sí que iba a trabajar los sábados, pero esos habían sido otros tiempos. Unos mejores... o eso había creído hasta que lo que conocía como vida se había desplomado sobre él.

—Logan, estas son mis amigas, Leanna y Astrid. — Las presentó con un gesto—. Han traído pizzas, ¿te gustan?

Logan sonrió incómodo. No había pensado cómo sería la convivencia entre ellos. Las dos parecía que le estuvieran diseccionando como a una rana en el laboratorio de ciencias. Emme, sin duda, les había contado cómo se habían conocido y eso le estaba suponiendo una patada a su maltrecho ego y un nudo en la boca del estómago. No era un mono de feria. No era una obra de caridad, o por lo menos, no había sido esa la idea. Iba a pagar el alquiler. Emme le había dicho... ¿por qué había confiado en ella? Se sentía realmente molesto.

—Voy a dejar las bolsas en mi habitación.

Emme notó su cambio de actitud, cómo el enfado y cierta tristeza empañaron su mirada. Fue hacia él decidida, seguida por sus amigas.

—Logan, espero que no te haya molestado que las invitara sin avisarte.

Logan evitó mirarla llegando a la puerta de la habitación.

—Es tu casa.

—Sí, pero... Bueno, no hablamos de... no sé... Ciertas normas de convivencia. Ahora tú también vives aquí.

—Nos invitamos nosotras —explicó la pelirroja tras ella—. Estás viviendo con nuestra amiga. Es lógico que nos preocupe, ¿no te parece? Y más sabiendo cómo os conocisteis ...

—¡Leanna! —exclamó Emme frunciendo el ceño. ¿Por qué tenía que ser siempre tan sincera y directa?

Logan se giró para mirarlas. Las dos amigas franqueaban a Emme en señal de apoyo. Realmente tenían razón.

—Dos de las pizzas llevan anchoas, así que, si no te gustan, te sugiero que te des prisa en volver al salón porque tendrás que compartir la otra con nosotras —le dijo Astrid dándose media vuelta para dejar que Emme pudiera disculparse con su nuevo inquilino.

—A mí me gustan las anchoas —se defendió Leanna siguiendo a su amiga—. Y las pizzas las he traído yo.

—Recuérdame que la próxima vez yo escoja la cena.

—No, que eres capaz de traer sushi y no me gusta.

Emme y Logan, a solas en el pasillo, se mantuvieron la mirada por unos instantes.

—Siento si te ha molestado —se disculpó Emme—. Son muy protectoras.

—Eres demasiado buena —exclamó Leanna desde el salón.

Emme hizo una mueca de fastidio.

Logan no pudo evitar sonreír con cierta incomodidad. Probablemente tenían razón. Él mismo todavía estaba sorprendido por el gesto de Emme de abrirle la puerta de su casa.

—Tienen razón —reconoció con una media sonrisa.

—No soy tan buena... Me estás pagando el alquiler, no es como si fuera una obra de caridad —se justificó Emme.

Logan asintió. Veía la franqueza en su rostro, su disculpa sincera, lo que parecía ser respeto, quizá el que hasta él había estado a punto de perder hacia sí mismo. Había sido tan duro...

—Bobby está pidiendo un trozo de pizza —les avisó Astrid—. Como no os deis prisa la compartiré con él, y ya os confirmo que las anchoas tampoco le gustan.

Logan asintió.

—Puedo guardar la ropa más tarde.

Emme asintió esperando a que saliera de su habitación tras dejar la bolsa y fueran juntos

al salón.

Astrid estaba tratando de distraer a Bobby con sus juguetes, sin conseguir que se alejara de la mesa frente a la que se había sentado, impaciente por recibir parte de aquello que olía tan bien.

La inesperada cena transcurrió más tranquila y cordial de lo que ninguno hubiera imaginado. El concurso culinario que emitían por la televisión les dio tema de conversación suficiente para borrar cualquier resto de desconfianza o recelo que pudiera existir entre ellos.

Logan cenó en silencio. No recordaba el sabor de la pizza recién hecha. No tenía nada que ver con la masa gomosa que alguna vez les daban en la cárcel. Sentía como si la comiera por primera vez. Prestaba atención a la conversación entre las tres amigas, que nunca parecían compartir la misma opinión sobre ningún aspecto, algo que no parecía ofenderlas sino complementarse y respetarse todavía más.

Notaba sus miradas curiosas con frecuencia, pero nada ofensivas y solo un poco recelosas.

Tampoco recordaba una cena tan informal y desenfadada en su vida anterior... ni siquiera con su primo.

Cuando Astrid indicó que debían irse, Emme las acompañó hasta la calle para dar el último paseo diario de Bobby. Logan supuso que hablarían de él. Volvió a sentir un nudo en el estómago y la inseguridad que nunca había sentido, volvía a hacer mella en su interior. Tendría que acostumbrarse a eso hasta que todo volviera a ser como antes, hasta que limpiara su nombre, hasta que todos pagaran por lo que habían hecho.

—¿Qué? —les preguntó Emme a sus amigas conforme la puerta del ascensor se cerraba tras ellas—. ¿Ya estáis tranquilas? Logan no es un asesino en serie.

—¿Tiene algún hermano que se parezca a él? —le preguntó Leanna con fingida seriedad.

—No le he preguntado —respondió Emme sonriente, sabiendo que le estaban dando su aprobación.

—Pues es importante saberlo —insistió Leanna.

—Parece inofensivo —aceptó Astrid—, pero no bajes la guardia. No sabes por qué estaba en la calle.

Emme asintió aliviada ante la bendición de sus amigas. Las acompañó hasta el coche de Leanna que era en el que utilizaban cada vez que iban a su casa. El de Astrid solía llamar demasiado la atención en un barrio como aquel. Se despidió de ellas, agradecida por su preocupación y cariño. Era muy afortunada de tenerlas en su vida.

Cuando subió a casa poco después, Logan estaba sentado en el sofá viendo la televisión. Se levantó al verla entrar. Bobby lo saludó cariñoso. Emme y Logan se miraron en silencio.

—¿Se han ido tranquilas? —le preguntó suponiendo que habían estado hablando de él.

—Son muy protectoras —le explicó tratando de justificarlas.

—Supongo que es lógico —reconoció—. No tenías necesidad de alquilar una habitación y lo has hecho para ayudarme.

—Yo no... —se ruborizó Emme—. No es nada. Hay mucha gente haciendo esto todos los días.

—¿Ayudando a desconocidos?

—Supongo que sí, pero me refería a alquilar habitaciones. No es tan raro.

Logan se encogió de hombros.

—Lo dudo, pero te lo agradezco.

—Me voy a dormir —le comentó, incómoda ante su gratitud—. Bobby no entiende que

los domingos se puede remolonear más en la cama, y antes de las siete me despertará para salir.

—Yo me quedaré un poco más viendo la tele si no te importa.

Emme le sonrió.

—También es tu casa —le respondió mientras salía del salón seguida de Bobby.

Logan dio un repaso por los canales de televisión. Sentía la comodidad del sofá templando su cuerpo. Había sido un día largo. Ya no vivía en la calle. Tenía trabajo, aunque fuera lavando coches. Se había podido comprar algo de ropa. Quizá podía empezar a sentirse seguro y no tan vulnerable como se sentía desde que había salido. Solo era cuestión de tiempo que pudiera encontrar las respuestas a las preguntas que daban vueltas en su mente y en su corazón, y recuperara la confianza en sí mismo y... en la vida.



Cuando Emme se levantó temprano, animada por Bobby, se sorprendió de ver a Logan dormido en el sofá, con la ropa del día anterior puesta y con la luz encendida. Se acercó en silencio y la apagó mientras Bobby se entretenía desayunando su pienso en la cocina.

Logan tenía el ceño fruncido y los labios apretados, pero no perdía un ápice de su atractivo. Su cuerpo se veía tenso. Sus puños estaban cerrados. No parecía que se hubiera relajado en absoluto durante la noche sino más bien que estaba teniendo una pesadilla angustiosa. Pensó en despertarle, pero fue él el que se incorporó como un resorte sobresaltándola.

Bobby le saludó efusivo entrando en el salón, satisfecho.

—Tu cama es más cómoda que el sofá, seguro —disimuló Emme con una sonrisa.

Logan agradeció la distracción que el animal le supuso mientras su pulso se serenaba y los recuerdos de los últimos años se desvanecían con la luz del día. Despertarse, a veces, era una tortura.

Correspondió la sonrisa a su compañera de piso. Estaba preciosa recién levantada, y con la ropa deportiva puesta. Parecía no darle importancia a haberlo sorprendido allí.

—Voy a bajar a Bobby, aprovecha y vete a dormir un poco más.

Logan asintió viéndola salir y miró a su alrededor. Había dormido mejor que los últimos días y, sin embargo, se había despertado varias veces con las pesadillas que lo acompañaban desde que había salido de la cárcel. Se había visto incapaz de apagar la luz por miedo a volver a sentir que estaba encerrado entre cuatro minúsculas paredes.

Cuando había entrado en la cárcel soñaba con salir, con la libertad, con pasear por la calle, pero con el tiempo esos sueños habían desaparecido y los pocos que recordaba al despertar tenían que ver con lo que ocurría en la prisión. Acostumbrarse otra vez a la libertad, a poder hacer con su vida lo que quisiera, incluso a los espacios abiertos, le estaba costando más de lo que jamás hubiera imaginado.

Pero parecía que las cosas empezaban a arreglarse. Tenía techo, trabajo y la posibilidad de encontrar respuestas, y eso era en lo que iba a centrarse.

Cuando Emme subió, él ya se había duchado y preparado el café, aromatizando la casa con ello. Bobby entró corriendo, buscando un saludo. Cuando él se distrajo en saludarlo, Emme lo miró sin disimulo. Los vaqueros eran sencillos, como la camiseta oscura que llevaba, pero le quedaban realmente bien. Decididamente si lo hubiera conocido en otra situación, hubiera hecho lo posible para que él se fijara en ella, y quizá... Se sonrojó incómoda. No debía pensar en él en esos términos, aunque... Logan levantó la mirada para encontrarse con la suya.

—Qué bien huele —improvisó Emme sirviéndose una taza, mientras su teléfono empezaba a sonar. Agradeció la interrupción hasta que se fijó en quién la llamaba—. ¿Mi padre? Hola, papá, ¿no vamos a vernos luego?

Logan salió de la cocina jugueteando con Bobby, dándole intimidad. Poco después, Emme lo siguió con el teléfono aún en la oreja.

—Papá, déjame que se lo pregunte... ¿eh? No, claro que no. No está aquí conmigo... —volvió a la cocina, ruborizada—. Le voy a llamar y se lo preguntaré. En un momento te lo confirmo.

Emme suspiró incómoda con el móvil apagado en la mano. Se dejó caer en el sofá mirando a Logan. Eso no se lo esperaba.

—¿Tienes algún plan para hoy?

Logan la miró extrañado tirando a Bobby el trozo de cuerda anudada que había dejado caer a sus pies instantes antes.

—No, ¿por qué?

—Parece ser que mi gestor comentó a mi padre que había comprado unas acciones, las que me recomendaste, y que había ganado bastante dinero con ellas... y quiere hablar contigo.

—¿Conmigo? ¿Tu padre?

Emme asintió.

—Mi padre tiene bastante dinero... Le gusta invertir...

—La bolsa es un riesgo —jugueteó con Bobby y su cuerda.

—A mí no me lo digas, Yo no sé nada. Yo hice lo que me dijiste y cuando dejé de verte las vendí. No hemos vuelto a hablar sobre el tema, pero si te parece podemos volver a invertir una cantidad y repartirnos las ganancias.

Logan le sonrió extrañado.

—El dinero es tuyo.

—Pero quien sabe, eres tú.

—O cualquier bróker al que contrates.

—Pero no conozco a ninguno y con lo que tú me dijiste, gané dinero. ¿No me contaste que habías pasado tiempo haciendo cálculos como si invirtieras? ¿Por qué no lo haces ahora?

—¿Por qué no tengo dinero? —le preguntó con naturalidad volviendo a tirar la cuerda a Bobby.

—Pero yo sí, y lo tengo parado. No voy a invertir todo, por supuesto, pero podemos pensar en una cantidad y jugar con ella.

—¿Y estás dispuesta a perder esa cantidad?

Emme lo miró seria, ligeramente insegura.

—Pero no vamos a perderla...

—Cuando inviertes existe esa posibilidad.

—Bueno, pero tú sabes lo que haces, ¿no?

Logan asintió sentándose en el otro extremo del sofá con Bobby buscando sus caricias.

—Sí, pero siempre hay una parte de riesgo, sobre todo en las de interés variable.

—¿Tendríamos probabilidades de ganar?

—Para eso se invierte.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

—Es una carrera de fondo. Rara vez se consiguen beneficios de la noche a la mañana.

—No tenemos prisa, ¿no?

—Debes tener claro que unas veces se gana y otras, se aprende —le sonrió atractivo.

—¿Puedes hacer que ganemos? Aunque alguna vez haya alguna pérdida...

—Creo que sí —le respondió Logan con seguridad—, pero sin garantías y sin presión.

Cuando sea el momento, lo aprovecharemos. A veces hay que esperar.

—De acuerdo —. Emme le tendió la mano, que Bobby aprovechó para buscar una caricia —. ¿Y puedes hacer lo mismo con mi padre?

—¿Qué? —le preguntó extrañado.

—Mi padre quiere que le asesores al respecto.

—¿Yo?

—A mí me hiciste ganar dinero.

Logan la miró incrédulo.

—De verdad que cualquier bróker...

—Bueno, Logan, y, ¿por qué tú no te conviertes en un agente de bolsa?

Él negó con la cabeza. Tenía otros asuntos más importantes en los que pensar en ese momento, pero... la miró sorprendido. ¿Cómo podía creer que sería capaz de hacerlo si no lo conocía? Si lo había visto durmiendo en un banco del parque... Parecía que realmente creía en él, desde luego más que él mismo. Se vio obligado a responder.

—No es tan fácil. Tendría que conseguir una licencia...

—Bueno, consíguela. No vas a pasarte toda la vida lavando coches.

—Claro que no —recuperaría lo que era suyo—, pero de momento es lo único que he conseguido.

—Si trabajas por tu cuenta, eres tu propio jefe. ¿No te has planteado serlo? No te digo que vayas a crear un imperio, ni siquiera una empresa mediana, que debe ser bastante complicado, pero puedes tener tu propio negocio o una pequeña asesoría bursátil.

Logan la miró en silencio barajando la posibilidad. Claro que se lo había planteado, pero había pasado la mayor parte de los días pensando en sobrevivir entre rejas, incluso en buscar respuestas a lo que le había ocurrido hacía ocho años, no en montar su propia empresa, que por otra parte sabía que podría dirigirla muy bien.

—Bueno, todo lleva su tiempo —se justificó Logan—. Acabo de empezar...

—Sí, claro, disculpa —le interrumpió ligeramente avergonzada—. Mi padre me preguntó por las acciones y le cuesta mucho aceptar una negativa. Tendrás que explicárselo tú porque a mí no me va a hacer caso.

—¿Explicarle el qué?

—Lo que me has dicho.

—¿Que aún no es el momento de montar mi propia empresa?

—No, claro que no —le respondió Emme—. Que hay un riesgo, que puede perder dinero... todo eso. ¿Vienes a comer a casa? Quiere hablar contigo.

—¿Conmigo?

—Solo será una comida familiar y supongo que mi padre te hará cientos de preguntas

sobre acciones.

—No sé si es buena idea, Emme —le respondió inseguro—. No me conoces, tu padre mucho menos... No quiero que tengas problemas.

En otros tiempos había tenido claro que cualquier padre estaría orgulloso de que él fuera amigo de su hija, incluso algo más, pero en su situación actual, dudaba mucho de que la percepción fuera la misma. Además, qué padre con una hija tan bonita se creería que un hombre pudiera ser solo un amigo. Sería estúpido si no buscara tener con ella algo más que una amistad.

—¿Problemas con mi padre? Suelo discutir bastante con él, no te lo voy a negar, pero es porque quiere que siga sus pasos en la empresa y yo no quiero.

—¿Por qué no?

—A ver, sí que quiero. Lo que no me parece bien es empezar desde el despacho de presidencia. Quiero empezar desde abajo, escalando puestos, aprendiendo, si no, ¿cómo voy a saber qué hacer cuando haya problemas o a quién pedirle responsabilidades? Creo que es importante empezar desde abajo. Me gustan los retos.

—¿No estás trabajando en su empresa?

—No. Estoy en otra de la competencia, aprendiendo diferentes maneras de trabajar en distintos departamentos, nuevas estrategias, técnicas comerciales...

Miró a Emme detenidamente. Era bonita, inteligente y trabajadora, ¿por qué no tenía novio o una legión de seguidores en la puerta? Era incomprensible. Barajó la posibilidad que ella le estaba dando.

—Puedo hablar con tu padre, si él quiere y a ti no te importa. Le diré las cosas como son.

—De acuerdo, se lo confirmaré. Pero yo de ti evitaría decirle que estamos viviendo juntos... o cómo nos conocimos...

Logan asintió. Era lógico. Por lo menos, podía ir vestido con ropa nueva, aunque fuera sencilla. Le explicaría lo que hiciera falta. Sabía de lo que hablaba, y aunque siempre había riesgos, podría intentar minimizarlos, si le daba la oportunidad de trabajar con él.

Poco después, Emme conducía un Audi utilitario blanco para ir a la casa familiar en la zona residencial donde vivían sus padres. Astrid se lo había ofrecido cuando su padre le requisó el que siempre utilizaba alegando que estaba a nombre de la empresa familiar y ella lo había aceptado. Su amiga tenía más de un vehículo y sabía que su ofrecimiento era sincero y desinteresado.

Estaba más que dispuesta a demostrarle a su padre que podía vivir sin estar bajo sus alas y bien lejos de su empresa.

Durante el trayecto, Emme miraba a Logan de reojo pese a sus intentos para no hacerlo. Le parecía demasiado guapo, atractivo e inteligente. Cualquiera que los viera podría pensar que eran una pareja. Probablemente su padre lo daría por sentado, dado que no era muy pródiga a relacionarse con hombres. Este por lo menos, no había sido elegido por él, y de eso no tenía ninguna duda.

No sabía qué habría ocasionado que él acabara en la calle, algo muy grande debía haber sido. Esperaba que, algún día, él se lo contara... Quizá no fuera tan grave y pudieran ser algo más que amigos.

Se obligó a no mirarlo y a dejar de pensar en él en esos términos. Logan también tendría algo que decir al respecto, y quizá ella no fuera su tipo, se recordó encendiendo la radio para distraer sus pensamientos.

Emme detuvo el coche cuando llegaron frente a la majestuosa mansión de tres plantas. Se

veía imponente con sus blancos ladrillos, las balaustradas que la rodeaban y sus escaleras de mármol.

Logan contuvo la respiración antes de salir del vehículo. Una vez, hacía mucho tiempo, él había vivido en un lugar similar. Sabía que Emme formaba parte de una familia adinerada, pero ¿tanto? Sentía la garganta seca y las piernas no parecían querer obedecerle.

—¿Quién es tu padre?

—Simon Barnes.

—¿El dueño de la B&D Company?

—Sí, Barnes and Daughter, ¿la conoces?

Logan asintió. Había oído hablar mucho de él, mientras trabajaba en su empresa, y había seguido sus pasos, igual que los de muchos otros empresarios, mientras estaba encerrado. La miró de reojo. No se parecía en nada a su padre.

—Tu padre es un tiburón en los negocios.

Emme se encogió de hombros.

—No te lo voy a negar. He estado mucho tiempo a su sombra y lo he visto en varias ocasiones. Supongo que tienes que serlo para llegar a donde ha llegado y conseguir lo que ha conseguido. La idea... su idea... es que yo dirija algún día la empresa, pero no tengo la misma prisa que él... ni su ¿cómo decirlo? ¿Carisma?

Logan la estudió minuciosamente. ¿Carisma? Realmente, y aunque apenas la conocía, no la imaginaba capaz de negociar con los tiburones con los que, sin duda, su padre lo hacía. Le daba la impresión de que era más comedida y empática que él. Quizá más emocional o menos apasionada. Tampoco se la podía imaginar negociando con él... con el que era antes de...

Emme hizo un gesto relajado mientras cogía su bolso del asiento trasero.

—Yo quiero conocerlo todo de la empresa. He trabajado en contabilidad en la JLK Labour, en almacén en la Miller Company, ahora estoy en recursos humanos en la NC Division.

Logan le sonrió. Emme lo explicaba como si su inquietud por aprenderlo todo fuera lógica y normal.

—¿De qué te ríes? ¿Te hago gracia? —no sabía si debía sentirse ofendida por su sonrisa, demasiado atractiva, por cierto—. Puedo ser un tiburón si me lo propongo, lo que ocurre es que... no me apetece serlo.

—Me sorprende que, naciendo en una cuna de oro, te parezca normal empezar desde abajo o que quieras hacerlo. Y no te imagino siendo un tiburón, la verdad.

Emme se encogió de hombros.

—Mi padre y mi abuelo han trabajado mucho para levantar la empresa. Cuando era niña apenas lo veía por casa. Desde luego que agradezco el esfuerzo, pero no sé si compensa y, además, si quiero continuar con el legado familiar debo hacerlo bien. No quiero tirarlo todo por la borda como suele decirse.

—Tu padre no apoyaría tu decisión.

—No, desde luego que no —hizo una mueca—. Me gusta el mundo de la empresa, no lo voy a negar. Lo que no me gusta es que me impongan lo que tengo que hacer.

—Y la empresa familiar es una imposición.

—Sí. Soy hija única, así que siempre se ha dado por hecho que la empresa sería mía —le explicó con cierta dosis de resignación.

Podía comprender que su padre quisiera formarla y educarla para seguir sus pasos, que escogiera la universidad, el máster posterior o la hiciera pasarse los veranos trabajando a su sombra... pero luego intentó decidir sobre sus compañías y sus posibles novios, y eso marcó un

límite que no estaba dispuesta a negociar.

Casi se había convertido en una paranoia para ella. Cada hombre que conocía resultaba haber sido elegido por su padre. No dudaba de sus buenas intenciones, pero se sentía ahogada. Nunca le había llevado la contraria para evitar disputas y porque confiaba en su riguroso criterio, pero cuando le pidió que dejara de ver a Astrid y Leanna consideró que había llegado a un punto de no retorno.

Su padre había visto que era capaz de sobrevivir sin él y ni una sola vez se había amedrentado en sus discusiones. Todavía se sentía un poco resentido con ella, pero nada que su madre, que siempre intercedía entre ellos, no pudiera suavizar.

—Venga, vamos...

Logan asintió siguiéndola. Sabía de lo que hablaba. Él había pertenecido a ese mundo. Su orgullo y su ambición le hacían exigirse ser el mejor. Su padre, incluso su tío, tampoco le permitían ser menos. Ni a él ni a su primo. Salir con Charlene había sido una sugerencia muy estudiada. Era guapa, educada, sumisa y no le exigía ni horarios ni más atenciones que las que estaba dispuesto a darle y que tampoco eran tantas.

Caer de bruces en la cárcel le había abierto los ojos a una realidad que siempre había sido inexistente para él. Pero como solía escuchar a veces, lo que no te mata te hace más fuerte, y él estaba empezando a sentirse, otra vez, invencible. Podría estar trabajando en el lavadero, pero solo sería un escalón en el camino que tenía por delante.

La pesada puerta de la mansión se abrió haciendo que ambos se fijaran en la elegante mujer de cabello rubio y ojos claros que sonreía con cariño.

—Emmeline, me pareció escuchar un coche.

Logan apreció el parecido con su bonita hija. La mujer abrazó a Emme y le miró a él, cordial.

—Tu padre me dijo que venías con un amigo.

—Sí, es Logan Stanhome —le presentó con una sonrisa—. Ella es mi madre, Margaret.

Logan le tendió la mano, afectuoso y ligeramente intimidado. Ese mundo en el que parecía volver a entrar era del que había salido tan humillado. Confiaba en que el tiempo hubiera borrado sus huellas y no tuviera que dar incómodas explicaciones si lo reconocían.

—Un placer, Logan. Mi hija no suele traer amigos a casa —miró de reojo a Emme.

—Papá insistió —le explicó Emme sin entrar en detalles.

—¿Y por qué tu padre sabía de su existencia y yo no, hija? —le preguntó cogiendo a Emme por un brazo mientras con un gesto invitaba a Logan a entrar a la casa con ellas.

Emme entornó los ojos. No iba a negar que Logan podría ser, físicamente, un muy buen candidato para ser una posible pareja y, de paso, demostrar a su padre que podía conocer un hombre sin su intervención, pero su situación personal no era la mejor en ese momento. Ambos se quedarían de piedra si supieran que trabajaba limpiando coches o que lo había conocido durmiendo en la calle.

Entraron a la elegante mansión de dos plantas. Simon Barnes, alto, de hombros anchos, esbelto, salió a su encuentro en mitad del amplio pasillo. Saludó a su hija con un afectuoso abrazo, del que luego pareció arrepentirse, y a Logan lo miró de arriba abajo con suspicacia antes de tenderle la mano.

Logan se fijó en el hombre alto, de aspecto imponente pese a no vestir uno de sus habituales trajes hechos a medida con los que lo había visto siempre en las fotos de los medios. Llevaba un pantalón cómodo de algodón y una camisa clara arremangada en los antebrazos. Aun así, irradiaba una seguridad en sí mismo que avasallaría a quien no se sintiera a su altura.

Le recordó al estilo de hombre que era él hacía tanto tiempo. Rezó en silencio para que no lo recordara si es que habían coincidido en algún lugar sin que él se hubiera dado cuenta. Primero por no tener que dar explicaciones que desconocía, segundo, porque no quería que la familia a la que había pertenecido supiera de su puesta en libertad y se enteraran a través de él.

Conscientemente, dejó a un lado, su orgullo herido y su confianza apaleada tras la estancia en prisión y recordó su firme determinación en volver a ser el hombre que había sido antes, fuerte, seguro, ambicioso y, desde luego, capaz de sobreponerse a los contratiempos, como podía demostrar que estaba haciendo en ese momento, si conociera su identidad.

La mirada de Simon era fría. Logan la mantuvo sin miedo alguno. Quizá la ropa que llevaba no estaba a la altura de ese hombre ni de ese lugar, pero su sólida disposición hacía que ese detalle careciera de importancia.

—Vayamos al despacho —invitó a Logan directamente.

—Papá, ¿no puedes esperar a que comamos?

—No sería yo, hija. Además, solo será un momento.

—¿Un momento? —le preguntó Margaret con una sonrisa de advertencia—. Eso es lo que tardo yo en preparar la ensalada.

—Entonces no hay tiempo que perder, ¿me acompaña señor...

—Logan Stanhome —intercedió Emme siguiéndoles.

—Emmeline, pretendo hablar con él a solas —le dijo a su hija mientras abría la puerta que tenía a su espalda, por la que había salido.

—Papá, es solo un amigo y lo he traído únicamente porque ibas a hablar con él de inversiones.

—¿Entonces por qué te preocupas? —le preguntó cerrando la puerta frente a ella una vez que ambos estuvieron dentro del imponente despacho exquisitamente decorado con robustos muebles de madera oscura.

Logan notó cómo la adrenalina se disparaba por sus venas. No iba a sentirse intimidado por ese hombre. Sabía y podía estar a su altura. Volvía a ser el de antes. El hombre de negocios que una vez había sido.

—Emmeline es demasiado confiada, ¿cuáles son sus intenciones respecto a ella? —le preguntó directo Simon mientras caminaba con paso lento hasta su escritorio.

—Ya le ha dicho que somos solo amigos —le respondió con voz firme, sin faltar a la verdad.

No iba a darle más explicaciones, si no le preguntaba directamente. Y si lo hacía evitaría respuestas comprometidas.

—¿Hasta cuándo? Como habrá visto, mi hija es preciosa. —Logan asintió. Era absurdo negarlo—. Y es dueña de una importante fortuna, aunque ella se empeñe en ignorarlo y siga viviendo en ese barrio de clase obrera.

Logan le mantuvo la mirada en silencio.

—Supongo que fue allí donde se conocieron —lo miró de arriba abajo de nuevo—. Su ropa no es de buena calidad, sin embargo, su porte es diferente. Tengo buen ojo para las personas. Algo no encaja.

—Creí que quería hablar conmigo sobre ciertas inversiones. Puedo ayudarle en eso, siempre y cuando usted conozca y asuma el riesgo que se corre al invertir en bolsa.

Simon asintió. Ese hombre parecía serio e iba directo al grano. Sintió cierto orgullo por el hombre que Emmeline había elegido como compañero. Su hija podría decirle lo que quisiera, pero ese hombre que tenía frente a él no era solo un amigo. Quizá de momento lo fuera, pero no

se conformaría con eso si había puesto la mirada en su hija. Le recordaba a como era él hacía demasiados años.

Le señaló unos de los elegantes sillones frente a su robusta mesa de madera, invitándole con el gesto a tomar asiento.

—Bien, hablemos...



Emme acompañó a su madre a la cocina, ligeramente preocupada por la conversación que tendría lugar en el despacho. No quería que Logan se sintiera intimidado por su padre, aunque sabía que era especialista en ello.

—Parece un buen hombre —comentó su madre con una sonrisa mientras sacaba de la nevera una ensalada ya preparada—. Me recuerda a tu padre.

—No digas tonterías. No se parece a papá, y aunque así fuera, solo somos amigos.

—Por algo se empieza, ¿no? Y este no lo ha elegido tu padre.

Emme la miró en silencio. ¿Cuántas discusiones habían tenido al respecto? Ni lo recordaba. Pero no por ello iba a salir con el primer hombre que conociera... en la calle, literalmente.

—¿Qué tal tus amigas? ¿Qué vais a hacer este verano?

—Bien. Astrid va a irse a uno de esos cursos de empresa y Leanna a visitar a su hermano.

—¿A las misiones? Estaba en Zambia, ¿no?

—Sí.

—Su hermano era un buen chico.

Emme la miró de reojo mientras sacaba los tenedores del cajón de los cubiertos para poner la mesa.

—Pues no recuerdo que os gustara cuando intenté salir con él.

—No teníais mucho en común —opinó Margaret despreocupada—. Hubierais llenado la casa de perros y gatos abandonados o hubierais dejado todo para irte allá donde está ahora construyendo escuelas, pero al margen de eso...

—¿Y qué hubiera tenido de malo?

—Emme, tienes una empresa que dirigir...

—¿Y por eso solo puedo salir con abogados o empresarios? ¿No puedo salir con un hombre solo porque sea buena persona? Además, no voy metiendo en mi casa todos los animales abandonados que me encuentro.

—¿Te recuerdo cuando te juntaste con cuatro gatos además de Bobby?

—Eso fue porque la gata que recogí estaba preñada, pero les encontré hogar a todos. Hasta donde yo sé, ser buena persona no está reñido con tener una relación con alguien que no sea empresario.

—No te enfades, Emmeline. Me parece perfecto que seas buena persona, no espero menos, pero con un empresario vas a tener más cosas en común que con un Don Nadie.

Emme la miró notando cómo la rabia le subía por las buenas. ¿Qué tenía de malo un Don Nadie?

—¿Te estás refiriendo a Logan?

Margaret la miró extrañada.

—Que yo sepa, sois solo amigos, ¿no?

Emme desvió la mirada mientras notaba cómo se ruborizaba.

—Sí.

—¿Se dedica a la bolsa?

—Más o menos. ¿Ese color de uñas que llevas es nuevo?

Margaret se distrajo mirando sus manos.

—Sí, ¿te gusta? Podemos ir juntas el viernes a hacernos la manicura. Tengo hora en el salón de belleza.

—Trabajo.

Margaret elevó los ojos al cielo, resignada.

—¿Cuándo vas a volver? Tu padre está muy preocupado.

—Porque quiere. Debería sentirse orgulloso de que quiera aprender todo por mí misma.

—No tienes por qué hacerlo. Rodéate de gente que sepa y ya está. Es igual de inteligente que lo que quieres hacer y te ahorrará tiempo.

—Hablas como papá.

—Llevo muchos años con él y los dos queremos lo mejor para ti.

—¿Y lo mejor es su empresa?

—Claro que sí, cariño. No seas desagradecida. Tienes la oportunidad de dirigir algo que funciona bien y da trabajo a muchísima gente. No deberías negarte a ello.

—No me niego, mamá. Solo pido tiempo.

Margaret lanzó un suspiro resignado mientras Simon y Logan salían del despacho.

Emme los miró intranquila, pero la expresión de ambos era relajada, algo que la alivió bastante. Busco la mirada de Logan y él sonrió levemente cuando se encontraron.

—Espero que puedas convencer a Emmeline de que ya es hora de que se haga cargo de su parte en la empresa familiar —le dijo Simon a Logan conforme llegaban hasta la amplia terraza de la mansión que se comunicaba con un cuidado jardín.

Emme lo miró con el ceño fruncido. ¿Iba a tratar de poner a Logan de su parte? Acababa de conocerlo.

—Creo que su hija tiene las cosas muy claras, y si cambiara de idea tan fácilmente no estaría tan orgulloso de ella —la defendió Logan cordial.

Simon le mantuvo la mirada en silencio. Emme los miró a ambos, insegura. No conocía a nadie que hubiera llevado la contraria a su padre. Se había sentido halagada por las palabras de Logan, incluso una cálida oleada de afecto había acariciado su corazón, pero no estar de acuerdo con su padre y manifestarlo con tanta claridad era un gran riesgo.

—Será mejor que nos sentemos —claudicó Simon—. Espero que le guste la comida, Logan. Hubiera preferido preparar una barbacoa, pero en la última visita, el médico me recomendó prescindir de ellas.

—Tienes que cuidarte, cariño —le recordó Margaret afectuosa—. La cocinera nos ha dejado la lubina preparada antes de irse. Es su día libre —le explicó a Logan.

Logan asintió amigable. A Emme le costaba retirar la mirada de él. Sus padres parecía

que lo habían aceptado que era algo que le costaba creer. Quizá porque sabían que no eran pareja, pero ¿cuántos amigos había llevado ella a casa? No recordaba a ninguno.

Aun así, se sintió reconfortada y más relajada que cuando había llegado. Esperaba que el resto del tiempo que compartieran con ellos transcurriera igual de tranquilo.



—¿Qué tal ha ido con mi padre? —le preguntó Emme con curiosidad mientras conducían de vuelta a casa.

La comida y la sobremesa había transcurrido relajada porque no habían hablado de temas laborales, algo que irremediablemente hacía que Emme estuviera preparada para saltar. Logan había resultado ser un excelente conversador incluso había desviado a conciencia un par de temas que probablemente iban a desembocar en ataques velados hacia la joven testaruda que se negaba a trabajar en la empresa familiar.

Después Logan y Simon se habían retirado al despacho para hablar de negocios y aunque Emme se había quedado con su madre más tranquila, no podía dejar de pensar en lo que estaría ocurriendo tras la puerta.

—Bien. — Logan no quería entrar en detalles acerca de la cuantiosa cantidad que había decidido invertir en bolsa—. Me ha preguntado por mi número de móvil. Le he dicho que tengo que comprarme uno, pero hasta entonces tú sabrías dónde encontrarme.

Emme le sonrió. Se alegraba de que le fueran bien las cosas, y se sentía satisfecha por haber sido, en parte, responsable de ello. Sabía que su padre era muy generoso con aquellos que le hacían ganar dinero, así que, probablemente, Logan saldría pronto del pozo en el que estaba metido.

—Aun tienes parte del dinero que ganaste con mis acciones.

—Lo utilizaré para el alquiler de la habitación—le insistió—. No esperaba necesitar un teléfono móvil.

Miró por la ventana distraído. No tenía a quién llamar. Aunque lo que no tardaría en necesitar pronto sería un ordenador. Debía estar atento a los movimientos bursátiles. Miró a Emme de reojo. Esa mujer tan bonita no era consciente de que le había devuelto a la vida.

—Gracias.

Emme lo miró confundida.

—¿Por qué?

—Si no fuera por ti seguiría en un banco del parque.

—Pero encontraste trabajo sin mi ayuda —le recordó Emme—. Hubiera sido cuestión de tiempo que alquilaras una habitación. O de orgullo si hubieras aceptado dormir en los albergues para transeúntes.

«¿Orgullo? Era lo único que le mantenía en pie», se dijo mientras volvía a mirar por la

ventana distraído.

Nada más llegar a casa, Emme bajó a Bobby a la calle mientras Logan se sentaba en la cama de su dormitorio, pensativo. No se había planteado ser corredor de bolsa con todo lo que había aprendido sobre ello en la cárcel. Su único pensamiento había sido limpiar su nombre, comprender lo sucedido y exigir justicia. Pero, mientras lo conseguía, no le parecía una mala solución.

Hasta que pudiera comprarse un ordenador necesitaba algún cuaderno y bolígrafos. Si iba a encargarse de invertir la cantidad que Simon Barnes le había comentado, debía estar muy atento a las fluctuaciones del mercado.

—Emme, ¿tienes algún cuaderno y un bolígrafo? —le preguntó en cuanto la escuchó volver y Bobby corrió a saludarle.

—No lo sé... algo tendré en algún sitio —le comentó pensativa—. ¿No prefieres un ordenador?

—Sí, pero hasta que pueda comprarme uno...

Emme le señaló el ordenador portátil que había sobre la mesa del salón.

—Si lo necesitas, cógelo. Ya no me traigo trabajo a casa, algo que siempre hacía cuando trabajaba con mi padre. Apenas lo utilizo.

—¿No te importa?

—Si me importara, no te lo habría dicho —le respondió antes de entrar en su dormitorio a cambiarse de ropa.

Logan se sentó frente al ordenador y la adrenalina se le disparó ante ese nuevo reto. Sería corredor de bolsa, ¿por qué no? Comenzó a investigar el mercado bursátil. Le parecía tan interesante y retador. Solo se distrajo por un momento. Cuando Emme apareció por el salón con una camiseta de tirantes de color azul celeste y un pantalón corto con pequeñas florecitas en ese mismo color y que parecía ser un pijama. No recordaba haber visto a Charlene vestirse de una manera tan natural y cómoda. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que la había visto que su recuerdo era apenas una imagen borrosa.

Emme era preciosa. La vio sentarse en el sofá frente al televisor con su inseparable Bobby tumbado a sus pies. Empezó a cambiar de canal, distraída.

Cuando llamaron a la puerta, Emme elevó los ojos al cielo. Intuía perfectamente de quién se trataba. Se fijó en que Logan seguía llevando la misma ropa con la que había ido a casa de sus padres y parecía centrado en lo que estaba haciendo. Ahogando un suspiro abrió la puerta.

Tal y como esperaba, Bertrand Norris, uno de los abogados de confianza de su padre, estaba esperando que ella abriera. Le sonrió con paciencia. Era un joven alto, de aspecto agradable, y muy educado. Había salido a cenar con él alguna vez cuando trabajaba en la empresa, pero entre ellos no había surgido ningún tipo de atracción.

Su padre seguía intentando que salieran juntos, ya no sabía si por tenerla controlada o si porque realmente creía que pudiera pasar algo romántico entre ellos. Tenía que reconocer que la perseverancia era uno de los rasgos de su padre que más admiraba, pese a que ella fuera su foco de atención con frecuencia.

«¿Con cuántos de sus abogados o hijos de sus amigos empresarios había intentado emparejarla? ¿No entendía un no como respuesta?»

—Bertrand, hola... No te esperaba —le mintió intuyendo que probablemente su padre quería saber si Logan estaba con ella.

—Pasaba por aquí, pensé en invitarte a cenar al nuevo restaurante italiano que han abierto junto al par... —El educado joven de cabello rubio y ojos azules se interrumpió al ver a Logan

en el salón, mirando hacia la puerta—. Creí que estarías sola.

—Ya ves que no... pero gracias... ¿quieres tomar algo? —sabía que se negaría.

—No, no, gracias —le respondió incómodo—. No quiero molestar...

Emme cerró la puerta tras él en cuanto salió y se apoyó en ella ahogando un suspiro. Miró a Logan con una sonrisa fingida antes de coger el teléfono para llamar a su padre, ligeramente molesta.

—Papá, podías haber ahorrado el viaje a Bertrand si lo que querías saber era si Logan estaba en casa conmigo.

Logan se extrañó al escuchar que hablaba sobre él. La conversación fue corta y tensa. A Emme no parecía importarle que él estuviera presente siendo la razón de la llamada.

—¿Hay algún problema? —le preguntó cuando colgó—. ¿No habíamos quedado en que tu padre no debía saber que yo vivía aquí?

—Le he dicho que estabas aquí, no que vivieras conmigo —le corrigió Emme.

Logan se echó hacia atrás en la silla.

—Tu padre puede creer que...

Emme asintió.

—Es posible, pero tiene que aprender que soy una mujer adulta y él no va a decidir con quién salgo o dónde trabajo.

Logan la miró sin comprender.

—Tu padre se preocupa por ti.

—Mi padre es muy controlador.

Logan se encogió de hombros.

—No tendría la empresa que tiene si no lo hubiera sido.

—Yo soy su hija, no personal de su empresa. A mí no va a controlarme por mucho que quiera.

Logan le mantuvo la mirada en silencio. Nunca se había planteado tener hijos, pero supuso que sería difícil dejar que volaran. Si además era una hija tan bonita como la suya y con una fortuna tan elevada, las preocupaciones seguro que aumentaban.

—¿Qué? —le preguntó Emme sabiendo que estaba pensando algo que probablemente no le fuera a gustar.

—No creo que quieras oír lo que pienso, así que no te lo diré —le sonrió cordial—. Estoy viviendo en tu piso y no quiero arriesgarme a perderlo.

—¿Te estás poniendo de su parte?

—No —le respondió levantándose mientras le mostraba las palmas de las manos en señal de paz.

Emme hizo un gran esfuerzo por no recorrer su cuerpo con la mirada. La camiseta oscura que llevaba le quedaba realmente bien y realizaba unos bíceps muy marcados.

—Pues dime qué piensas porque no me gustaría descubrir que estás de su lado.

Logan negó con la cabeza. Los ojos de Emme brillaban con cierto enfado reflejado en ellos.

—No voy a arriesgarme a que me echés a la calle.

—No voy a echarte a la calle porque no estemos de acuerdo en algo —le respondió Emme con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre su pecho—. Dime qué piensas.

—Pienso que eres joven, bonita y tienes una fortuna en el banco. Es lógico que tu padre esté preocupado por ti.

«Lógico e indicio del cariño que le tenía», pensó recordando a su padre. Baxter Stone no

había mostrado ni una cosa ni la otra cuando a él lo detuvieron preso sin motivo.

Emme titubeó ligeramente ruborizada. ¿La había llamado bonita? No esperaba esas palabras y no tenía pensado cómo debía responder a ellas.

—No tengo la culpa de que mis padres tengan dinero —se justificó—. Yo vivo con lo que gano con mi trabajo. Un trabajo que yo misma conseguí.

—Sí, pero no todo el mundo tiene un colchón financiero como el tuyo o el amor incondicional de tus padres.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Creo que no deberías enfadarte porque tu padre se preocupe por ti y por quién metes en tu casa —le respondió con una media sonrisa que a Emme le pareció muy atractiva.

Le respondió con una mueca. No iba a darle la razón, pero podía plantearse que quizá tuviera una poca. Muy poca. «Era una mujer adulta», se dijo. No iba a ceder. Podía llevar su vida y se lo demostraría a sus padres por muy grande que fuera ese colchón económico o ese amor incondicional que Logan le había recordado.

—Voy a ver una película, ¿quieres ver tú alguna? —cogió el mando del televisor dejando de mirarle.

Logan sonrió cogiendo el ordenador portátil y sentándose en el otro extremo del sofá, con Bobby, jugueteón y satisfecho subiéndose al sofá entre ambos.

—Elige la que quieras.

—¿Incluso una romántica?

Logan la miró con los ojos entrecerrados y su media sonrisa.

—¿De verdad? ¿No hay otra opción?

—Me has dejado elegir, ¿no? —le respondió todavía ligeramente molesta porque se hubiera posicionado del lado de su padre.

Él se encogió de hombros, con cierta diversión. No iba a prestar mucha atención a lo que fuera que eligiera porque iba a centrarse en la pantalla del ordenador. O, por lo menos, lo iba a intentar, porque conforme más tiempo pasaba en compañía de Emme, más le gustaba mirarla. Sabía que estaba irritada, pero la sinceridad le parecía algo muy importante en cualquier tipo de relación, aunque con Emme apenas hubiera nada.

Disimuló una sonrisa cuando finalmente fue una película romántica la que escogió para ver. Por lo visto, necesitaba tener la razón. No le importó. Él se centraría en lo que tenía que centrarse, en la pantalla del ordenador, y no en las uñas de sus pies pintadas de rosa, en sus piernas largas y suaves encogidas sobre el sofá, y en el escote de la camiseta que llevaba que según la postura dejaba ver algo del encaje de su ropa interior.

Afortunadamente para ambos, fue una manera muy tranquila y relajada de terminar la tarde.



La semana pasó con rapidez. Logan hacía muchas horas en el lavadero, y Emme cumplía con su jornada laboral y disfrutaba de largos paseos con Bobby.

El viernes por la noche, Emme estaba decidiendo qué película ver en la televisión cuando escuchó a Logan abrir la puerta. Bobby corrió a recibirle como si no lo hubiera visto en un mes.

—Logan, he encargado pizzas para cenar —le explicó ella viéndolo entrar en el salón—. Una de carne y otra de... ¿estás bien?

Se levantó preocupada. La tristeza inundaba el rostro de Logan. Parecía que cargara el peso del mundo sobre sus hombros. Se acercó a él.

—¿Ha pasado algo? ¿Te han despedido? Encontrarás otro trabajo...

Logan negó con la cabeza.

—Voy a ducharme —le respondió evitando su mirada, antes de encerrarse en el cuarto de baño.

Necesitaba estar solo. Al acabar su jornada laboral se había acercado a la que había sido su empresa. Llevaba queriendo ir toda la semana, pero él mismo buscaba excusas para no hacerlo por miedo a lo que pudiera sentir o incluso encontrar. Finalmente había ido. Se había quedado parado en la acera de enfrente, medio escondido entre algunos coches, evitando ser visto.

Quería comprobar cómo la vida seguía sin él... y lo había confirmado. No estaba preparado para ese momento. Había visto a su padre con el impecable aspecto de siempre, con solo unas pocas canas más y algunas arrugas nuevas surcando su rostro. Estaba saliendo de la empresa hablando con su tío, que lucía un aspecto similar... como si nada hubiera pasado...

Los recuerdos de la soledad, la impotencia, la incredulidad por lo que había sucedido, le habían golpeado sin piedad. ¿Cómo podía un padre olvidar a su hijo? ¿Un tío a su sobrino? ¿Cómo podía haber ocurrido lo que fuera que fuese y que todo permaneciera igual?

Siempre había creído que sentiría rabia al verlos. Incluso rencor u odio, por haberlo encerrado en la cárcel durante tantos años despojándole de su vida y de la libertad que le correspondía por derecho. Imaginaba encontrárselos cara a cara y golpearles con fuerza, con saña, impulsado por la ira que le producían los recuerdos.

Pero no. Le había faltado el aire. Su corazón se había parado y un dolor inmenso que lo hacía sentirse cruelmente vulnerable se había apoderado de él. El agua de la ducha parecía querer llevarse ese dolor. Logan dejó que lo hiciera mientras alguna lágrima resbalaba por sus mejillas.

Seguía sin saber por qué lo habían hecho, qué había ocurrido, por qué él era la pieza prescindible de la familia. La impotencia, la vulnerabilidad y una insoportable inseguridad le habían rasgado el alma... otra vez.

Henry, su primo, al que siempre había considerado como un hermano, los había alcanzado hablando despreocupado por un teléfono móvil... Incluso el abogado que había participado en su nula defensa salió del edificio caminando en la misma dirección. Todos estaban ahí. Como si nada hubiera sucedido, como si él nunca hubiera existido.

La estocada final se produjo cuando vio frenar un descapotable blanco con una muy satisfecha conductora a juzgar por su sonrisa. Seguía tan espectacular como recordaba, con su cabello impecablemente peinado, sus labios carnosos y sus maquillados ojos azules. Charlene, la que había sido su perfecta prometida, levantaba la mano para saludar con una sonrisa abierta al que debía ser su marido, Henry.

Él se despidió de su padre y de su tío y, sin colgar la llamada, ocupó el sitio del copiloto para después difuminarse entre los coches de la avenida.

Charlene era la que menos le importaba. No le unían lazos con ella. Algún día se hubieran casado, pero había sido la herida más fácil de curar. Las demás seguían ahí, palpitando,

escociendo, recordándole su poca valía.

Con los ojos cerrados, apoyó la cabeza en los fríos y mojados azulejos de la ducha. Quería vengarse, pero ¿por qué? ¿Por manchar el nombre que ellos mismos le habían dado? ¿Por echarle de una empresa que no había construido? ¿Por haberle privado de todo lo que tenía y que, suponía que les debía a ellos? Sentir esa fragilidad le estaba matando.

Necesitaba respuestas. Las dudas le ahogaban. El nudo que sentía en su garganta y que oprimía su corazón tampoco le dejaban respirar. No podía seguir así. Quizá había llegado ya el momento de empezar a hacer preguntas, discretamente, con cuidado, poco a poco.

No sabía por dónde empezar. Tantos años en prisión planeando lo que haría nada más salir, y la realidad se estaba apoderando de él. No quería que supieran que había dormido en la calle o que lavaba los coches que antes conducía. No quería que volvieran a unir filas contra él. No quería que supieran el daño que le habían hecho ni lo herido que estaba todavía.

Se pasó la mano por su cabello revuelto y húmedo, echándoselo hacia atrás. El agua de la ducha resbaló por su rostro, aliviando ese dolor. Debía descubrir la forma de acceder a ellos sin que lo descubrieran y encontrar esas respuestas.

—¿Logan? ¿Estás bien? —preguntó Emme golpeando la puerta con suavidad.

Emme... Notó la preocupación en su voz. Era demasiado buena. Demasiado confiada. Él jamás habría mirado a un indigente a la cara, ni le habría dado una oportunidad, ni mucho menos abierto la puerta de su casa o a su familia. ¿Qué familia? Estaba en deuda con ella.

—Sí... ya salgo...

Una idea no muy descabellada cruzó su mente como un rayo. Contuvo la respiración. Quizá Emme pudiera entrar a trabajar en la empresa... Ella misma le había contado que le gustaba aprender cosas nuevas. No sería como aprovecharse de ella. La S. S. Business siempre había sido buena y seguro que aprendería mucho. Podía ver si había algún puesto disponible. Soltó el aire que no recordaba estar reteniendo. El momento había llegado.

Salió de la ducha, más aliviado. Empezó a secarse con la toalla antes de mirar a su alrededor fastidiado. No había cogido nada de ropa para vestirse. Se anudó la toalla a la cintura y salió del cuarto de baño.

Emme parpadeó ruborizada cuando lo vio salir. Estaba apoyada en la puerta del salón, preocupada por el estado en el que lo había visto llegar. Desvió la mirada para disimular la sorpresa que se había llevado al verlo apenas sin ropa. Ya sabía que era atractivo, pero tanto...

A Logan no le pasó desapercibida su reacción. El paso por el gimnasio de la cárcel había esculpido sus músculos con detalle, algo que antes jamás había hecho por falta de tiempo. Solo jugaba al golf con los socios u ocasionalmente jugaba algún partido de pádel. «Debía volver a practicar ejercicio por costumbre para mantenerse como estaba y para que Emme lo siguiera mirando así», se dijo halagado.

—Me pareció que estabas preocupado por algo... ¿estás bien?

—Sí... Disculpa... No me di cuenta de coger ropa limpia —excusó su aspecto.

—No pasa nada. —Emme le quitó importancia yendo a sentarse en el sofá—. No tardarán en traer las pizzas.

—Bien —aceptó deseando sentarse frente al ordenador y explorar posibles ofertas de trabajo.

Mientras se vestía, Logan se encontró con su imagen en el espejo. Apenas se reconocía en el hombre que alguna vez había sido. Tenía el cabello ligeramente más largo y sin rastro de su habitual gomina. La ropa informal que se había comprado en el centro comercial nada tenía que ver con sus trajes a medida. Podría sentirse mal por todo ello, sin embargo, y tras la mirada que

le había dedicado Emme, se sentía fuerte y poderoso. Era el momento de encontrar esas respuestas.

Poco después, Emme lo vio entrar en el salón con una de sus sencillas camisetas y un pantalón vaquero. Evitó mirarle a los ojos por si era capaz de notar la atracción que sentía por él. Se pusiera lo que se pusiera le gustaba y aunque no llevara nada más que una toalla, también. Ahogó un suspiro.

La convivencia con él era buena. Era un hombre ordenado, limpio y muy respetuoso. Le daba la impresión de que dormía con la luz encendida o de que madrugaba demasiado, pero eran solo impresiones. Lo cierto era que no podía tener mejor compañero de piso. Además, le parecía muy inteligente y reflexivo.

El sonido de un mensaje en el móvil la distrajo de sus ensoñaciones.

—Astrid y Leanna se apuntan a la pizza —le comentó con una sonrisa.

Logan asintió concentrado en el ordenador. Seguro que... El corazón le empezó a palpar con más rapidez *¡Ahí estaba!* En una empresa tan grande siempre había vacantes. Ahora solo tenía que sugerirle a...

—¿Van bien las acciones de mi padre? —le preguntó Emme a su espalda.

Logan se sobresaltó al verla detrás. Sintió el corazón en su garganta y todo su cuerpo se tensó, cargado de amargos recuerdos. Se recriminó por haberse relajado demasiado. No la había oído ir hacia él, eso podía haberle costado la vida... Ya no estaba en la cárcel, se recordó tratando de serenar su pulso.

—No quería asustarte —se disculpó Emme incómoda ante su rostro serio y sin color.

—Disculpa... No ha sido nada... —se obligó a recuperar la respiración en un momento récord.

—¿Estabas buscando trabajo? ¿No estás bien en el lavadero?

Logan se encogió de hombros. No pensaba cambiar de trabajo, por lo menos en una temporada. El señor Wood había sido el único que le había dado una oportunidad cuando más lo necesitaba. Sentía que le debía mucho y era un lugar tranquilo donde seguir *escondido*.

—Nunca se sabe... —disimuló— ¿Has oído hablar de la S. S. Business? Creo que es una buena empresa.

Emme acercó una silla a su lado y se sentó con curiosidad. Logan la miró en silencio, casi conteniendo el aire. Podía percibir su sutil perfume y una de sus largas piernas estaba casi rozando la suya.

Emme, con el ceño fruncido, leyó con atención los requisitos que se pedían y las posibilidades de promoción. Era una oferta muy interesante y realmente la empresa era grande y reconocida.

—¿Quieres optar a ese puesto? Parece una buena oportunidad.

—No estoy muy seguro de que vaya a encajar —disimuló su interés en que fuera ella la que se presentara a él—. Creo que no llevo muy bien tener jefes... Pero parece una buena oportunidad y no hablo de dinero. Es una buena empresa.

Logan la miró expectante. Esperaba que Emme se sintiera tentada por el puesto vacante. No era un puesto de secretaria de dirección a la sombra de su padre, su tío o su primo, pero era una manera de estar dentro. Aunque no la conocía mucho estaba totalmente convencido de que le darían el puesto. Joven, guapa y eficiente. Como la mayoría de las administrativas que seleccionaban, por lo menos cuando él trabajaba allí.

Una parte de él sentía que la estaba utilizando, pero su deseo de encontrar respuestas era demasiado grande, y a ella no tenía por qué pasarle nada. Aprendería mucho y lo ayudaría más.

Todos ganaban en esa transacción.

Un mechón de su cabello recogido había caído sobre su bonito rostro. Se vio tentado a sostenérselo tras la oreja, pero ¿qué pasaría si lo hiciera? La tenía tan cerca. Le rozaría la mejilla. Ella le miraría. Se perdería en su mirada. Le buscaría los labios. Quizá ella se limitara a mirarlo con esos ojos brillantes, a dejarlo hacer, o a participar en el beso y...

Se removió incómodo en la silla. No podía pensar en eso. Emme le había abierto la puerta sin importarle quien era, o peor aún, creyendo que era un pobre indigente. Jamás en la vida hubiera imaginado que alguien pudiera actuar así.

Ella seguía atenta a la oferta de empleo. Probablemente estuviera planteándoselo en serio. Estaba tan cerca de comenzar a encontrar respuestas. Que dijera que sí, se repitió varias veces en su interior sin dejar de mirarla. Parecía tranquila. Le retiró el mechón de cabello.

Emme sintió el suave contacto de su mano rozándole la oreja. Lo miró sorprendida mientras se ruborizaba. Un escalofrío había recorrido su cuerpo con ese sencillo roce.

Logan se levantó como un resorte. ¿Qué había hecho?

—Disculpa. No pensé en lo que hacía.

Se metió las manos en el bolsillo, incómodo. No podía echar todo a perder por sentirse atraído por la única persona que le había ayudado. Desde luego, sus sentimientos poco tenían que ver con la gratitud.

Emme asintió sin palabras sin saber cómo reaccionar. No iba a negar que le había sorprendido, pero también le había gustado y todo su ser parecía haber reaccionado a su contacto. Por segundos pensó en levantarse y arrojarle a sus brazos. Confiaba en él, le gustaba... En situaciones normales probablemente ya se habrían acostado. Pero ¿y si lo hacía? ¿Y si luego las cosas se torcían? Él no tenía donde ir. Lo vio desviar la mirada, incómodo. Ella perdió su mirada en la pantalla del ordenador. «Era mejor mantener las distancias» se recordó.

El sonido del timbre en la puerta rompió el silencio y la tensión que se había generado entre ambos.

—Serán las pizzas —explicó Emme yendo a abrir con Bobby saltando entre sus piernas.

Logan agradeció la interrupción. Había estado a punto de cometer una estupidez. Si no fuera por Emme probablemente todavía estaría durmiendo en la calle y aún la necesitaba para encontrar sus respuestas. Era una buena persona, encantadora, inteligente... ¿iba a aprovecharse de eso? Quizá... pero no veía otra forma de conseguir lo que quería.

—¿Roy? —abrió la puerta a su vecino—. Pasa. He pedido unas pizzas. Astrid y Leanna también van a venir.

El joven policía se fijó en que Logan estaba junto a la ventana y volvió a mirar a Emme, serio.

—Quería hablar contigo.

—Sí, claro, dime —le sonrió mientras él entraba.

—A solas —le susurró mirando con desconfianza a Logan, que no se había movido de donde estaba.

Emme fue hasta la cocina seguida de Roy, con Bobby buscando atención entre ellos.

—¿Qué sabes de ese tipo?

—¿De Logan? Poco... que es educado, sabe invertir en bolsa y es muy trabajador...

No le iba a decir dónde lo había conocido. Sería muy humillante para Logan que ella fuera aireando sus problemas. Una mala temporada podía tenerla cualquiera.

—No he encontrado nada sobre él en los archivos de la policía.

Emme lo miró extrañada. No era la primera vez que Roy investigaba a alguien por su

cuenta. Lo hacía cada vez que algún hombre se le acercaba o ella se planteaba salir con alguien. Así descubría que trabajaban para su padre de una manera u otra. Justificaba sus actos como simple interés y precaución, y ella agradecía ese cuidado de hermano mayor, que era el rol que parecía haber asumido.

—Quizá porque no tiene antecedentes.

—No tiene nada —insistió—. Logan Stanhome no existe.

Emme lo miró extrañada.

—Pero si tiene contrato en el lavadero...

—Será con otro nombre... Ese hombre esconde algo.

Emme se quedó pensativa. ¿Quizá había cambiado su identidad por lo que había hecho y que le había llevado a dormir en la calle? ¿No era quien decía ser? No parecía peligroso. A ella podía atraerle, pero Bobby lo adoraba, y en teoría un perro no se equivocaría en su percepción, pensó contrariada.

El timbre de la puerta volvió a sonar.

—Traen las pizzas —le explicó intranquila.

Fue a abrir intrigada. Aunque Logan no fuera quien decía ser, no parecía mala persona.

Astrid y Leanna entraron sonrientes con una caja de pizza recién hecha que olía de maravilla.

—¿Os encontrasteis abajo al repartidor? —las saludó Emme—. No pedí una solo.

—No —le explicó Leanna—. Supuse que no habías pedido pizza con anchoas. Astrid ha traído el vino. Es de esos buenos.

—Pero si te gustan todas las pizzas —se defendió Emme cogiendo la botella de vino que le tendía Astrid—. ¿Qué más te da que no haya alguna con anchoas?

—Algún capricho tengo que darme —le respondió Leanna

Vio salir a Roy de la cocina y le sonrió.

—Roy, la pizza de anchoas es para mí, y te necesitaré cerca si alguien intenta coger una porción. Te quedas a cenar, ¿no?

Roy asintió con una sonrisa forzada mientras Logan también se acercaba a saludarlas.

Emme lo miró extrañada. Saber que no era quien decía ser le producía cierto desasosiego. Sin embargo, seguía sin parecerle mala persona y Bobby no sentía ningún tipo de rechazo hacia él. ¿Acaso no eran los perros muy inteligentes con respecto a las personas peligrosas? Quizá si fuera un delincuente, Bobby le habría mostrado los dientes alguna vez, y parecía todo lo contrario.

Astrid y Leanna tampoco parecían desconfiar de él, o por lo menos, no mucho. Leanna empezó a hablar distraída relajando el ambiente de desconfianza que parecía haberse creado. En cuanto llegó el repartidor con las pizzas, los cinco se sentaron a cenar en torno a la mesa pequeña mientras Bobby pasaba de uno a otro tratando de llamar su atención y darles la lástima suficiente para que le dieran una porción de la cena.

Emme aprovechó para observar a Logan con más detenimiento. No estaba especialmente hablador, pero parecía cómodo con ellos. Lo que no podía evitar era pensar en su atractivo.

Logan fingió no reparar en las miradas furtivas de Emme. No estaba muy seguro del motivo. Que había cierta atracción entre ellos, para él era evidente, pero no quería tener ninguna relación personal con ella. No quería que sus sentimientos pudieran afectar su búsqueda de respuestas o interfirieran en ella. Él no estaba en su mejor momento y poco, o nada, podía ofrecerle.

Con un poco de suerte, Emme empezaría a trabajar en su anterior empresa y quizá

pudiera averiguar algo... aunque para eso tendría que decirle quién era o que había estado en la cárcel los últimos ocho años, arriesgándose a que lo echara de casa. «No, Emme era demasiado buena como para hacer eso».

Cuando acabaron una segunda botella de vino, que Emme tenía guardada, Astrid y Leanna empezaron a levantarse.

—Deberíamos irnos ya —comentó Leanna—. Aunque hayan acabado las clases, tengo que seguir yendo al instituto.

Entre todos recogieron los restos de la cena en un momento. De repente, la luz se apagó, sobresaltándolos. El corazón de Logan se encogió por un momento. Contuvo la respiración de manera inconsciente. La luz que entraba por las ventanas era lo único que iluminaba la estancia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Astrid extrañada.

—Seguro que ha sido el señor Beat—comentó Roy sin darle mayor importancia—. Se habrá enfadado con la señora Harrison porque tiende la ropa sin escurrir y habrá bajado al cuarto de contadores para dejarla sin luz.

—A él y a todo el edificio —comentó Leanna, incrédula.

—Sí, pero no es la primera vez —le respondió Roy indiferente—. Bajaré a echar un vistazo. Hasta mañana, chicos.

—Salimos contigo —le dijo Astrid aprovechando la escasa luz que entraba por las ventanas para seguirle—. Hablamos mañana Emme. Vamos, Leanna.

Emme cerró la puerta tras ellos y se fijó en que Logan estaba terminando de recoger la mesa pese a que apenas se veía. Realmente, la convivencia con él no era complicada. Lo vio dirigirse al ordenador. Bobby dormía despreocupado en la cama que tenía a los pies del sofá.

—¿Vas a trabajar ahora?

—Solo voy a echar un vistazo al mercado de valores —la ausencia de luz le incomodaba y se veía incapaz de disimularlo.

Emme asintió. No tenía duda de que era muy trabajador. Lo vio sentarse frente al ordenador y encenderlo.

—Estaba mirando la oferta de trabajo de S. S. Business, Stone Success son las siglas... —le explicó acercándose también al ordenador—. Creo que lo intentaré. Es una buena empresa.

Logan la miró en silencio controlando la emoción que sentía. Con Emme dentro esperaba enterarse de todo lo que había sucedido tanto tiempo atrás. Una subida de adrenalina se apoderó de él. «Todo estaba a punto de comenzar», se dijo esperanzado.

La miró sin disimulo entre sombras. Su perfume estaba invadiendo sus fosas nasales y su cercanía empezaba a tentarle demasiado. No se movió. Si lo hacía sería hacia adelante, para rozarse con ella y probablemente de forma impúdica y sin poder disimularlo.

—Exploré su web antes de la cena —se justificó Emme cerrando las páginas que había estado mirando—. Les enviaré mis datos. Ahora solo estoy deseando meterme en la cama. Tú, ¿no?

Se dio cuenta de sus palabras y de la presencia tan cercana de Logan. Casi podía sentir el calor que emanaba de él. No necesitaba mirarlo para saber que estaba justo a su lado, a apenas unos centímetros de distancia. La oscuridad, la intimidad, la atracción entre ambos parecía haberse adueñado del ambiente y latir con fuerza.

Sus cuerpos casi podían rozarse. Emme sintió cómo su pulso se aceleraba. Disimuló su agitación mirando la pantalla del ordenador como si fuera algo más interesante que lo que presentía que podía suceder. Luchó contra las ganas que sentía su cuerpo de acercarse más a él. Con gran esfuerzo, se incorporó evitando mirarle. Su presencia, en penumbra, era demasiado

excitante. Casi podía escuchar el latido de su corazón en el silencio y la oscuridad de la noche.

—Es decir, que me quiero ir a la cama... tú también tendrás ganas... —susurraba sus palabras, incómoda, pero le costaba alejarse de él. Su cuerpo parecía empeñado en buscarlo—. Me refiero a dormir...

Logan contuvo la respiración, sopesando las probabilidades. Todo su cuerpo estaba en tensión. «La atracción que sentía por ella, y que parecía ser mutua, no tenía por qué interferir en sus planes», se justificó dispuesto a caer en la tentación que ella le suponía.

—Sí... Yo también tengo ganas de meterme en la cama... —susurró arrastrando las palabras con voz ronca.

Emme no se movió. Si se giraba para mirarlo de frente, si le miraba a los ojos, si se fijaba en sus labios, se derretiría en sus brazos. La cordura pareció imponerse al recordar las palabras de Roy. «Debería desconfiar», se recriminó en un momento que parecía eterno.

Aun así, se giró hacia él. Sus cuerpos estaban a un milímetro de acariciarse. Se mantuvieron la mirada en silencio.

—Si ahora se encendiera la luz, sería incómodo —murmuró Emme con la respiración acelerada y los sentimientos a flor de piel. Se sentía expuesta. Su deseo era evidente.

—Probablemente —murmuró Logan haciendo un gran ejercicio de autocontrol.

Su cuerpo le pedía a gritos que eliminara la escasa distancia que los separaba. Estaba más que preparado y deseoso de abrazarla, de arrasar su boca, de asolar su cuerpo... La soledad de tanto tiempo pesaba demasiado, el desprecio recibido aún daba dentelladas y ella era como un remanso de paz y calma, lo que necesitaba para lamer sus heridas.

Su mente le recordaba que no era buena idea hacerlo. No cuando estaba tan cerca de empezar a conseguir sus objetivos. No sin hacerla partícipe de ellos. Cierta remordimiento hizo acto de presencia, pero decidió ignorarlo. Necesitaba respuestas.

La vulnerabilidad que sentía Emme la llenó de inseguridad. El momento se le estaba haciendo eterno. La distancia era mínima. La atracción entre ambos, máxima. ¿Por qué no la besaba hasta dejarla sin aliento? ¿Por qué no la cogía entre sus brazos y la llevaba a la cama? ¿Acaso él tenía dudas? La realidad la abofeteó sin piedad. Ella no le gustaba.

Dio un paso atrás, bajando la vista avergonzada.

—Disculpa, no te dejaba pasar.

¿Cómo se podía ser tan estúpida? ¿Por qué creía que él también se podía sentir atraído por ella? Se dio media vuelta para alejarse de él y digerir la derrota y la humillación ante el desprecio entre la soledad de sus sábanas.

Logan se sorprendió ante su reacción. Había visto la decepción en su rostro. ¿Acaso ella quería lo que él tanto deseaba? ¿Estaba segura de ello? La cogió por la muñeca. Su piel ardía. Ella se detuvo, mirándole insegura.

—No me conoces —le susurró, incrédulo.

Emme se encogió de hombros. Su corazón empezó a latir con fuerza. Quizá no necesitaba saber nada más de él que lo que ya conocía.

—¿Y si las cosas cambian a partir de esta noche? —le preguntó en un susurro pensando en la posibilidad real de que ella entrara en esa guarida de lobos que había resultado ser su familia.

Emme volvió a encogerse de hombros. Su pulso se había acelerado y el calor que irradiaba su cuerpo se había extendido por ella como una corriente eléctrica poniendo en alerta todos sus sentidos, despertando todas sus terminaciones nerviosas, erizando cada milímetro de su piel.

—Supongo que podremos resolverlo.

Logan no necesitó escuchar nada más. Estaba de acuerdo. Decidido, eliminó la distancia que los separaba, aprisionó sus labios con los suyos, invadió su boca con su lengua y, sin darle opción a nada, arrolló todas las inseguridades que Emme parecía esconder.

El beso hambriento, desesperado, salvaje le hizo recordar que era libre, que era un hombre, que la vida había que aprovecharla. Estaba dispuesto a hacerlo, a recuperar el tiempo perdido, a disfrutarlo y a compartirlo con esa mujer que le había devuelto las alas.

Emme se sintió arder. Él invadió su espacio, destruyó sus barreras, exterminó sus inseguridades, y la arrastró hacia donde no recordaba haber estado nunca.

Como si no pesara nada, sin dejar de besarla, y con la urgencia y la necesidad a flor de piel, Logan la cogió en brazos para llevarla hasta su dormitorio. La tumbó en la cama y la cubrió con su cuerpo mientras se deshacían de la ropa que se interponía entre ellos. Sus cuerpos ardían, se estremecían y se buscaban, hambrientos.

Logan la quería por completo, solo para él. Era como tocar el cielo con las manos mientras el calor del infierno los envolvía y arrastraba en la oscuridad que los rodeaba. Quería hundirse en ella y llevarla lejos, muy lejos. No fue un amante tierno. Fue fogoso, apasionado, desenfrenado. Y a ratos, lento, muy lento, para saborearla todavía más. Le hizo perder el control, gemir, jadear, casi suplicar... Emme se retorció de placer bajo su cuerpo pidiéndole más, aferrándose a él, entregándose en su totalidad... Y el deseo estalló, arrasó con ellos y los sometió hasta quedar saciados, satisfechos y plenos.

Emme no tenía palabras. Apenas podía respirar. ¿Qué había sido eso? Jamás la habían deseado de esa manera. Su cuerpo yacía sin fuerzas. Su corazón retumbaba salvaje. Todo su ser temblaba por la vibrante y devastadora experiencia.

—Lo siento —susurró Logan en su cuello, con los ojos cerrados y el ceño fruncido.

—¿Qué? —balbuceó Emme.

—No tomé precauciones —se echó a su lado consternado.

No sabía que la necesitaba tanto. A ella. A ninguna más. Era gratitud, era afecto, era necesidad de algo puro y bueno en su vida. Quizá egoísmo, quizá interés, quizá volver a sentirse un hombre y no un despojo humillado y doblegado sin voluntad.

—No... No te preocupes... Estoy tomando unas anticonceptivas para regular la menstruación —le susurró incómoda.

Logan la miró. Las sombras le acariciaban el rostro, como querría hacérselo él. Contuvo sus ganas. No estaba siendo honesto con ella, pero no se arrepentía por ello. Se lo compensaría. Cuando pudiera, se lo compensaría.

—Te prometo que la próxima vez iré más despacio.

Emme asintió sin palabras. ¿Más despacio? Ahogó un gemido antes de mirarlo. Solo imaginarlo hizo que su mirada ardiera, y él pareció darse cuenta. Le besó los labios con dolorosa lentitud, acarició su cuerpo con ternura, y poco a poco, con tortuosa calma, deteniéndose en cada poro de su piel, en cada pliegue de su cuerpo, la llevó de nuevo hasta donde ya había estado y de donde ninguno de los dos quería alejarse.

Era de madrugada cuando Logan se despertó sobresaltado. Como todas las noches. Asustado. Sin aire. El corazón palpitando salvaje. Necesitaba dar la luz. Ver que no estaba encerrado, que su angustia había terminado.

Emme había abierto los ojos de repente al notar su reacción. Lo vio salir del dormitorio con prisa y encender la luz del pasillo.

Logan apoyó la espalda en la pared tratando de relajarse. Sus manos también necesitaban

sujetarse a ella ambos lados de su cuerpo. Cogía aire por la nariz y lo soltaba por la boca acelerado. Su pecho subía y bajaba agitado. Recordó la noche anterior. Se había dormido con Emme entre sus brazos. Eso parecía relajarse... Escuchó unos suaves pasos acercándose a él y deteniéndose a su lado.

Emme vio algo parecido a la tristeza reflejado en su mirada.

—¿Estás bien?

Logan la miró agradecido, casi temblando. Después de los primeros días totalmente solo y en la más absoluta de las miserias, cuando sentía que había tocado fondo, no esperaba que quien fuese a salvarlo fuera una mujer, sin pedirle nada a cambio, generosa, entregada, confiada... y con unos preciosos ojos azules en los que parecía tan fácil perderse.

Luchó contra sus ganas de abrazarla. En ese momento se sentía totalmente vacío, expuesto, sin nada. Asintió con la cabeza. Se dirigió al cuarto de baño. Necesitaba esconderse hasta que se recuperara del golpe que sus recuerdos acababan de asestarle.

Se apoyó en la puerta y se dejó caer hasta quedar sentado en el suelo. No quería mostrarle su vulnerabilidad. Nunca había sido muy afectivo, pero tampoco había tenido la necesidad de serlo. Los firmes apretones de manos de su padre, los pocos abrazos afectuosos de su tío o de su primo siempre habían estado ahí. Pero no había necesitado más.

Apenas pensaba en Charlene. Fue la primera en abandonar el barco cuando su vida empezó a hacer aguas. Creía recordar que como pareja les había ido bien. No sabía en qué había fallado. ¿Quizá en que no había habido problemas entre ellos que ponerlos a prueba?

—Logan, ¿estás bien?

Escuchó al otro lado de la puerta a Emme, mientras intuía que el sonido extraño que la acompañaba era Bobby rascando en ella.

—Sí, sí —respondió incómodo levantándose del suelo.

Quizá quisiera entrar. Se lavó la cara con agua fría, esperando que se llevase su malestar, y sin conseguirlo, salió del cuarto de baño.

Emme lo esperaba en el pasillo preocupada. Apenas lo conocía, aceptó mirándole. Pero su mirada perdida, o el dolor y la tristeza que se reflejaba en ella le estaban partiendo el alma. Realmente no sabía nada de él, pero lo poco que conocía le había demostrado que era una buena persona y no necesitaba nada más. Le abrazó sin que él lo esperara.

Logan sintió que le acariciaba el corazón. Se refugió entre sus brazos, en el olor de su cuello, en su dulzura.

—Volvamos a dormir —le susurró Emme.

Él asintió dejándose llevar. Bobby les adelantó para acomodarse en la cama que había junto a la mesilla de noche cercana a la puerta. Se tumbaron abrazados hasta que el sueño los envolvió de nuevo y los invitó a olvidar.



A mitad de semana, Emme recibió la llamada que estaba esperando: Una entrevista personal para entrar en el proceso de selección de la empresa S. S. Business. Sonrió radiante y orgullosa. Tenía claro que la plaza de administrativo en el departamento de contabilidad iba a ser suya. Estaba convencida de ello, lo presentía.

No podía esperar a contárselo a Logan. Dormían juntos desde el fin de semana, compartían besos robados, abrazos inesperados, encuentros apasionados y sonrisas y largas conversaciones sobre cualquier tema. Jamás hubiera imaginado que podría sentirse tan cómoda con alguien. Aun no sabía nada de su pasado, pero suponía que era cuestión de tiempo que él confiara plenamente en ella.

En cuanto llegó a casa, cambio su ropa de trabajo por una deportiva y con la excusa de pasear a Bobby fue a buscarlo hasta el lavadero de coches.

Logan vio a sus jóvenes compañeros distraerse y darse codazos entre sí. Suponía que la razón era una mujer bonita paseando por la acera porque solían reaccionar así ante ellas. Recordó su época más joven. Supuso que él también había actuado igual a su edad, aunque los recuerdos que tenía de entonces se reducían a largas horas de estudio y mucho trabajo que había sido recompensado con... prefería no pensar en eso. Se giró al ver el motivo de la distracción.

Le sorprendió ver a Emme paseando a Bobby justo por la acera de enfrente. Era preciosa. No le extrañaba que sus compañeros la miraran con admiración, y cierta lujuria. Llevaba el cabello recogido en una trenza ligeramente despeinada y vestía con ropa deportiva muy femenina. Aun sin pretenderlo, llamaba la atención. Los ojos le brillaban. Parecía que estuviera esperando... ¿lo estaba esperando a él?

Emme se encontró con la mirada de Logan y le sonrió.

Extrañado, fue hacia ella mientras oía que sus compañeros le silbaban y le susurraban comentarios muy poco educados.

Emme se sonrojó ante sus voces y sobre todo ante la imagen de Logan yendo hacia ella con decisión. Vestía, como los demás, un sencillo mono de trabajo azul. Afortunadamente estaba abrochado en la parte superior. En su mente surgieron, quizá provenientes de algún spot publicitario, calenturientas escenas de hombres musculosos lavando coches, con el cabello mojado sobre la frente, miradas profundas, labios carnosos, empapando sus esculturales torsos con agua... y Logan era la recreación de todo eso y más. Disimuló su turbación cuando lo tuvo enfrente.

—¿Has venido a buscarme? —le preguntó extrañado.

—Sí.

Logan sonrió divertido saludando a Bobby, que lo había recibido quedándose a dos patas, mientras las otras dos las apoyaba en su estómago.

—Voy a hacer una entrevista en la S. S. Business —le explicó emocionada.

Logan la miró sin habla. Había llegado el momento. La puerta parecía empezar a abrirse. Asintió mientras la adrenalina se disparaba por su cuerpo.

—Vas a conseguirlo —le aseguró convencido.

Emme asintió orgullosa.

—Será mejor que me vaya y os deje terminar.

Logan se giró hacia sus compañeros que no le quitaban ojo de encima.

—Sí, creo que nos distraes demasiado.

Emme le miró con los ojos brillantes. «Si lo besara en ese momento aún los distraería más», pensó divertida. Le apetecía hacerlo. ¿Por qué no? Logan estaba muy atractivo aun con su ropa de trabajo y las escenas en su imaginación de hombres lavando coches a medio vestir

habían sido demasiado tentadoras. «Solo un beso rápido», se dijo poniéndose de puntillas y aplastando sus labios contra los de él.

Logan reprimió una sonrisa mirándola con picardía. Quería más. Aprisionó sus labios con los suyos y su lengua invadió su boca dejándola sin aliento. Cuando empezaron a escuchar silbidos a sus espaldas, se separó de ella.

—Nos vemos en casa.

Emme asintió orgullosa antes que él volviera junto a sus compañeros, que lo recibieron entre sonrisas de admiración y comentarios subidos de tono.



El primer día en su nuevo trabajo, Emme miraba todo a su alrededor con muchísima curiosidad. Era un lugar elegante, frío, casi impersonal, con grandes ventanales, en una última planta del edificio propiedad de la compañía. Predominaban el gris oscuro, el blanco y el color borgoña del logo comercial.

El departamento de contabilidad lo componían cinco mujeres que, como le comentaron ellas mismas, llevaban trabajando allí bastante tiempo.

La mayor de ellas llevaba más de quince años en el mismo puesto. Era una mujer de mediana edad, con el cabello y los ojos oscuros, y con gafas de montura gruesa en color rojo.

—Aquí es muy importante la puntualidad, Emmeline —le comentó Susan, la compañera que tenía la mesa más cercana, mientras le daba varias carpetas muy pesadas—. Tu llevarás la relación con las empresas más recientes. Serás el enlace contable con ellas. Cualquier duda me la puedes preguntar a mí.

Emme asintió con una sonrisa. Susan parecía mucho más amable que el resto de las compañeras que apenas le prestaron atención. Tenía el cabello castaño y rizado y grandes ojos verdes.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Cinco años... El tiempo pasa muy rápido —sonrió—. Todas dependemos de la señora Pocket —señaló con la mirada a la mujer seria de cabello oscuro, pero lo cierto es que cuanto menos la molestes, mejor.

Emme la miró de reojo mientras encendía el ordenador.

—Creo que ya conoces el programa contable que tenemos instalado, pero estaré contigo una hora más o menos para resolver las dudas que te surjan mientras te muestro cómo trabajamos.

Emme asintió agradecida. A mitad de mañana, ya estaba inmersa en el trabajo contable. Era una empresa muy próspera, con muchos clientes, y muy solventes. Los que le habían asignado eran bastante recientes, y más pequeños, pero parecían muy consolidados en su sector.

Antes de que acabara la mañana, un hombre joven, trajeado, de cabello oscuro, entró en

la oficina. Apenas miró a nadie que no fuera la señora Pocket. Se dirigió a ella para darle las carpetas que llevaba en la mano.

Emme lo miró con disimulo. Era un hombre unos años mayor que ella. Parecía agradable pese a su pose estirada y fría y su rostro era aniñado, de nariz pequeña y labios finos.

—Ese es uno de los hijos de los dueños —le susurró Susan en cuanto salió mientras fingía que cogía un bolígrafo del suelo.

—Es joven —comentó por curiosidad.

—Sí, pero está casado —le informó en un susurro—. Esos no se codean con gente como nosotras.

Emme la miró de reojo. No sabía si por prejuicio o porque tenían intereses, o costumbres diferentes, solía ser bastante habitual esa distancia en las grandes empresas entre los empleados y sus jefes. Nunca le había dado mayor importancia, pero por lo visto, a los empleados les importaba.

Cuando acabó su jornada laboral, nada más salir a la calle, recibió una llamada de su padre. Entornó los ojos, resignada. Intuía lo que iba a decirle.

—Emmeline, ya me ha dicho tu madre que has cambiado de empresa, otra vez.

Ahí estaba.

—Sí, papá.

—¿Y por qué no dejas de dar vueltas entre una y otra y te quedas de una vez en la tuya?

—Ya lo hemos hablado. Cuando lo considere oportuno, volveré.

—¿En qué departamento estás ahora?

—En contabilidad.

—¿Pero no pasaste ya por algún otro departamento de contabilidad?

—Bueno, papá, ¿qué importa? Esta es una empresa muy grande...

Simon resopló molesto.

—Eres una cabezota.

—Lo heredé de ti.

—El sábado hay una gala benéfica. Esperamos que vengas.

—¿El sábado?

—Sí, tráete a tu novio.

—¿Qué novio?

—No preguntes tonterías, o ¿te crees que no tengo ojos para ver cómo os mirabais el otro día?

—Ah...

Emme se sonrojó. Ya habían pasado de las miradas a algo más íntimo. No iba a negarle a su padre que fueran pareja. Ella sentía que así era pese a que él apenas le había contado nada de su pasado, nada de lo que le había llevado a dormir en la calle, nada de lo que le hacía despertarse sobresaltado por las noches.

—Me está haciendo ganar dinero —le confirmó—. Puedo presentarle a algunos amigos.

—Se lo comentaré, pero no te aseguro nada.

Emme sonrió, sintiéndose satisfecha por Logan. Tanto trabajar delante del ordenador, después de su jornada en el lavadero, parecía empezar a dar fruto. Nuevas oportunidades se le estaban abriendo. Se alegraba mucho por él.



Cuando Logan llegó a casa, Emme había preparado una cena ligera para los dos. Se duchó con rapidez y se sentó frente a ella.

—¿Estás cansado? —le preguntó Emme, cordial—. Haces más horas de lo normal, ¿no?

Logan se encogió de hombros sin darle importancia. Ya estaba acostumbrado a ese trabajo. Necesitaba el dinero y el trabajo físico le distraía lo suficiente como para no pensar en otras cosas. Ese día, sin embargo, estaba nervioso. No había dejado de dar vueltas al hecho de que Emme acabara de entrar en la boca del lobo. No sabía cómo decirle que buscara información de lo sucedido hacía tantos años.

Supuso que debía sincerarse con ella... pero no estaba seguro de lo que pensaría si se enteraba de que había pasado tanto tiempo en la cárcel. No estaba preparado para perderla o para ver la duda reflejada en sus bonitos ojos.

—Estoy acostumbrado al esfuerzo físico. En la... Antes hacía mucho ejercicio para despejar la mente.

Emme asintió con una sonrisa. Era evidente por lo musculoso que estaba su cuerpo que lo hacía o lo había hecho.

Logan le mantuvo la mirada con la misma picardía que ella. A él también le parecía muy atractiva.

—¿Qué tal en tu nuevo trabajo? —preguntó conteniendo su interés real.

—Muy bien. Es una empresa muy grande. Me han dado la contabilidad de varias cuentas... No quiero aburrirte... ¡¡Ah!! —cambió de tema—. Mi padre me ha recordado que el fin de semana hay una gala benéfica a la que estamos invitados. Está muy contento porque le estás haciendo ganar dinero con las acciones. Quiere presentarte a algunos amigos.

Logan sintió que la seguridad que empezaba a sentir comenzaba a tambalearse. No podía ir. Por mucho que quisiera más contactos o futuros clientes que confiaran en él para sus inversiones, era demasiado pronto para exponerse a la clase social de la que había salido herido y humillado.

—No sé si es el mejor momento —le confesó sincero—. Agradezco la invitación de tu padre, pero no creo que sea buena idea. Además, si se entera de que tú y yo... —le cogió la mano con una sonrisa lasciva.

—Ya lo sabe —le respondió burlona.

—¿Se lo has contado?

—No, claro que no, pero mi padre es muy inteligente.

—Te pareces a él —le respondió convencido.

Emme le sonrió agradecida por el cumplido.

—Bueno, cuéntame ¿has conocido a alguien interesante en el trabajo?

—¿Interesante? —preguntó divertida—. La señora Pocket lleva trabajando allí casi

quince años. Es estirada y altiva. Menos mal que mi compañera Susan es muy agradable. Y conocí a uno de los hijos de los dueños.

El rostro de Logan se convirtió en una máscara de acero.

—¿Hay más de un dueño? —preguntó por asegurarse de que nada hubiera cambiado.

—Por lo que me han contado hay dos dueños, y el hijo de uno de ellos también dirige la empresa. Será de tu edad más o menos, y está casado.

Logan asintió fingiendo indiferencia. Casado. Confirmó la sospecha de lo que había visto. Con Charlene. De no haber ocurrido nada, probablemente, hubiera sido él quien estaría casado con ella.

Emme empezó a contarle acerca de sus nuevas compañeras. Logan escuchaba en silencio. La vida había seguido mientras él estaba encerrado. Sabía que era lo lógico, pero no por ello le gustaba. Decidió atender la explicación de Emme con mayor objetividad. Quizá pudiera enterarse de algo con lo que poder atacar.



La noche de la gala, Logan miró sorprendido a Emme cuando salió de su dormitorio. Su vestido largo, azul oscuro, con escote en forma de corazón, resaltaba su femenina silueta y sus bonitos ojos. Se había recogido su cabello en un moño alto, despejando su preciosa nuca.

Emme notó un brillo de admiración en su mirada y se sintió reconfortada.

—¿Estás seguro de que no quieres venir?

Logan asintió convencido sin dejar de mirarla. Estaba guapísima y parecía una más de las mujeres con las que en otros tiempos, se había relacionado. No pudo evitar acercarse a besarla. Quería recordarle que no era una de ellas, que era mejor, que tenía sentimientos... Estaba convencido de que Emme no le habría abandonado cuando lo metieron preso. Sabía que habría luchado hasta el final, junto a él, para demostrar su inocencia.

Emme correspondió su beso apoyando sus manos en su firme pecho. Por un momento se lo imaginó trajeado, acompañándola a la fiesta. Estaría tan atractivo y apuesto, como cualquiera de los hombres que sabía que encontraría allí. Nadie podría adivinar su origen humilde. Ese tesón y esa determinación por salir adelante se reflejaba en su físico imponente, incluso arrogante, como si fuera capaz de conseguir todo lo que se propusiera sin importarle el precio a pagar.

Se mantuvieron la mirada con una suave sonrisa cuando dejaron de besarse.

—Discúlpame con tu padre. Quizá a la siguiente pueda acudir...

Emme asintió. Le gustaría que así fuera. No podría evitar presumir de él. Era feliz a su lado. Tenían largas conversaciones sobre cualquier tema, se divertía, se sentía acompañada y muy querida. Astrid y Leanna coincidían en que le brillaban los ojos, y no podía estar más de acuerdo con ellas.



Emme llegó en taxi hasta el hotel en el que se celebraba la gala. Entró directamente. Sus padres estarían esperándola dentro. La enorme sala iluminada estaba casi abarrotada.

Simon, impecable con su traje, y Margaret, radiante con su vestido largo en color nude, llegaron hasta ella cogidos del brazo para saludarla, afectuosos.

—¿Dónde está tu amigo, Emmeline? ¿No has podido convencerlo para que te acompañara?

—No, papá —le defendió Emme—. Quizá la próxima vez.

Su padre la miró contrariado y ella apartó desvió su mirada fingiendo distraerse con lo que la rodeaba.

—¿Qué hombre dice que no a la posibilidad de contactar con futuros clientes? —le preguntó extrañado—. No esperaba que dejara pasar la oportunidad. Dile que le llamaré esta semana para que venga a hablar conmigo a mi oficina.

Emme asintió mientras Margaret miraba a su alrededor.

—Hay mucha gente —quiso cambiar de tema de conversación.

—Sí —comentó Simon distraído cogiendo una copa de uno de los camareros que pasaba por su lado—. También están tus nuevos jefes.

Emme miró a su alrededor.

—¿Mis jefes? No los conozco personalmente. No dije en la entrevista que fuera tu hija, así que no les digas nada, por favor. Quizá no les guste o piensen que estoy allí para espiarles.

—¿No es lo que estás haciendo? —le preguntó Simon con ironía.

—No —se defendió Emme—. Estoy aprendiendo a hacer las cosas de diferente manera para poder mejorar nuestra forma de trabajar.

—¿Y por qué nuestra forma de trabajar iba a estar equivocada?

—No lo sabremos hasta que no lo comprobemos.

—Para eso tendrás que empezar a trabajar con nosotros de una vez.

Margaret suspiró. Notaba cómo la conversación entre padre e hija iba subiendo de intensidad.

—Por favor, hemos venido a disfrutar —les recordó—. No a hablar de trabajo.

Emme y su padre se mantuvieron la mirada, desafiantes.

—Cariño, en estas fiestas es de trabajo de lo que se habla —la corrigió amistoso Simon.

—Pero no con tu hija —apostilló con una fingida sonrisa.

—La proteges demasiado —la acusó con una mueca—, y mi hija no necesita a nadie que la defienda. Es fuerte, inteligente y... —la miró orgulloso— testaruda...

—Soy su madre —le recordó—. Siempre será mi niña y la defenderé hasta de ella misma si hace falta. Y ahora, por favor, disfrutemos de la fiesta.

—Hablemos de negocios entonces —aceptó Simon ante los ojos chispeantes de su

esposa.

Emme los miró orgullosa. Le gustaba la relación que tenían entre ambos tan respetuosa y llena de complicidad. Su madre, conciliadora, cariñosa y pacífica. Su padre, práctico, responsable y trabajador. Estaba convencida de que había heredado lo mejor de cada uno de ellos. Siempre se había sentido protegida y aunque opinara de manera diferente a ellos en muchos aspectos, sabía que respetaban sus propias ideas y su vehemencia al defenderlas.

—Vamos —les dijo Simon con una sonrisa arrogante, ofreciéndoles sus brazos para presumir orgulloso de ambas—. Divirtámonos.

Madre e hija aceptaron con una sonrisa y él, casi pavoneándose entre la multitud, comenzó a caminar, saludando amable a unos y otros. Se detuvo frente a dos empresarios de edad similar a la suya. Ambos vestían con trajes oscuros hechos a medida. Elegantes, altivos, prepotentes... Serios y fríos hombres de negocios.

Emme los observaba en silencio. Miró a su padre. Podrían decir lo mismo de él, por el aspecto y su actitud. Solo ellas y algún que otro amigo sabían que era un cariñoso y protector hombre de familia. Miró a su alrededor, observadora. Los hombres que los rodeaban tenían un aspecto similar. Comprendió que Logan pudiera sentirse incómodo entre tanto tiburón en los negocios. Él apenas estaba empezando a gestionar unas acciones y lavaba coches el resto del día. No tenía nada que ver con ellos.

—Baxter y Harold Stone, un placer verles por aquí.

—Barnes —le saludó el más alto de ellos.

Emmeline los miró ruborizada. Al final, su padre iba a presentarle a sus propios jefes. Disimuló su rabia y frustración con una fingida sonrisa.

—Creo que no conocen a mi hija, Emmeline —les presentó orgulloso.

Ambos negaron con un gesto de cabeza y saludaron con educación a la joven. Emmeline les devolvió una sonrisa forzada antes de lanzar una mirada amonestadora a su padre, que él ignora sin remordimiento. Seguro que les decía que estaba trabajando para ellos, exponiéndola a un despido.

—Está trabajando en S. S. Business.

Emme se sonrojó, incómoda. «¿Cómo podía ser tan indiscreto y predecible?». Los dos hombres la miraron extrañados.

—¿En S. S. Business?

—Sí, señor Stone —le sonrió Emmeline ruborizada—. Acabo de entrar en el departamento de contabilidad.

Los dos hombres miraron a Simon, confundidos.

—Si trabajáramos en el mismo sector podríamos pensar que es una espía infiltrada —comentó el más alto de ellos con suspicacia.

Justo lo mismo que le había señalado ella a su padre instantes antes, se lamentó.

—Emmeline no trabajaría en otra empresa del mismo sector. Es honesta y ambiciosa. Está dispuesta a forjar su recorrido en el mundo empresarial, empezando desde abajo, ganando sus propios méritos y para eso, lo mejor es hacerlo fuera de casa.

—Eso le honra. Será una digna sucesora del imperio Barnes —apoyó el que parecía un poco más joven.

Emme miró disimuladamente a su padre. ¿Se sentía orgulloso de ella o era una mera fachada?

—Podría ser una alianza importante, un puente entre nuestras empresas —comentó el más alto.

—Podría ser una buena idea... —asintió Simon, pensativo.

—Lo tendremos en cuenta —comentó el más joven mientras otra elegante pareja se les acercaba para saludarles.

Simon asintió satisfecho antes de volver a ofrecer los brazos a las mujeres que le acompañaban y seguir paseando por la sala.

—¿Por qué les has dicho eso, papá?

—¿El qué?

—Eso de que sería una buena idea tener una alianza con ellos.

—¿Por qué no? Seguro que podemos encontrar vías conjuntas de colaboración. Probablemente pudiéramos crear una empresa entre los dos, y tú podrías gestionarla... ¿Quién mejor para llevarla?

—¿De verdad estás pensando en asociarte con los Stone?

—¿No estás trabajando tú para ellos ahora? Sería una muy buena oportunidad.

—Acabo de empezar a trabajar allí. Solo soy una administrativa. Parece una empresa muy solvente, pero...

—¿No tuvieron algún escándalo hace algunos años? —preguntó Margaret insegura—. Creo recordar que un hijo acabó en la cárcel por blanqueo de capital. Acaparó las portadas y la prensa durante una temporada. No se ha vuelto a escuchar nada al respecto.

Emme recordó que lo había visto en la oficina y que le habían comentado que estaba casado, pero de ese escándalo nadie le había comentado nada.

—No lo recordaba... —Simon se quedó pensativo.

Emme se encontró más de una vez observando de reojo a los Stone. No sabía cómo sería la vuelta al trabajo la semana próxima. Esperaba seguir pasando desapercibida. No se imaginaba dirigiendo tan joven su propia empresa, aunque, desde luego, sería una oportunidad magnífica y no estaría a la sombra de su padre.

De cualquier manera, solo había sido un comentario inofensivo en una gala benéfica. No tenía por qué ir a más, trató de convencerse.

Poco antes de medianoche Emme dio por finalizada la fiesta y después de despedirse de su familia volvió a casa en taxi. Estaba deseando quitarse los altos tacones a los que no estaba acostumbrada y compartir con Logan sus impresiones. Había hecho bien en no acudir a la gala. Probablemente se hubiera sentido fuera de lugar y muy incómodo.

Nada más entrar, Bobby la recibió como si no la hubiera visto en meses mientras Logan, que estaba viendo la televisión, se acercó a ella con fingida calma.

—¿Ha ido todo bien?

Emme asintió quitándose los zapatos en la entrada.

—¿Has bajado a Bobby?

—Sí —le sonrió al ver cómo había menguado su altura—. ¿Estás cansada?

Emme asintió mientras se dirigía al dormitorio a cambiarse de ropa.

—Mi padre me ha preguntado por ti —le comentó sintiéndolo a su espalda—. Te hubiera presentado a muchísima gente. Me ha dicho que te llamará la próxima semana. ¿Sabes lo que ha hecho?

Logan le bajó la cremallera del vestido dejando que cayera al suelo a sus pies mientras le besaba su despejada nuca y recorría su estrecha cintura con el fuego que sentía en sus manos. Su minúscula ropa interior y el sugerente corpiño sin tirantes que había utilizado despertaban todos sus sentidos.

Prefería acariciarla, recorrer su cuerpo con sus labios, y hacerla suya, con mucha calma,

antes que oírle hablar sobre la clase de gente con la que hacía tanto tiempo se había codeado.

—Me ha presentado a mis jefes... No sé si me despedirán el lunes en cuanto aparezca por la puerta...

Abrió los ojos extrañada cuando las manos de Logan se detuvieron en seco en su cadera y sus labios dejaron de besarla.

—¿A qué te refieres?

Emme se soltó el cabello y se giró para mirarle de frente.

—Les dijo que había empezado a trabajar para ellos. Comentaron la posibilidad de crear una alianza... No me hizo ninguna gracia que mi padre se metiera por medio, pero me dio la impresión de que estaba maquinando algo...

A Logan se le dispararon las pulsaciones y una incómoda rabia que se esforzó por ocultar, le recorrió el cuerpo. No podían despedirla. Acababa de entrar y no había podido averiguar nada.

—No te preocupes por mí. Encontraré otro trabajo pronto... o quizá no me despidan y acabe dirigiendo una empresa paralela como socia.

Logan frunció el ceño, molesto. No sabía qué sería peor, pero debía relajarse para que Emme no descubriera su interés personal en que ella estuviera dentro. Se obligó a pensar en ella, en sus sinuosas y tentadoras curvas, en su escasa y excitante ropa interior y en el suave y ondulado cabello rubio cayendo sobre sus hombros. Sí, era mejor centrarse en ella. Sus manos volvieron a recorrerla, sus besos a reclamarla y su cuerpo tomó las riendas. Totalmente excitado la besó posesivo, exigente, devastador. Necesitaba relajarse y conocía la manera perfecta para hacerlo y para arrastrarla a ella a donde él quería tenerla. En ese momento, entre sus brazos.



El lunes por la mañana, a primera hora, los nervios de Emme estaban a flor de piel. Todo parecía seguir igual que la semana anterior, pero no podía evitar estar preocupada por la breve conversación que habían mantenido en la gala su padre y sus jefes.

El hombre de cara amable que había identificado como hijo de uno de ellos, apareció por el departamento de contabilidad, y, como había hecho otras veces, fue directo a hablar con la señora Pocket.

Al escuchar su nombre, Emme se asomó ligeramente tras el ordenador para ver a la señora Pocket señalándola. La adrenalina se disparó en su cuerpo. ¿Preguntaba por ella? ¿Iban a despedirla?

El hombre se acercó a su mesa con paso ligero y sonrisa amble.

—¿Emmeline Barnes?

Emme asintió nerviosa.

—Deje lo que está haciendo tal y como está, coja sus cosas y sígame.

Obedeció con el ceño fruncido. Su padre iba a ganarse una buena reprimenda por haber conseguido que la despidieran. Estaba convencida de que allí hubiera podido aprender mucho.

—Soy Henry Stone —se presentó tendiéndole la mano en cuanto salieron del departamento de contabilidad—. Tenemos un puesto nuevo para usted.

Emme respiró aliviada y confundida mientras disimulaba una sonrisa preocupada.

—Ah... gracias...

—Soy uno de los presidentes de la compañía. Mi secretaria está de baja por maternidad. Necesito ocupar su puesto temporalmente y como parece ser que en la gala su padre habló con el mío y mi tío acerca de posibles negocios en común, nos pareció buena idea que usted ocupara el puesto de secretaria de la gerencia.

Emme asintió incómoda. Como bien había supuesto, la conversación había tenido sus consecuencias, y aunque parecían buenas, a ella le gustaba conseguir las cosas por sí misma.

Subieron en ascensor a la planta superior. La amplia oficina tenía tres despachos en la pared del fondo con tres mesas frente a ellos. Una de ellas estaba vacía. Pasaron junto a un par de mesas más donde un hombre y una mujer estaban hablando por teléfono.

—Está será su mesa, Emmeline —la acompañó hasta el escritorio que había frente a una de las oficinas—. Pero pasemos a mi despacho para que hablemos de cuál será su desempeño en este puesto.

Emme asintió siguiéndole y pasando por delante de él cuando abrió la puerta para entrar a la acristalada y amplia dependencia.

Pasó toda la mañana tomando notas sobre los cometidos de su nuevo trabajo. Le parecía muy interesante. La S. S. Business agrupaba varias empresas más pequeñas de diferentes sectores.

Henry sabía de lo que hablaba. Se notaba que era un hombre culto, e incluso, podría parecer atractivo. No le parecía el típico empresario agresivo y ambicioso que sí que le habían parecido su padre y su tío. Más bien le daba la impresión de que había sabido aprovechar las oportunidades que la vida le había dado y, aunque estaba donde estaba por ser el hijo del jefe, no parecía importarle.

La jornada le resultó interesante, fructífera y muy reveladora. Era una empresa seria y solvente con claras estrategias y objetivos muy definidos hacia donde todos remaban a la vez. Había hecho bien en entrar allí al margen de su apellido, aunque en esos momentos este hubiera sido el que la había colocado en esa posición.



Cuando Logan llegó frente a la puerta de casa, a última hora de la tarde, se encontró a Emme terminando de pasear a Bobby. Su sincera sonrisa de bienvenida le hizo sentirse ligeramente culpable por no decirle quién era. Afortunadamente, los cariñosos saltos y muestras de afecto de Bobby le distrajeron de sus pensamientos. Aún no estaba preparado para confiarle la verdad. No estaba seguro de poder soportar, sin derrumbarse, el desprecio en su cara si le decía que había salido de la cárcel tras una condena de ocho años. Aun así, muy a su pesar, debía decírselo por si podía averiguar algo que explicara lo sucedido.

—Me han ascendido —le comentó Emme orgullosa cuando llegó frente a él.

Logan la miró contrariado.

—¿Ascendido?

—Soy una de las asistentas de presidencia. Soy la secretaria de Henry Stone.

Logan no pudo evitar apretar los labios y tragarse las amargas bilis que acudieron a su boca con solo escuchar el nombre de su primo. Asintió en silencio. Mantuvo la mirada a Emme. Sin pretenderlo estaba donde mejor podía estar. Se pasó una mano por la cara. Debía hablar con ella, pero le daba pánico pensar que podría asustarse o alejarse de él.

—Venga, vamos —le incitó Emme cogiéndole de la mano para entrar juntos.

Logan se dejó llevar. Quizá al día siguiente se lo dijera. Necesitaba, por lo menos, una noche más con ella... o dos.



A final de semana, Logan pidió un par de horas libres en el trabajo para reunirse con Simon. No había podido retrasar más el momento de acercarse a su oficina en el distrito financiero.

Se sentía muy incómodo volviendo a esos altos edificios que le hacían sentirse tan pequeño y le traían tan malos recuerdos. Nunca había experimentado esa inseguridad que lo hacía sentirse tan vulnerable. Sabía que no se debía a que en vez de traje vistiera unos sencillos pantalones vaqueros. Todavía le dolía el desprecio de quienes eran su familia de sangre, y más aún cuando él seguía sin saber el motivo.

Subió en ascensor hasta la octava planta donde Simon tenía su despacho. Como esperaba, había una amplia zona acristalada, con varios escritorios ocupados por diferentes trabajadores. Preguntó a la joven que ocupaba el más cercano a la puerta que, amablemente, le indicó hacia dónde dirigirse.

Cuando llegó frente al escritorio junto a la puerta, la señora de mediana edad que debía anunciar su visita levantó la vista del ordenador.

—El señor Barnes me está esperando.

La mujer de cabello corto y canoso se ajustó las gafas sobre los ojos mientras parpadeaba confundida. Miró la agenda que tenía a un lado y volvió a fijarse en él.

—¿Señor Logan?

Él asintió.

La mujer le mantuvo la mirada.

—No me recuerda, ¿verdad?

Logan la miró extrañado.

—¿Disculpe?

—Soy Agnes Spencer —se presentó—. Yo trabajaba para su padre cuando...

Logan sintió un escalofrío recorriendo su espalda. Un sudor frío lo invadió. La respiración se detuvo en seco. Miró hacia el despacho de Simon, incómodo. Esperaba que no saliera en ese momento porque no quería tener que darle explicaciones ni perder la oportunidad de seguir manejando sus acciones. No recordaba a esa mujer, pero tampoco le extrañaba porque nunca había tenido trato ni directo ni amable con el personal a su cargo.

—Ha pasado mucho tiempo desde entonces —improvisó carraspeando.

—¿Está usted bien? —le preguntó con amabilidad.

Logan asintió, humillado. Esa mujer sabía todo lo que había ocurrido y podía ver reflejadas en su mirada la compasión y la pena que siempre había detestado. No sabía cómo reaccionar ni qué decirle. En un momento, la vulnerabilidad a la que estaba tan acostumbrado se apoderó de él. Ella pareció apreciarlo porque desvió la mirada, intencionadamente, permitiéndole recomponerse.

—Voy a anunciarle al señor Barnes que está aquí.

—Él no sabe mi apellido —le confesó con cierta inquietud—. Cree que me llamo Logan Stanhome.

Agnes asintió comprensiva antes de avisar por el comunicador que le estaban esperando.

—Puede pasar —le indicó educada, siguiéndole con la mirada.

Logan asintió. Cogió aire. Se recordó que había ido para hablar sobre las acciones de Simon, para nada más, y debía parecer seguro de sí mismo. Realmente sabía lo que hacía, lo hacía bien, y los números lo avalaban. No necesitaba explicar más. Se tragó su orgullo herido y con renovada confianza entró en el despacho.

Simon lo esperaba con la mirada fija en el ordenador. Al oír la puerta cerrarse levantó la vista. Con un gesto distante le invitó a sentarse.

—No suelo hacer negocios con gente a la que no conozco —le explicó manteniéndole la mirada desafiante—, pero hizo que Emmeline ganara dinero, de la misma manera que está haciendo conmigo según los informes que ha enviado mi abogado.

Logan asintió serio. Estaba ante un hombre de negocios, no frente al padre de Emme. Cierta tensión parecía flotar en el aire.

—¿Quién es? —le preguntó Simon serio.

—Usted mismo lo ha dicho —respondió a la defensiva—. Alguien que le está haciendo ganar mucho dinero.

—Pero dejando los negocios a un lado, sé que tiene una relación con mi hija.

—Con todos mis respetos, es un tema que prefiero dejar fuera de estas cuatro paredes, señor Barnes. He venido por asuntos estrictamente profesionales.

Simon asintió.

—Mis abogados no han podido encontrarle.

—¿Quería hablar conmigo? Podrían haberle preguntado a Emmeline.

—Mi hija puede decirme lo que quiera, pero si vamos a hablar de negocios, prefiero mantenerla al margen.

—Me parece bien —aceptó Logan—. Dígame entonces.

—Sinceramente, me ha sorprendido la claridad en los informes que me ha enviado. Me queda claro que sabe lo que hace —le explicó con cierta arrogancia—. Quiero invertir más dinero, pero necesitaría saber más de usted para hacerlo.

—¿Qué quiere saber?

—¿De dónde ha salido Logan Stanhome?

—Todo el mundo tiene un pasado que quizá no es necesario que se conozca.

—Y usted se empeña en mantener oculto.

—No veo por qué no. Quedó atrás. Como bien ha dicho le estoy haciendo ganar dinero. Puede confiar en mí. Mi nombre no importa.

—Sí en los negocios, y de usted no encuentro ninguna referencia.

—Creí que no la necesitaría —. Se aferró a su determinación y a su orgullo—. No me la pidió antes de permitirme gestionar su dinero. No entiendo por qué lo hace ahora que ha visto cuánto puede ganar, teniendo en cuenta que las acciones son, con frecuencia, un mercado inestable.

Simon asintió serio.

—Veo que no hay manera de hacerle cambiar de opinión.

—¿Le supone algún problema grave? —No iba a claudicar. No necesitaba saber su apellido, de qué familia venía, lo que le habían hecho.

—Admiro su determinación, y como le he dicho, le daré más dinero para invertir. Cuando esté preparado para desvelar su identidad, espero que me avise. Solo de esa manera podré presentarle a mis conocidos.

Logan asintió con firmeza. No era el momento. Todavía no. Emme ya estaba dentro de la que había sido su empresa, quizá pudiera encontrar algo que le permitiera limpiar su nombre. Solo era cuestión de tiempo. Aunque primero debía hablar con ella.

La conversación se centró en las posibles inversiones, durante una hora más. Logan parecía recuperar la confianza y su antigua determinación conforme el tiempo transcurría. Cuando Simon, tras mirar el reloj, la dio por terminada, se levantó para acompañarlo a la puerta. Su actitud cambió y el padre de Emme pareció emerger.

—¿Te esperamos el domingo en casa a la hora de la comida?

Logan no sabía qué decirle.

—Hablaré con Emme. Ella le confirmará.

Simon asintió con un apretón de manos antes de cerrar la puerta y volver a sus quehaceres. Logan miró de reojo a la secretaria. Esperaba que no le contara nada a Simon que le hiciera dudar de él.

Con un ligero movimiento de cabeza a modo de despedida, empezó a caminar hacia la salida.

—Señor Stone...

Logan se giró extrañado. Hacía tiempo que nadie le llamaba así. La secretaria de Simon estaba detrás de él. Lo miraba con una tímida sonrisa.

—¿Sí?

—Solo quería decirle que me alegro de verle, de que esté bien...

Logan asintió con fingida indiferencia mientras un nudo se le formaba en la garganta. Le agradeció el gesto y entró en el ascensor en cuanto se abrió frente a él. Tomó aire llenando sus pulmones y lo soltó poco a poco por la boca. Habían sido demasiadas emociones enfrentadas a la vez.



Cuando Emme llegó a casa al medio día y abrió la puerta, Roy salió de su apartamento con gesto serio. Parecía que la estuviera esperando. Lo miró extrañada mientras saludaba a Bobby con cariño.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupada.

—No. Tenemos que hablar.

—Qué poco me gusta esa frase —comentó mientras cambiaba su bolso por la correa de Bobby—. Tengo que sacarlo a pasear. ¿Vienes conmigo o me esperas?

—Voy contigo.

—Pues sí que es grave. ¿Te ocurre algo? —le preguntó mientras bajaban en el ascensor.

—No. A mí, no, y espero que a ti tampoco te ocurra nada.

Un escalofrío recorrió la espalda de Emme. La mirada de Roy era tan dura como sus palabras.

—¿Qué ha pasado?

—¿Cómo conociste a Logan?

Emme se sonrojó. Se negaba a decírselo. Él le había demostrado ser un buen hombre, alguien en quien confiar, y muy trabajador. Era cariñoso y atento, se sentía muy bien a su lado y jugaba mucho con Bobby. Quizá no le hubiera contado muchas cosas... o ninguna de su pasado, ni habían hecho planes de futuro, pero lo que le importaba era el presente, y no tenía ninguna queja al respecto.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Le seguiste investigando?

—Por supuesto. No iba a quedarme con la intriga siendo que vive en tu casa, al lado de la mía.

—No parece un asesino en serie.

—No lo es, pero ha estado en la cárcel —le confirmó mientras salían a la calle.

Emme lo miró intranquila.

—¿A qué te refieres?

—Literalmente a lo que te he dicho. Logan Stone pasó ocho años en prisión por blanqueo de capital en la empresa de su familia.

Emme repitió sus palabras en silencio. Sentía la garganta seca y la cabeza parecía darle vueltas.

—Logan ¿Stone?

—Es su verdadero apellido. Ahora estás trabajando en la S. S. Business. Es propiedad de su familia. Puede que te esté utilizando. Ten cuidado.

Emme negó con la cabeza. No se lo podía creer.

—No... Yo elegí trabajar allí. Él no me dijo nada.

—¿Quién te avisó del puesto libre?

—Él, pero ...

—Ahí lo tienes. Cualquiera que te conozca un poco sabría que aceptarías el puesto.

—Pero... —Emme no podía creer sus palabras—. ¿En la cárcel?

Roy asintió.

—Está gestionando la cartera de inversiones de mi padre... ¿Crees que puede estafarle o algo así?

—Probablemente. De la misma manera que él sabría quien eras antes de acercarse a ti.

Emme lo miró incrédula. Se habían conocido en el parque. Él dormía en la calle. No podía ser cierto.

—Ten cuidado. Se está aprovechando de ti... o no tardará en hacerlo. Puedes perder mucho dinero.

Emme asintió preocupada. Le costaba creer que fuera real, pero no sabía qué pensar ante esa revelación, que estaba convencida de que estaba más que contrastada.

—Es un tipo inteligente. Debe serlo para hacer lo que hizo. Si ya ha conseguido tener en sus manos el dinero de tu padre, quizá es lo que buscaba. Probablemente desaparecerá en cuanto sepa que le has descubierto. Estate atenta.

Emme asintió, consternada. Le costaba creer lo que estaba escuchando. Sentía que hasta las rodillas le temblaban.

—¿Estás seguro?

—Puedes comprobarlo tú misma. El escándalo salpicó a la empresa. Fue portada en periódicos y revistas bastante tiempo.

Emme asintió. Recordó que su madre había comentado algo la noche de la gala benéfica, pero no le había dado importancia. Seguía repasando mentalmente sus primeros encuentros. No parecía que hubiera ningún indicio de que él supiera de su identidad. Además, en ese barrio, no era fácil encontrar a alguien con tanto dinero como ella... y había sido idea suya ofrecerle una habitación... ¿Había sido casualidad o algo premeditado por su parte?

Le costaba creerlo. No sabía qué pensar. Sentía el corazón en un puño.

—Creí que deberías saberlo —se excusó serio.

—Gracias —murmuró sin levantar la mirada del suelo, con el ceño fruncido.

—Logan Stone. Puedes comprobarlo tú misma —le insistió—. ¿Te vas a quedar más tiempo paseando con Bobby? Tengo que volver esta tarde a la comisaría.

Emme asintió confundida.

—Creo que necesito pensar. Pasearé un rato más por el parque.

Roy asintió antes de volver con paso rápido a su apartamento. Emme sentía que todo le daba vueltas. Con razón no le contaba nada de su pasado, o no había querido acompañarla a la gala benéfica. Cualquiera podría haberle reconocido. Sacó su teléfono móvil. No podía esperar para comprobarlo desde el ordenador de casa. Escribió su nombre en el buscador de internet. Casi se quedó sin aire conforme empezó a leer la enorme cantidad de titulares en los que se hablaba del caso.

Mientras caminaba totalmente distraída exploró las imágenes que lo acompañaban. En algunas se mostraba a un joven avergonzado, confundido, incluso asustado. En otras, un hombre altivo, enfadado, agresivo. ¿Quién era realmente?

En carne y hueso, no parecía el típico hombre frío y calculador, capaz de estafar a sus clientes o arruinar el nombre de la empresa familiar. Si no fuera por las imágenes o los titulares que había leído, sería incapaz de creer que fuera culpable del delito que le acusaban.

Bobby tiró nervioso de la cuerda sacándola de sus pensamientos. Emme lo miró y levantó la vista para ver dónde estaban.

Logan salió del lavadero en cuanto los vio, bajo la atenta mirada y las sonrisas divertidas de sus compañeros.

—No te esperaba —le dijo a Emme besándola en los labios—. ¿Qué tal estás?

La expresión de su rostro cambió cuando se fijó en la de Emme.

—¿Estás bien? ¿Te ha ocurrido algo? —le preguntó con fría seriedad.

Emme parecía totalmente devastada, pese a que negaba con la cabeza sin ninguna convicción.

—Si... No... —respondió confusa—. No te preocupes. Empecé a caminar sin rumbo y Bobby me trajo hasta aquí, pero ya nos vamos.

Logan asintió poco convencido.

—Emme, ¿de verdad que estás bien?

Emme asintió fijando su mirada en él. No parecía que fuera un estafador. Si ni siquiera quería haber cogido el dinero que le había dado por haberle hecho ganar tanto con su primera inversión. O ¿quizá lo había hecho para ganarse su confianza y conseguir sacarle más dinero? No sabía qué pensar.

—Nos vemos en casa.

Logan, preocupado, la siguió con la mirada. Algo le había sucedido que la había puesto

triste o casi dejado en shock. Corrió unos pasos tras ella.

—Emme, ¿qué te ha ocurrido? ¿Ha pasado algo en la empresa? ¿Henry se ha intentado sobrepasar contigo?

No era el estilo de su primo, aunque alguna vez lo había intentado con alguna mujer. Su padre y su tío lo habían ocultado a base de dinero, y él parecía haber refrenado sus costumbres. Había pasado mucho tiempo desde entonces, y quizá habían sido tonterías de juventud, pero como hacía tanto que no sabía de él, no podía estar seguro de nada.

Emme sintió un escalofrío ante la dureza de su voz. Su mirada era dura e implacable. Le costaba reconocerle en ese momento.

—¿Henry? ¿Mi jefe? —recordó que era su primo—. No... No... Nada de eso.

Logan asintió acariciándole la mejilla, protector.

—Pero te ha ocurrido algo. Tus ojos no mienten.

Emme, inconscientemente, los cerró antes de desviar la mirada.

—Ya hablaremos en casa.

Logan asintió preocupado mientras la veía alejarse. Era evidente que algo había sucedido. Sintió cierta furia hacia lo que fuera que había hecho que la tristeza cubriera su rostro. No le gustaba verla así. No quería que nada la preocupara. Se sorprendió de querer protegerla... incluso de sí mismo, pensó. Pero él no iba a hacerle nada, se justificó.

Volvió a su puesto de trabajo preocupado, deseando que llegara la hora de que acabara su turno.



Cuando Logan llegó a casa a última hora de la tarde se encontró a Emme sentada frente al ordenador con la mirada triste y los ojos llorosos.

—¿Qué ha ocurrido?

Fue directo hacia ella con intención de abrazarla.

Emme se levantó para mirarlo de frente mientras daba un paso atrás levantando las manos para impedir que se le acercara.

—¿Quién eres?

Logan la miró sin comprender, deteniéndose ante su actitud.

Emme le señaló la pantalla del ordenador donde había una noticia antigua en la que se hablaba de su detención.

Logan sintió que todo se tambaleaba y la tierra se abría bajo sus pies. Cerró los ojos deseando que ese momento no hubiera llegado nunca. Cogió aire y lo soltó sintiendo que sus rodillas temblaban. Con el corazón en un puño buscó sentarse en el sofá sin atreverse a mirarla a la cara.

—¿No vas a decirme nada? ¿No me merezco una explicación? —insistió ella sin saber

qué pensar.

Le había costado asumir todo lo que había encontrado en internet: *Condena por blanqueo de capital*. Ella le había confiado su dinero, incluso su padre lo había hecho. Habían creído en él. No parecía ser un estafador. Jamás lo hubiera sospechado. Pero la sentencia había sido contundente.

¿Por qué no se lo había dicho? Quizá no al principio, pero sí cuando habían comenzado su relación. ¿Por qué no había confiado en ella? ¿La quería utilizar para volver a robar en la empresa en la que había entrado a trabajar por sugerencia suya?

Lo peor era que debería sentirse furiosa por su mentira y lo que estaba era tremendamente dolida.

Logan se llevó una mano a la frente. Podría irse sin darle explicaciones. Quizá ni las creyera y no iba a suplicarle el perdón por haberle ocultado algo de lo que se avergonzaba. Huir. Era lo más fácil. Podría hacerlo. Sin contarle nada. ¿Para qué justificarse si no le creería?

Encontraría otra manera de buscar justicia y de encontrar respuestas. Se levantó en silencio dispuesto a alejarse de ella. No podía volver a ver sus ojos llorosos o la decepción plasmada en su rostro. Entró en su dormitorio y empezó a sacar de los cajones la poca ropa que tenía.

Emme le había observado en silencio. Esperaba que lo negara, que le diera una explicación, o incluso que tuviera un estallido de rabia, pero no ese silencio que pesaba como una losa y parecía haberle quebrado el alma.

Lo siguió hasta su dormitorio.

—¿Qué haces?

—Me llevo mis cosas.

—¿A dónde?

—No lo sé. A cualquier banco del parque, ¿no es ahí donde me encontraste?

Emme se dio cuenta de que él evitaba mirarla.

—¿Eso es todo lo que me vas a decir? ¿No crees que merezco una explicación?

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Me hubieras abierto la puerta de tu casa si te hubiera dicho que había estado en la cárcel? —la miró a los ojos.

Emme le mantuvo la mirada en silencio. Probablemente tenía razón.

—¿Lo ves? Ahí tienes la respuesta. Por eso no te lo dije —. Fue a la cocina para buscar una bolsa cualquiera.

—Me has utilizado. Has estado jugando conmigo, con mis sentimientos.

Logan se giró serio.

—No es cierto.

—Te acercaste a mí para que te dejara vivir aquí.

Logan negó con la cabeza, con una sonrisa irónica que enmascaraba el dolor tan profundo que sentía.

—Yo no lo recuerdo así... pero no tengo ganas de discutir.

—Por eso es mejor huir, ¿verdad? Antes que darme tu versión de la historia.

Logan la miró serio. No esperaba que fuera a dolerle tanto su desprecio o la duda reflejada en su mirada.

—¿Qué quieres que te diga? Sí, salí de la cárcel. Dormía en un banco del parque. Eso lo sabías. Te propuse una inversión, y si mal no recuerdo fuiste tú la que me abriste la puerta de tu

casa. Yo jamás... jamás creí que fueras a hacerlo... que nadie lo haría...

—Quizá me hiciste ganar dinero para que confiara más en ti y que te diera una cantidad mayor. Mi padre lo hizo.

—¿Y yo cómo iba a saber que lo haría? Será mejor que me vaya. Hablaré con tu padre, no tienes que preocuparte de nada.

—¿Cómo pudiste robarle a tanta gente y dormir tranquilo? ¿O por eso no duermes?

Logan la miró dolido. Ese había sido un golpe bajo. En el mejor de los casos se despertaba por las noches con miedo a que su vida fuera un sueño. En el peor, le asaltaban recuerdos violentos o duros de su etapa en prisión. Nadie que no hubiera estado en la cárcel podía imaginar lo que era vivir allí. Necesitaba la luz encendida para ver que no estaba encerrado, para saber que tenía un lugar donde dormir. Ahogó un suspiro. Si Emme podía decirle algo así cuando se suponía que estaban juntos y que tenían una relación entre ellos, cualquiera podría.

—¿Por qué no me dijiste nada? —insistió Emme con los brazos cruzados.

Solo tenía ganas de zarandearlo, de hacerle reaccionar, de borrar de su rostro la decepción y la tristeza que parecía haberle invadido.

—Con tu actitud y tus palabras puedes comprender por qué no te dije dónde había pasado los últimos ocho años. Por qué creía que reaccionarías como lo estás haciendo. Así que, evidentemente, no me arrepiento de haberme callado —empezó a meter la ropa en la bolsa que había cogido.

—¿Has jugado conmigo y me quieres hacer creer que la culpa es mía?

—No quiero discutir —le respondió Logan.

La tristeza en ella había dado paso a la rabia.

Logan prefería verla así, enfadada, luchadora, con los ojos brillantes, antes que hundida o pensando que le había hecho daño con toda la intención.

Emme trató de serenarse. Si él no quería discutir, ella tampoco. Solo quería una explicación. Le parecía lo justo.

—Dime qué pasó.

—No sé lo que pasó, y aunque lo supiera, ¿por qué iba a decírtelo? Tú también me has juzgado y condenado culpable.

Emme lo miró seria. Logan parecía empezar a reaccionar.

—Me has utilizado. Primero viniéndote a vivir aquí, luego sugiriéndome que entrara a trabajar en tu antigua empresa. ¿Querías volver a robarles?

—¿Te he robado a ti? No. Pues no me acuses de nada que no haya hecho.

Emme le mantuvo la mirada, furiosa. Lo estaba acusando, sí, pero no comprendía esa actitud derrotista. Terminó de recoger su ropa. ¿Iba a irse y a dejarla sola? Se sorprendió al descubrir que no quería que se fuera. Se sentía bien con él, a su lado. No quería que la abandonara. Por lo menos, no sin una explicación convincente para que dejara de importarle todo lo que ambos estaban sintiendo.

—No te creía tan cobarde —le atacó buscando herirle en su orgullo.

Logan la miró enfadado. No sabía cómo reaccionar, pero estaba empezando a cansarse de mantenerse en silencio, impotente e ignorante de todo lo que le había sucedido.

—Huyes sin luchar —insistió inflexible.

—¿Luchar? —le preguntó impaciente y enfadado—. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por ti? ¿Qué importa lo que te diga? Me has juzgado sin conocer mi versión de la historia.

—Pues cuéntamela.

—¿Para qué?

—Para que me crea que lo que había entre los dos, alguna vez, fue real.

Logan la miró con los ojos entrecerrados.

—Por mi parte siempre fue real —le aseguró con dureza.

—Y por eso te vas.

Logan le mantuvo la mirada desafiante. ¿Quería escucharle? De acuerdo. Era su turno.

—No quería contártelo porque temía que tuvieras justo la reacción que estás teniendo.

—¿Y te extraña que reaccione así? Te abrí las puertas de mi casa...

—No me pediste explicaciones en ningún momento. Sabías que dormía en la calle.

—Esperaba que me lo contaras cuando estuvieras preparado.

—Quizá todavía no lo estaba.

—¿Y a qué esperabas? Creí que habías hecho una mala inversión o te habías divorciado o algo así. Jamás hubiera pensado que habías estado en la cárcel. Ahora he empezado a trabajar en tu antigua empresa, qué casualidad. Tú me lo sugeriste. ¿Qué esperas que piense?

Ahí tenía razón. Pensaba aprovecharse de ella. Había estado tan cerca de saber algo sobre lo ocurrido. Encontraría otra manera, solo, y alejarse de Emme, sin duda, sería lo mejor. Logan la evitó cuando pasó por su lado con la ropa en la bolsa. No merecía la pena intentar convencerla.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —le preguntó Emme asustada. No quería que se marchara. No sin darle una explicación. No sin decirle que era inocente, que todo había sido un error, que ella estaba equivocada—. Si sales por esa puerta lo nuestro se habrá acabado.

Logan se detuvo y la miró incrédulo.

—¿Lo nuestro? ¿Queda algo?

A Emme se le arrasaron los ojos de lágrimas. ¿Lo había perdido por haberle preguntado qué había pasado para que lo encerraran? ¿Por haberle preguntado que por qué no le había dicho nada? Sus labios empezaron a temblar mientras trataba de contener las lágrimas.

Se miraron a los ojos, serios. Él tampoco quería salir de allí. La probabilidad de perderla era real. Si salía por la puerta no se habría dado una oportunidad. No sabía si él se la merecía, pero ella...ella... No podía pensar ni por un segundo que no le había importado nada.

—De acuerdo —aceptó sin moverse de la puerta—. Mi familia me quitó todo literalmente. Podrá parecerte exagerado, pero fue lo que ocurrió. Todo lo que yo tenía estaba a nombre de la empresa. Después me metieron en la cárcel para cumplir una condena de ocho años. Fin de la historia.

Un tenso silencio los rodeó. Emme sintió un escalofrío recorriendo su espalda. Sus palabras habían sonado duras, inflexibles y llenas de rencor. Por segundos no reconoció al joven afectuoso que saludaba a Bobby cada mañana al que había abierto la puerta de su casa.

Logan suspiró con calma. Aceptar en voz alta que había estado encerrado durante tanto tiempo le había liberado de la enorme presión que sentía en el pecho desde que había traspasado la puerta de la cárcel. Se fijó en la expresión totalmente desconcertada de Emme.

—Disculpa si considerabas que debía decírtelo antes de venir aquí —le pidió con sinceridad—. No era mi idea que tú y yo... No esperaba...

Levantó las manos en señal de paz, de transparencia, de no tener absolutamente nada que ocultar.

—Se me acusó de blanqueo de capital porque mi firma estaba en los documentos de la empresa familiar que yo gestionaba —le explicó más relajado—. Puedes confirmarlo en internet. Busca Logan Stone y la S. S. Business.

—¿Qué ocurrió?

—No tengo ni idea.

—¿Cómo que no? Algo te diría tu abogado.

Logan negó con la cabeza impotente.

—El abogado era de oficio... novato... prefiero pensar eso a que estuviera pagado por la empresa... Aunque creo que ahora trabaja para ellos. Supongo que fui lo que llaman un *cabeza de turco*. Le he dado muchas vueltas durante todo este tiempo. Quien fuera me echó la culpa de no sé qué blanqueo, y al encerrarme en la cárcel la empresa quedó limpia de toda sospecha.

—Pero era una empresa familiar —insistió Emme—. Era tu familia.

Logan se encogió de hombros mientras sus ojos se nublaban tratando de ocultar su inmensa tristeza.

—Mi madre falleció hace tiempo —le explicó aparentando indiferencia—. La última vez que vi a mi padre, a mi tío y a mi primo, fue antes del último día del juicio, sentados al final de la sala.

Emme lo miró alarmada. Ella discutía con su padre con frecuencia, pero jamás actuaría así con ella. Se habían enfadado cuando ella abandonó la empresa. Se quedó con su coche y con las tarjetas de crédito porque estaban a nombre de la empresa... como le había ocurrido a él... Estuvieron varios días sin hablarse, pero de ahí a que la abandonara totalmente a su suerte...

—Pero ¿qué te dijeron?

Logan negó con la cabeza.

—Una mañana se presentó la policía en mi oficina con una orden de detención. Yo acababa de volver de un viaje a Canadá. Se me llevaron esposado. Me permitieron hacer una llamada. Llamé a mi padre. Él solo me dijo: *No te preocupes por nada*. Y hasta hoy. Ni una visita, ni una llamada, ni un cruce de palabras... Me fui enterando de lo que se me acusaba según transcurría el juicio, según se presentaban pruebas de las que yo no sabía nada... Así fue imposible defenderme.

—Pero ¿el abogado no pudo probar tu inocencia?

Logan negó con la cabeza.

—Creo que no tenía ningún interés en demostrar nada.

Emme se sentó en el sofá, aturdida. Él parecía sincero y el dolor que sentía era visible.

—Pero... pero... ¿y qué has hecho? ¿No les pediste explicaciones cuando saliste?

Logan negó con la cabeza, abatido.

—Como mis tarjetas, mi apartamento, mis coches iban a nombre de la empresa, no tenía nada. Estando en prisión alguna vez busqué información sobre lo sucedido o cómo les iban las cosas, pero solo servía para acumular más rabia. Mientras todo seguía adelante yo me consumía en la cárcel. Mi orgullo no me ha permitido presentarme ante ellos. No voy a darles el gusto de que vean en lo que me he convertido... un indigente...

Emme fue hacia él para abrazarlo mientras las lágrimas comenzaban a resbalar por sus mejillas.

—No digas eso. Me tienes a mí. Vives aquí, tienes trabajo...

—No tengo nada —murmuró conteniendo las lágrimas con gran esfuerzo—. Hace unos días me paré frente a la empresa... Era la segunda vez que lo hacía desde que salí de prisión. Los vi... A todos. Iban hablando como si nada hubiera pasado, como si yo no hubiera existido. Incluso Charlene... fue a recoger a Henry. Deben estar juntos...

Emme le abrazó con fuerza. Sentía su pesar, su dolor, la humillación, el desprecio que había soportado, la incredulidad, la frustración...

—Perdóname... No sabía qué pensar... No te vayas. No me dejes.

Logan dejó caer la bolsa con su ropa al suelo para abrazarla por la cintura.

—No tengo nada, Emme...

—No necesito nada. Solo a ti.

—No me necesitas.

—No lo sé, pero no quiero que te vayas. Déjame ayudarte.

Se sentía segura entre sus brazos. Sus corazones latían acompasados con fuerza.

—Ya has hecho mucho. No quiero causarte problemas.

—No digas tonterías. Si tú no quieres, esto no tiene por qué cambiar las cosas. Tenía miedo de que me hubieras utilizado... Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte. Quizá debí contártelo, pero...

—Shhh —le besó en los labios con cariño—. No digas nada.

Logan se dejó besar, se dejó abrazar, se rindió entre sus brazos para recobrar la fuerza que sentía que había perdido... Ella le proporcionaba paz, calmaba sus heridas, reconfortaba su alma...

—¿Puedo preguntarte algo? —susurró Emme.

—Dime —respondió Logan más tranquilo.

—¿Has pensado hacer algo al respecto de lo que te sucedió? No te imagino de brazos cruzados ni dejando que salgan inmunes por lo que han hecho.

Logan se separó de ella con un suspiro.

—Si te dijera que a veces pensé en matarlos con mis propias manos mientras les pedía explicaciones no te mentaría... Me dolió tanto. Otras veces pensaba en contratar un hacker, hacerme con las claves de los ordenadores, arrebatarles todo y pagarles con la misma moneda... Pero también me conformaba con exigir una explicación, algo que me hiciera comprender qué había ocurrido, quién había hecho que me encerraran en la cárcel... el motivo para hacerlo... La cárcel es dura. A veces sientes que se te quiebra el alma... La soledad, la injusticia, la impotencia... fueron muchos días...

Los ojos de Logan se arrasaron por las lágrimas.

Emme le escuchaba en silencio. Se acercó hacia él apoyando con suavidad una mano en su pecho y la cabeza sobre su hombro. Logan la acogió con su brazo para sentirla más cerca.

—Eres muy joven todavía. Tienes toda la vida por delante.

—Bueno, estaba empezando —le dijo con una media sonrisa que disimulaba el dolor que sentía—. Encontré trabajo y alquilé una habitación.

Emme le sonrió con cariño, dándole un suave beso en la mejilla.

—Quizá debí contártelo antes, pero... no estaba preparado —prosiguió Logan. Sentía la necesidad de hablar—. Quería evitar justo lo que ha ocurrido. No es fácil confesar dónde he estado tanto tiempo, o aceptar que mi familia... me diera la espalda sin una explicación. Éramos una familia poco afectiva, pero nos veíamos en la empresa todos los días. Comíamos juntos en restaurantes, algunos domingos hacíamos barbacoas...

Miró a Emme que parecía preocupada. Había sido sencillo desahogarse con ella. O, quizá llevaba demasiado tiempo en silencio.

—¿Y qué tenías pensado hacer? —le preguntó Emme mientras ambos se sentaban en el sofá con las manos entrelazadas.

—Conocí a bastante gente... allí —recordó la cárcel—. También pensé en crearme una identidad falsa... nueva... y volver a trabajar en la empresa... meterme en los archivos, investigar de alguna manera... pero para eso hacía falta dinero.

—Ahora estoy yo dentro... quizá podría ayudarte...

Logan la miró sin saber qué pensar. ¿De verdad quería seguir adelante como si nada hubiera pasado? Emme era demasiado generosa.

—¿No sería eso aprovecharme de ti?

—No si yo me ofrezco. Me da vergüenza cómo me he portado. Roy me dijo...

—¿Roy? —se incorporó molesto haciendo que ella también se incorporara.

—Es policía. Te investigó.

Logan la miró incrédulo. Por una parte, se sentía enfadado porque hubiera desconfiado de él. Habían compartido pizzas en más de una ocasión y aunque alguna vez lo había mirado con recelo no le había dado mayor importancia. Por otra parte, se alegraba de que Emme estuviera tan bien acompañada. Sus amigas, sus padres, Roy... Se levantó confundido y se acercó a una de las ventanas con la mirada perdida.

Emme le imitó y le abrazó por la espalda.

—Roy solo estaba preocupado por mí. Nada más. Seguro que si le explicamos lo que ocurrió lo entenderá... Es policía. Quizá él pueda descubrir algo.

Logan suspiró. Parecía decidida a ayudarlo.

—No sé si quiero implicar a alguien más.

—No digas tonterías. Mañana podemos hablar con él. Le puedo invitar a una pizza.

Logan negó con la cabeza.

—No estoy seguro, Emme. Él no confía en mí.

—Él no te conoce.

—Tú tampoco.

—Sé de ti lo suficiente como para saber que no estás jugando conmigo.

—Pues hace unos minutos pensabas lo contrario.

—Te he pedido disculpas.

Logan soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo.

—Me cuesta volver a confiar en la gente.

—Roy no es gente. Es mi vecino y es policía.

—Para mí hay mucho en juego, Emme. Necesito respuestas. Las quiero.

—Vamos a encontrarlas. Juntos.

Logan la miró inseguro. Emme le pasó los brazos por el cuello.

—¿Y después? ¿Y si no lo conseguimos?

Emme negó con la cabeza.

—Ya lo pensaremos, pero déjame ayudarte.

—Ya me has ayudado demasiado.

Emme negó con la cabeza mientras él la sujetaba por la cintura.

—No he hecho nada que no quisiera hacer.

—Déjame pensarlo.

Emme asintió poniéndose de puntillas para besarle en los labios. Logan ya no permitió que se alejara de él.



Cuando a la mañana siguiente, Emme salió de la ducha, Logan, que tenía el día libre en el lavadero, estaba sentado frente al ordenador con el café recién hecho, y con el móvil que se había comprado hacía unos días entre sus manos. Lo miró desde la puerta en silencio. Bobby estaba tumbado a sus pies. No podía imaginar lo que debía ser pasar ocho años encerrado en una cárcel, totalmente abandonado por tu familia y sin saber por qué. Esa era su versión y le creía.

En el tiempo que llevaban juntos había conocido a un hombre amable, muy trabajador y concienzudo. Realmente no tenía motivo para desconfiar de él. Volvió a su dormitorio a vestirse. Había quedado con Astrid y Leanna. Tenía que contarles lo que acababa de descubrir. Necesitaba verbalizarlo y que ellas le dieran ideas de lo que podía hacer. Ambas volverían a recriminarle su costumbre de confiar en la gente, pero no le importaba. Quería conocer sus puntos de vista.

Cuando llegó a casa de Astrid, Leanna acababa de llegar con una bolsa de croissants recién hechos y su olor combinaba a la perfección con el del café que ya estaba preparado.

—Sé que esto no es sano, Astrid, pero te juro que necesito comerlo. No sé nada de mi hermano desde hace unos días y me estoy empezando a preocupar —explicaba Leanna justificando el mordisco que acababa de darle al croissant.

—Un día es un día —le consintió imitándola mientras entraba tras Emme a la cocina—. Están buenísimos.

—¿Ya estás mirando el móvil? —le preguntó Leanna a Emme—. ¿La nueva empresa te está exprimiendo? No sé cómo lo aguantáis. Tú sí, Astrid, que cobras mucho y la empresa es tuya, pero ¿Emme? Si vas a trabajar hasta en fin de semana, que sea para ti.

—Mirad, chicas —les pidió directamente dejando su móvil sobre la mesa en torno a la que estaban antes de coger el café que le ofrecía Astrid.

Las dos amigas miraron la pantalla, extrañadas.

—¿Qué es esto? —preguntó Astrid al leer una antigua noticia de la detención de un joven realmente guapo.

—Fijaos en la foto —insistió Emme—, y en el titular que hay debajo.

—¿Quién es Logan Stone? ¿Lo conoces? Un momento... ¿Es Logan? Pero... —Leanna acaparó el móvil empezando a leer otros titulares mientras Astrid los buscaba en su propio teléfono.

—Ayer Roy me estaba esperando y me lo contó.

—¿Y Logan? ¿Se lo preguntaste? ¿Qué te dijo? —preguntó Leanna impaciente y enfadada.

—La verdad es que fue una situación bastante... incómoda...

—¿Incómoda? —preguntó Astrid con los ojos muy abiertos mientras seguía leyendo las noticias en su teléfono.

—No se puede ser tan buena en la vida, Emme. ¿Cómo hay que decírtelo? —le recriminó

Leanna con el ceño fruncido mientras seguía leyendo, dejando el croissant a un lado—. Podía haberte matado. Espero que hayas aprendido la lección.

—Aquí dice que le cayó una condena de ocho años —apuntó Astrid—. Has estado viviendo con un preso. Madre mía, Emme, te podía haber pasado cualquier cosa. Leanna tiene razón. No se puede ser tan buena.

Emme se cruzó de brazos.

—¿Acaso no queremos todas un mundo mejor? Un mundo mejor se construye con personas buenas.

Las dos amigas la miraron serias.

—No me vengas con tonterías —le respondió Leanna volviendo a coger su croissant—. Estás a punto de revolverme el estómago. Nosotras también somos buena gente, aunque no estemos por ahí ayudando a ... No me distraigas. ¿Qué te dijo cuando lo echaste de casa?

—No lo eché de casa.

Astrid y Leanna se miraron entre sí alarmadas antes de volver a mirarla.

—¿Has leído todo esto? —le preguntó Astrid, que también había dejado el croissant a un lado, mostrándole la pantalla de su móvil.

—Emme, me has quitado las ganas de comer —le amonestó Leanna limpiándose las manos—. ¿Estás loca?

Emme se encogió de hombros.

—Logan no lo hizo.

—¿Qué va a decirte? —le preguntó Astrid furiosa dejando su móvil sobre la mesa con un gesto seco—. De verdad, Emme, espabila. Ese hombre ha estado en la cárcel. No ha matado a nadie, de acuerdo, pero tú misma lo has visto. Robó dinero. ¿Se lo has dicho a tu padre? ¿No le había dado dinero para que invirtiera?

—No, claro que no se lo he dicho. Os lo he contado primero a vosotras. No creo que lo hiciera.

Leanna entornó los ojos expresiva.

—Emme, de verdad... De buena, eres tonta. ¿Qué esperabas que te dijera? Vive en tu piso, se acuesta contigo, eres una bendita... ¿dónde va a encontrar otra oportunidad así?

Astrid asintió preocupada.

—No he venido para que me echéis la bronca. He venido para que me ayudéis.

—¿A echarlo? —preguntó Leanna levantándose de la silla—. Ya mismo. Vamos.

—No —la detuvo Emme—. No voy a echarlo. Es inocente. Si dejáis que me explique os cuento.

Leanna se cruzó de brazos, impaciente. Astrid la miró seria. Emme agradeció el silencio y la oportunidad para explicarse. Confiaba en ellas totalmente y sabían que la apoyarían, aunque no compartieran sus ideas.

—Tú te has enamorado de él —la acusó Leanna rindiéndose mientras volvía a sentarse en la silla en la que estaba—. No eres objetiva.

Emme le mantuvo la mirada. Tenía razón. Se había enamorado de él.

—No sé qué decirte —la apoyó Astrid, preocupada—. Logan puede tener razón, pero Emme... debes tener cuidado.

—No puedes ser tan confiada —insistió Leanna dando un sorbo a su café.

—Le he dicho que podía ayudarle si quería.

—¿Más? —le preguntó Leanna con ironía.

—Espera... ¿no estás trabajando en la que era su empresa? —le preguntó Astrid

incrédula—. Te está utilizando, ¿no lo ves?

—Quizá es lo que parece, pero... no es cierto.

Leanna y Astrid se miraron serias antes de volver a mirarla.

—¿Qué parte no es cierta? —preguntó Leanna enfadada.

—Todo apunta a que sí —insistió Astrid.

—Dejadme que os explique.

Leanna resopló molesta.

—¿Él sabía quién eras cuando se acercó a ti? —le preguntó Astrid.

—No, claro que no.

—Emme, estás viviendo con un expresidiario —le reclamó Leanna.

—Las dos lo conocéis. No es mala persona.

—De visita todos somos buenos —la corrigió Leanna.

—Creo que te lo debería haber dicho —añadió Astrid.

—Me dijo que no estaba preparado... Supongo que es lógico.

—No le hubieras invitado a casa si te lo hubiera dicho —le replicó Astrid.

—Seguro que sí. Estás hablando de Emme.

—No soy tonta —les respondió seria—. Es buena persona.

—Tú dirías eso de cualquiera —apostilló Leanna.

—Logan lo es.

Astrid y Leanna volvieron a mirarse, incrédulas.

—¿Qué explicación te dio? —le preguntó Astrid más conciliadora empezando a preparar más café.

Emme les contó todos los detalles de la conversación que habían mantenido mientras observaba los cambios de expresión en sus rostros.

—No sé... —refunfuñó Leanna—. Es muy fácil ir de víctima por la vida. De verdad que creo que si lo hubiera hecho no te lo habría dicho.

Astrid suspiró confundida.

—Ten mucho cuidado. No me gusta pensar que si busca venganza y te mete en el juego tu corazón acabe roto. Estás enamorada de él. Él lo sabe. Tengo miedo de que te utilice y después te deje para continuar con su vida.

—¿Y si le ayudas y luego descubres que es cierto lo que dicen los periódicos? —le preguntó Leanna—. ¿O si después de limpiar su nombre te deja como dice Astrid? Consigue lo que quiere, vuelve a su vida de antes y se va. ¿Cómo te quedarías?

—Eso no tiene por qué pasar. Estamos bien juntos.

Leanna resopló jugueteando con el medio croissant que se había dejado, incapaz de digerirlo tras la conversación.

—No sé, Emme. Esto es complicado. Debes tener cuidado. En la empresa y con él.

Astrid asintió.

—¿Vas a decírselo a tu padre? Le ha confiado parte de su dinero.

—Lo sé, pero confío en Logan.

—A la menor sospecha, échalo de casa —le recomendó Leanna, sintiéndose apoyada por Astrid que asentía igual de preocupada.

—No os preocupéis. Solo quería que lo supierais.

—Si puedo hacer algo... —se ofreció Astrid.

—Cuenta conmigo también —le indicó Leanna—. Aunque creo que estaré unos días fuera. No localizo a mi hermano. No tiene por qué pasarle nada, pero allá donde está tienen mala

cobertura. Supongo que aprovecharé mis vacaciones para hacerle una visita.

—¿Te vas a ir sola a una aldea perdida en mitad de Zambia? —le preguntó Emme—. ¿Y la loca soy yo?

—Mi hermano está ahí porque es como tú. ¿Qué necesidad tenéis de andar ayudando a la gente de manera constante? ¿No podéis estar en vuestras casas tranquilamente, en vuestros trabajos... como personas normales?

—Te recuerdo que eres profesora porque confías en los críos y sabes que de ellos depende que el mundo sea un lugar mejor.

—No digas tonterías.

—Creo que los profesores son las personas más influyentes del mundo.

—Pues nos deberían pagar mejor por eso.

—No te digo que no —aceptó Emme más relajada.

—Bueno, pues tened cuidado las dos —les recomendó Astrid—. Yo contribuiré al mundo con el nuevo complejo vacacional que estamos a puntos de adquirir.

—Eso suena bien —sonrió Leanna—. No, pero volviendo a lo de antes, Emme, ten cuidado porque a veces estar enamorada no nos deja ver la realidad.

—No exageres —le respondió Emme con una incipiente sonrisa mientras Leanna volvía a coger su croissant.

—Anda, déjame ver otra vez esas noticias sobre Logan. No recuerdo ese escándalo.

—Fue hace mucho tiempo y él es un poco mayor que nosotras.

—Pero debía de ser muy joven —insistió mientras masticaba.

—Como era una empresa familiar empezó a trabajar muy pronto.

—Él debería haber huido de allí y no tú de la tuya.

Emme sonrió más relajada mientras sus amigas volvían a leer con calma los artículos que ella misma había releído varias veces.



Logan, inseguro, había llamado por teléfono a Simon y quedado en ir a visitarlo. Era absurdo guardar su secreto ante él por más tiempo. Sus abogados lo estaban investigando y era lógico que lo hicieran por precaución. Tarde o temprano descubrirían su verdadera identidad. Él ya se lo había contado a Emme, y suponía que no tardaría en confiárselo a sus amigas que a saber a quién se lo dirían.

No se había sentido mal hablando con ella, más bien todo lo contrario. Se había liberado. Aun así, tenía cierto miedo a que corriera la voz de que había salido de la cárcel. Tenía que ser rápido en sus investigaciones. Afortunadamente, podía contar con Emme, incluso quizá con Roy para descubrir todo lo que había sucedido hacía tanto tiempo.

Dirigió sus pasos hasta el transporte público que le acercara a casa de Simon. Podría

haberle pedido a Emme que lo llevara cuando hubiera vuelto, o haber aceptado la invitación para comer con ellos el domingo, pero había preferido hablar con su padre al margen de ella.

Fue la madre de Emme quien le abrió la puerta, y extrañada, le invitó a pasar cuando preguntó por Simon.

Un minuto después estaba frente al padre de Emme en su despacho, sintiendo un nudo en el estómago. Ese hombre le imponía mucho respeto. En otras circunstancias no se hubiera sentido intimidado, pero si a lo que iba a contarle unía lo que sentía por su hija, todo cambiaba.

—El otro día me preguntó quién era —comenzó a decirle con firmeza—. Quería ocultar mi identidad todo el tiempo que pudiera, pero ya he hablado con Emme, y considero que usted también debe saberlo.

Simon asintió serio.

—Me gustaría tener más detalles que darle al respecto, pero lo cierto es que solo sé lo que voy a contarle. Me llamo Logan Stone. La empresa S. S. Business, es de mi familia... de quienes creía que eran mi familia.

Simon asintió sin cambiar la expresión de la cara.

—Hace poco más de ocho años me acusaron de blanqueo de capital y me encerraron en la cárcel. La condena era de diez años, pero hace poco me la rebajaron por buen comportamiento. Sé que no debo pedirle que guarde el secreto, pero me gustaría que lo hiciera. Ellos no saben que he salido. Quiero limpiar mi nombre.

Simon asintió inflexible.

—Entiendo por tus palabras que eres inocente.

—Lo soy. No sé lo que ocurrió. Quiero averiguarlo.

—¿Es por lo que está mi hija trabajando en la S. S. Business? ¿La utilizaste?

—Le sugerí el puesto de trabajo vacante.

—Conociéndola sabrías que lo aceptaría.

Logan afirmó con un gesto de cabeza.

—Ayer hablé con ella. Insistió en ayudarme.

Simon, pensativo, guardó silencio unos segundos.

—Mantenla al margen.

—Lo intentaré, pero dudo que Emme lo acepte y más estando dentro.

—Necesito procesar lo que me has dicho. Si hay algún indicio de tu inocencia, cuenta con mi ayuda. Asignaré uno de mis abogados a tu caso, con total discreción.

—No es necesario, pero se lo agradezco, señor.

—No quiero que Emme se vea salpicada por el escándalo cuando todo salte por los aires, porque doy por hecho que saltará.

—Haré todo lo posible para mantenerla al margen.

—¿Debo preocuparme por mis inversiones? —preguntó Simon volviendo al tema del que quería tratar.

—No, señor, pero si quiere puedo ordenar una transferencia a su cuenta y cuando todo se solucione, si aún confía en mí, puedo volver a retomarlas.

—Es peligroso dejar mi dinero a alguien condenado por blanqueo de capital, ¿no crees?

—Por eso aceptaré su decisión sin ningún problema. Fui condenado, pero no era culpable. Es lo que voy a demostrar.

—¿Y qué pretendes hacer al respecto? ¿Buscas vengarte?

Logan le mantuvo la mirada en silencio.

—¿Va a merecer la pena? —preguntó Simon.

—He pasado ocho años encerrado por algo que no hice.

—Ya han pasado. ¿Vas a pasar el resto de tu vida aferrado a esa condena? La venganza no te hará libre.

Logan sopesó sus palabras detenidamente.

—Tienes una nueva vida por delante. Por lo que me ha dicho Emme, y yo mismo he visto, eres inteligente, responsable y trabajador. Yo de ti no desaprovecharía la oportunidad.

—No puedo olvidar el pasado.

—No, es muy reciente. Pero no te lo lleses al futuro. Limpia tu nombre, demuestra tu inocencia y sigue adelante. Es lo mejor que podrías hacer.

Logan lo miró serio. No estaba seguro de poder conformarse con eso. Quería que ellos sufrieran lo que él había sufrido. Apretó los labios con fuerza hasta casi convertirlos en una línea fina.

—Cuida de Emme.

Logan asintió con firmeza. Alejar a Emme sería imposible, pero quizá podría estar atento para que no se viera muy afectada.



El domingo por la tarde, Emme abrió la puerta a Astrid y Leanna que aparecieron con unas pizzas y un par de botellas de vino.

—No os esperaba.

—Por eso hemos venido —le sonrió Leanna entrando y buscando a Logan con la mirada.

—Logan sigue siendo el mismo que el último día que lo viste....

—No puedes culparnos por estar preocupadas —le advirtió Astrid mirando la puerta del rellano que se abría al lado.

Roy se detuvo al verlas.

—¿Salías a correr? —le preguntó Astrid, curiosa.

Roy asintió serio mientras cerraba la puerta a su espalda.

—Hablé con Logan —le explicó Emme mientras Leanna salía tras ella—. Él no lo hizo.

—¿Qué te va a decir? —respondió Roy—. No te lo va a reconocer. Sería estúpido si lo hiciera.

—No está en casa —comentó Leanna.

—Le he dicho que voy a ayudarlo a averiguar lo sucedido.

—¿Y si te descubren? —le preguntó Astrid, preocupada—. Si encarcelan a sangre de su sangre, ¿qué no harán contigo?

—Yo creo en él —insistió Emme—. Me he ofrecido a ayudarlo. Y tú, Roy, si pudieras hacerlo, te lo agradecería.

—Si pudiera, ¿qué?

—Averiguar algo de lo que ocurrió entonces. Él asegura no saber nada.

Roy sintió sobre él la mirada fija de las tres amigas.

—¿Me estás pidiendo que investigue a su familia en secreto?

—¿No es lo que hiciste con él?

—No es lo mismo.

—Ahí tienes razón. Él fue víctima de un complot o de lo que sea —le aseguró Emme convencida.

El ascensor se abrió y Bobby salió corriendo a saludar a todos los que se hallaban frente a la puerta, mientras Logan los miraba extrañado. Un tenso silencio los rodeó.

—Abría a Astrid y a Leanna que han venido sin avisar y nos hemos encontrado con Roy —se justificó Emme, incómoda.

—Hemos traído unas pizzas —añadió Astrid.

—Yo ya me iba —le informó Roy, mirándole desconfiado.

Logan los miró en silencio. Mantuvo su mirada en Emme. Era más que evidente que habían estado hablando de él.

Los cuatro desviaron la mirada, reconociéndose culpables.

—Disculpad —les dijo pasando entre ellos, molesto—. Voy dentro.

Supuso que era lógico que intercambiaran sus opiniones acerca de él, de su situación, de lo que le había ocurrido, pero no por eso le gustaba. Era humillante.

—Supongo que se ha notado mucho que hablábamos de él —comentó Leanna sin ningún tipo de arrepentimiento.

Emme ahogó un suspiro, entrando al piso, seguida por todos los demás.

—Logan... —lo encontró sentado tras la pantalla del ordenador con la mirada perdida—. Les estaba explicando que voy a ayudarte.

Logan la miró serio. Emme estaba frente a él mientras sus tres amigos parecían escoltarla con actitud desafiante. No tenía ganas de defenderse ni de escuchar lo que fuera que quisieran decirle. Estaba solo y lo sabía.

—No quiero que lo hagas.

—No digas tonterías. ¿Cómo vas a buscar pruebas de lo ocurrido en tu empresa hace ocho años si no cuentas conmigo?

—Ya encontraré la manera.

—Si es verdad lo de tu inocencia, cuéntame en qué puedo ayudarte —le pidió Roy serio dando un paso al frente.

—No neces...

—Logan —le interrumpió Emme—. Roy es policía, yo trabajo en la empresa, déjate ayudar.

Se escuchó el timbre de la puerta, y Emme, extrañada, acudió a abrir. Bertrand Norris, otra vez. Emme ahogó un suspiro. No podía ser más inoportuno. Estaba cansada de sus intentos de quedar con ella.

—Bertrand, ¿qué haces aquí? Creí que lo habíamos hablado ya o que mi padre te lo había dicho... Estoy saliendo con Logan.

El joven abogado asintió, ligeramente incómodo.

—Creo que tu padre no me lo advirtió, pero realmente vengo a hablar con él.

—¿Con Logan?

—Sí. Un asunto personal.

—¿Vas a invertir dinero con él?

—Preferiría no tener que darte explicaciones, ¿puedo pasar?

Emme se hizo a un lado para que pasara.

Logan lo miró extrañado cuando entró en el salón y saludó despreocupado a todos los presentes. Parecía que los conocía, y supuso que alguna vez habrían coincidido allí mismo.

—Señor Stone, ¿podemos hablar? El señor Barnes me envía.

Logan asintió extrañado, levantándose. No estaba seguro de qué buscaría Simon. ¿Quizá que firmara algún documento para que se alejara de Emme? ¿Quizá quería que le devolviera todo el dinero invertido en acciones? En ese momento, todo le daba igual. Lo peor era la angustia de saber que volvía a partir de cero.

—Vayamos a mi dormitorio —le comentó Logan—. Lo dudo, pero creo que podremos encontrar algo de intimidad.

Bertrand le siguió en silencio ante la atenta mirada de todos.

—Estoy al tanto de su caso —le explicó correcto en cuanto cerraron la puerta—. El señor Barnes me ha pedido que lo ayude con absoluta discreción.

—Yo no quería que...

—El señor Barnes no acepta un *no* como respuesta —le avisó—, y mucho menos cuando su hija está en medio.

—No he dicho que Emme vaya a ayudarme.

—Si cree que Emme va a permanecer al margen, está muy equivocado. Le diga lo que le diga, va a inmiscuirse. Yo tampoco quiero que le ocurra nada, y si vamos a descubrir algún tipo de estafa habrá que ir con cuidado.

—¿Cree que pueden repetir lo que hicieron?

—Es probable que, si ya han hecho algo ilegal sin ninguna consecuencia para ellos, vuelvan a repetirlo. Su familia piensa que saldrá en dos años. Si los descubrieran para entonces, podrían volver a acusarlo sin mayor problema porque tendrá antecedentes y motivos racionales para buscar venganza. Habría que actuar rápido, si me permite la opinión.

—¿Cuánto me va a cobrar?

—Me ha enviado el señor Barnes. Trabajo para él. Usted no tiene por qué pagarme nada.

—¿Y qué ocurre con Emme? ¿No hay ninguna cláusula que me obligue a alejarme de ella?

—A Emme tampoco le detendría eso si como ella misma me ha dicho, están saliendo juntos. El señor Barnes tampoco se atrevería a interferir de esa manera en la vida de su hija.

—Entonces, ¿va a ayudarme a averiguar qué es lo que ocurrió sin ningún tipo de... compensación?

—Si me acepta, sí —le tendió la mano—. Si no, tendré que hacerlo por mi cuenta y me llevará un poco más de tiempo.

Logan sintió que su corazón latía con fuerza. Estaba tan convencido de que podría conseguirlo... Le aceptó la mano. Quería acabar con eso cuanto antes. Era la única manera de poder salir adelante con su nombre limpio.

—Dígame qué necesita.

Bertrand le mantuvo la mirada.

—Antes de nada, quiero que sepa que como dañe a Emme de forma intencionada, se las verá conmigo. Y esto no tiene nada que ver con el señor Barnes.

—No voy a hacerle daño.

—Eso espero y ahora... ¿Qué tal si empezamos a tomar nota de todo lo que recuerda?

—¿Quiere una cerveza? —le preguntó Logan saliendo de la habitación para ver a Roy

apoyado en la pared del pasillo mientras las tres jóvenes estaban sentadas en el sofá con cara de preocupación.

En cuanto lo vio, Emme fue hacia él.

—Logan... quiero hablar contigo.

—No hay nada de qué hablar. No quiero que te metas en esto.

—Puedes no querer, pero voy a hacerlo. Contigo o sin ti. Trabajo en la empresa, el lunes empezaré a buscar información... ¿Qué quería Bertrand?

Logan le sostuvo la mirada por unos segundos. No quería involucrarla más de lo que ya lo había hecho. Quizá con Bertrand fuera suficiente. Fue a la cocina para coger dos cervezas y volver a su dormitorio.

—Va a ayudarme. Lo envía tu padre.

—¿Mi padre?

Logan se detuvo frente a ella y la miró. Sentía a Roy a su espalda.

—Hablé con él, le conté lo ocurrido. Va a ayudarme.

Emme sonrió sincera y lo abrazó sin poder evitarlo. Le había contado la verdad a su padre. Sabía que era un buen hombre. Lo sabía. Bobby se acercó para rodearlos, jugueteón.

Logan no supo cómo reaccionar. Estaba molesto por ser el centro de atención de todos los que estaban en la casa en ese momento. Necesitaba su ayuda, se sentía demasiado vulnerable dependiendo de tanta gente. No se reconocía al compararse con el joven arrogante y prepotente que había sido. Jamás hubiera aceptado la ayuda de nadie, y, sin embargo, en ese momento sabía que era lo mejor que podía hacer.

—Está bien —aceptó con un suspiro—. Quiero acabar con esta pesadilla cuanto antes.

Emme asintió emocionada.

—Bertrand, la reunión se traslada al salón —exclamó Emme—. Voy a pedir un par de pizzas más. La tarde será larga.

—Cogeré más cervezas —comentó Roy yendo con confianza a la cocina.

Minutos más tarde, Logan, visiblemente incómodo, les contó todo lo que sabía, lo que había descubierto por la prensa y lo poco que recordaba incluso de los días previos a su detención. Apenas tenían información, pero tanto Roy como Bertrand apuntaron los nombres de las personas que debían investigar e hicieron varias suposiciones en voz alta para intentar esclarecer lo poco que tenían.

Las horas pasaron rápidas y cuando se despidieron, todos lo hicieron con ánimo y ganas de que llegara el día siguiente y el próximo domingo que era cuando habían pensado en compartir lo que cada uno hubiera descubierto.

—Vamos a conseguirlo —le aseguró Emme en cuanto se quedaron a solas.

Logan la miró con una mezcla de confianza e inseguridad. Nada le gustaría más. Con su nombre limpio podría dedicar todos sus esfuerzos a crear su propia empresa de inversiones, podría recuperar la vida que llevaba antes de... La miró serio. ¿Qué vida iba a recuperar? ¿Reuniones interminables de trabajo? ¿Viajes de empresa? ¿Un ático tan elegante como frío en un barrio de lujo? ¿Realmente quería eso?

Recordó la conversación con Simon. Quizá le bastaría con limpiar su nombre. Todavía no estaba seguro de que eso fuera suficiente. Abrazó a la joven. No quería separarse de ella, de su calidez, del cobijo que le proporcionaba. No sabía lo que ocurriría después, pero tenía claro que todo se lo debería a Emme.



A mitad de semana, Emme entró en su apartamento ligeramente desanimada. Tenía sentimientos enfrentados. Le gustaba su trabajo, estaba aprendiendo mucho más de lo que esperaba. Henry se mostraba muy paciente resolviendo todas sus dudas, sin embargo, no había podido encontrar nada en los archivos de lo que había ocurrido ocho años atrás.

Había muchos informes de entonces, listados de empresas, actas de reuniones, contabilidades y contratos, incluso la auditoría que se hizo por entonces y destapó todo. Pero no había encontrado ninguna referencia de las empresas con las que se suponía que Logan había blanqueado capital.

—Tienes mala cara, ¿estás cansada? —le preguntó Logan que estaba frente al ordenador como cada tarde después de su jornada en el lavadero.

—No encuentro nada —le confesó dejándose caer en el sofá mientras Bobby buscaba sus caricias—. Toma. —Sacó del bolso una memoria USB donde con mucha precaución y la adrenalina disparada había grabado la auditoría por si él pudiera encontrar algo.

Logan cogió el USB y exploró su contenido en el ordenador. A veces fruncía el ceño, otras veces resoplaba. Emme lo miraba atentamente.

—Todo esto es falso. Los datos no son correctos. Yo me encargaba personalmente de algunas de estas empresas y no recuerdo que se movieran en estas cantidades.

—Es la auditoría que hicieron hace ocho años.

—Aquí no hay ninguna irregularidad. Fue por la auditoría que nos hicieron, la verdadera, cuando se destapó todo. Hubo una anterior a esta.

Emme negó con la cabeza.

—No he encontrado nada más.

—Parece que yo no haya existido nunca... —murmuró contrariado.

Emme apoyó una mano sobre la suya con cariño.

—Hace ya mucho tiempo.

—Habrá trabajadores de entonces...

Emme recordó a su compañera de contabilidad. No le había parecido muy agradable, pero podría intentarlo.

—Puedo preguntar de manera discreta.

Logan asintió agradecido. Entrelazó sus dedos con los de ella y la miró a los ojos. Le debía tanto. Emme le sonrió con ternura antes de darle un suave beso en los labios.

—Vamos a conseguirlo, ya lo verás.



Al día siguiente, a última hora de la tarde y porque él le había llamado, Logan entraba en la oficina de Simon. Agnes, la secretaria, le saludó con amabilidad. Logan la miró incómodo. Verla era recordar todo lo ocurrido. Alguna vez esa mujer había estado bajo sus órdenes, había sido su empleada y había sido testigo de todo lo que le había pasado. Probablemente también lo considerara culpable.

—El señor Barnes está en una reunión virtual —le explicó con amabilidad—. Si quiere sentarse a esperar...

Logan aceptó sentarse frente a ella, por educación.

—Me alegra ver... que se repuso de todo lo que ocurrió —murmuró casi en un susurro.

Logan levantó una ceja, con arrogancia. Trabajaba lavando coches y si no hubiera sido por Emme quizá todavía viviera en la calle. Si eso era reponerse...

—Me pareció todo muy injusto... muy cruel... —prosiguió como si a él le interesara lo que pudiera decirle—. Me fui de la empresa poco después. No podía mirarlos a la cara.

Logan la escuchaba atento. ¿A qué se refería? ¿A lo que le habían hecho?

—¿Usted no creía que yo fuera culpable de lo que se me acusaba?

—Yo... sabía —matizó—... que no lo era.

Logan sintió un soplo de aire fresco, un alivio instantáneo que le hizo sentirse reconocido.

—Gracias.

—No. No me dé las gracias —le respondió avergonzada—. Debía haber ido a la policía con las pruebas que tenía, pero no me atreví a hacerlo. Es cierto que cuando en la empresa corrió la voz, usted ya estaba en la cárcel, pero debía haber ido a la policía.

—Me hubiera salvado la vida —reconoció Logan con cierto resquemor—. Pero no fue culpa suya.

Agnes negó con la cabeza.

—Claro que lo fue... No hay día que no me arrepienta de ello. No sé si hay algo que pueda...

Simon salió de la oficina y fue directo a saludar a Logan. Agnes disimuló fingiendo que buscaba algo en los cajones del escritorio.

—Disculpa que me haya demorado un poco.

Logan se levantó para saludarlo y seguirle a su oficina.

—Sé que has aceptado la ayuda de Bertrand —le dijo directo.

Logan asintió incómodo.

—Últimamente parece que necesito mucha ayuda...

—La vida es una noria, muchacho... Unas veces toca ayudar, otra ser ayudado.

Logan reflexionó sus palabras. Él no recordaba haber ayudado nunca a nadie. Siempre

había sido independiente, se había preocupado por sí mismo y por lo que quería conseguir. Apenas se fijaba en aquellos que le rodeaban, y mucho menos en los que trabajaban para él.

Era lo que había visto en su familia. Era lo que creía que era la vida.

—Me parece muy inteligente por tu parte. Espero que estés preparado para el desenlace cuando llegue.

Logan le mantuvo la mirada. ¿El desenlace? Él quería respuestas. Le daba igual que encerraran a su padre, a su tío o a su primo por fraude. Le daba igual que la empresa, que tan mal sabor de boca le había dejado, quebrara. Le daba igual absolutamente todo lo que tuviera que ver con su vida anterior. Quizá no fuera necesaria su venganza, si finalmente ocurría todo lo que se merecían y fuera la vida la que los pusiera en su lugar.

—Bueno, hablemos de negocios. He recuperado un dinero que tenía en una cuenta a plazo fijo. Quiero que lo inviertas.

—Debo recordarle los riesgos.

—No estaría donde estoy si lo olvidara —le recordó tendiéndole la documentación que tenía en una carpeta.

Una hora más tarde, Logan volvía a casa con un nuevo encargo.

Cuando entró por la puerta, Emme estaba acabando una conversación telefónica. Sonrió a Logan mientras colgaba.

—Ya me ha dicho mi padre que te ha invitado a comer el domingo.

Logan asintió saludando a Bobby antes de besarla.

—¿Ha ido todo bien?

Emme negó con la cabeza desanimada.

—Me gustaría darte buenas noticias, pero lo cierto es que no avanzo nada. No encuentro nada, y Henry es muy atento. Parece mentira que fuera capaz de... no sé... de hacer algo malo...

Logan la miró serio.

—No digo que no lo hiciera, pero parece más un hombre de dejarse llevar que de maquinar algo así.

—Bueno, yo también he creído eso siempre... o, por lo menos, he querido creerlo... pero no lo justifico.

—No sé si habrá algo en los archivos de la empresa. En los ordenadores, desde luego, no parece que haya nada. Espero que Roy o Bertrand hayan encontrado algo. Aún tengo que hablar con la mujer de contabilidad, la que lleva tanto tiempo en la empresa. La gente que trabajaba allí debe saber algo.

Logan se sentó en el sofá asintiendo.

—Creo que no te lo dije... la asistente de tu padre trabajaba antes en mi empresa.

—¿Agnes?

—¿La conoces?

—Sí, claro. Lleva mucho tiempo con él.

—Ocho años... Me ha dicho que se fue cuando... cuando... Me ha dicho que sabía que yo no era culpable.

—¿Lo sabía? ¿Ella lo sabía?

Logan asintió.

—¿No le has preguntado si se deshicieron de las pruebas o si se guardaron en algún sitio?

Logan negó con la cabeza.

—No creo que... No pensé...

—Nunca se sabe... Voy a llamar a mi padre para que me dé su teléfono.

Logan asintió nervioso. Le daba miedo hacerse ilusiones, pero sentía una ligera esperanza después de la poca fortuna que había tenido Emme los últimos días.

Como esperaba, su padre le dio el teléfono de la trabajadora. Emme la llamó inmediatamente.

—¿Agnes? Hola. Soy Emmeline Ba... sí... —sonrió—. Te llamo porque si no te importa quisiera hacerte unas preguntas.

Emme notaba la inseguridad de la mujer, pero no le dio importancia. Casi rezaba porque ella supiera algo.

Logan la escuchaba con atención. Sentía un nudo en el estómago y un sudor frío recorría su cuerpo.

—Te diría que sería mejor quedar y explicártelo todo personalmente, pero hoy has visto a Logan. ¿Tú sabes algo de lo que ocurrió hace ocho años? Sí, Logan está conmigo.

Logan se sorprendió cuando le dijo la dirección y colgó el teléfono.

—¿Va a venir? ¿A estas horas?

Emme asintió.

—¿Te importa si le pido a Bertrand que venga también? Roy creo que tenía que patrullar de tarde esta semana.

Logan asintió. Sentía el estómago revuelto. Se levantó nervioso y empezó a caminar por la estancia. Quizá realmente pudiera saber lo que había sucedido.

Emme lo miró comprensiva mientras llamaba al abogado. Cuando lo notó más tranquilo llegó frente a él y le cogió por las manos. Buscó su mirada que parecía perdida.

—No vamos a hacernos ilusiones, pero quizá estemos cerca.

Logan asintió inseguro, pero con frialdad.

—Tranquilo, ¿de acuerdo?

Logan la cogió por la cintura y la abrazó mientras la besaba con hambre. Emme le correspondió dispuesta a dejarse llevar hasta donde él quisiera.

—Necesito relajarme —murmuró bajando las manos hasta las caderas.

—Me parece perfecto —le respondió Emme quitándole la camiseta que llevaba puesta.

Media hora más tarde, llegó Bertrand y poco después lo hizo Agnes, que parecía bastante preocupada.

La mujer se sorprendió al ver que no estarían solos.

—Bertrand, no esperaba encontrarlo aquí —miró al abogado—. Espero que ayudar al señor Stone no me suponga un problema.

Bertrand negó con la cabeza y una sonrisa amable. Logan la saludó incómodo. No sabía qué esperar, qué podía contarles Agnes o si podrían comprobar lo que fuera que ella les confiara.

Agnes sacó una memoria USB y se la dio a Logan. Miró a Emme y a Bertrand, ruborizada.

—No saco información de la empresa. Se lo aseguro. Los días previos a que pasara todo, el señor Stone, su padre, me hizo borrar la contabilidad de varias empresas sin darme ninguna explicación. Había mucha tensión, numerosas llamadas de teléfono, demasiadas reuniones entre ellos. El señor Logan estaba fuera, de viaje. Era el único que no estaba en las oficinas. Dos agentes de la policía vinieron un par de veces. Me guardé una copia por si hubiera habido alguna equivocación, o se arrepintieran de hacer desaparecer las cuentas. Eran mi responsabilidad. Yo sabía que las había hecho bien, por eso quería tener alguna prueba si después me acusaban de haberme equivocado. No sabía qué podría ocurrir, pero se notaba que pasaba algo.

Todos asintieron prestándole atención.

—Cuando vi todo lo que sucedió después... cuando encerraron al señor Logan por blanqueo de capital, por irregularidades en la contabilidad de varias empresas —lo miró avergonzada—, me llevé el USB a casa. Los primeros días apenas pude pegar ojo... pero creí que se solucionaría. Cuando lo dejaron en la cárcel... y en la empresa parecía que no pasaba nada, que todo volvía a la normalidad, me despedí. Discúlpeme, señor Logan. No sabía qué hacer con esta información o en quién confiar. Sería mi palabra contra la de ellos y tenía una familia que cuidar. No estaba segura de nada... Dejé la empresa y empecé a trabajar para el señor Barnes.

Logan asintió con un puñado de mariposas revoloteando en su estómago mientras Emme apoyaba su mano sobre la de él como muestra de apoyo. Conectó la memoria USB al portátil. Bertrand se sentó a su lado para verlo más de cerca. Logan contuvo la respiración. Soltó su mano de la de Emme y empezó a deslizar la pantalla hacia abajo asintiendo cada cierto tiempo.

Un sudor frío le recorría la espalda. Esas cifras sí que le coincidían.

—Si puedo hacer algo más... —les comentó Agnes, incómoda.

—Si fuéramos a juicio, ¿estaría dispuesta a testificar a favor del señor Stone? —le preguntó Bertrand, serio.

Agnes le miró ligeramente asustada.

—Son muy poderosos, señor... Si al señor Logan le hicieron eso... ¿qué me pueden hacer a mí?

Emme la miró comprensiva.

—Quizá no haga falta que testifique —comentó Logan con un nudo en la garganta y los nervios a flor de piel—. Esto está muy detallado. Hay documentos oficiales fechados, numerados... Voy a hacer un duplicado. Puedo empezar a organizar esta información ya mismo. Muchísimas gracias, Agnes —la aludida asintió orgullosa.

Emme se acercó para mirar por encima de su hombro.

—¿Esos documentos están firmado por Henry Stone? Quizá no sabía lo que pasaba.

Logan la miró serio.

—Sabía lo que firmaba, créeme.

—Si no me necesitan para nada más, volveré a casa —les indicó Agnes, visiblemente aliviada—. Es tarde para...

—Yo la llevaré —se ofreció Bertrand levantándose—. Envíame una copia de eso a mi email. Trabajaré en ello esta noche. Emme ten cuidado en la oficina. Hay mucho en juego.

Ella asintió con confianza. Logan la observaba en silencio. Bertrand se preocupaba por ella, y eso le honraba, pero Emme estaba con él. Él tampoco iba a dejar que le ocurriera nada.



El viernes a última hora de la tarde, Emme llegó a casa y encontró a Logan sentado en el sofá

con Roy y Bertrand, rodeados de un montón de informes junto al ordenador. Se acercó a ellos saludando a Bobby, que parecía deseoso de bajar a la calle.

Logan se levantó y la besó en los labios con suavidad.

—Bobby no tiene tantas ganas de bajar, hemos subido hace un momento.

—Creo que ya lo tenemos —le dijo triunfal Bertrand antes de volver la mirada al ordenador.

Emme se acercó hasta la mesa llena de documentos grapados y con líneas o palabras señaladas con rotulador fluorescente de color amarillo.

Logan se pasó una mano por la cabeza. Se sentía aliviado, pero también exhausto.

—Está mi firma en toda la documentación, pero yo no firmé. Alguien la falsificó. Crearon varias empresas *fantasma* donde desviaban capital. Todas a nombre de la empresa, pero bajo mi responsabilidad.

—¿Y eso puede demostrarse?

—Agnes era muy eficiente. Tu padre tiene mucha suerte de tenerla cerca. Hay registros de que yo estaba de viaje en muchas de las fechas en las que se supone que estaba en la oficina firmando esa documentación.

—Pero si se han enviado por email, puede ser que te lo mandaran, lo firmaras y lo devolvieras. Así no podría justificarse que no firmaras tú...

—Sí cuando el tiempo de envío entre un email y otro es de un minuto o menos. Nadie sería capaz de enviar un documento por otro lugar, imprimir, firmar, escanear y volver a enviar en tan poco tiempo.

—¿Y la firma digital o poderes? —pensó opciones.

—Se puede alegar desconocimiento y responsabilizar a quien la tuviera. Pero se hizo *a posteriori* de la creación de esas empresas. Parece que alguien les sorprendió y tuvieron que darse prisa para culpabilizarme.

Logan se sentía más tranquilo. Se podría probar su inocencia, pero seguía sin entender el por qué. ¿Por qué lo habían hecho a sus espaldas? ¿Por qué le culparon a él?

—Entonces se puede justificar que el responsable del blanqueo de capital no fue Logan —resumió Emme.

Bertrand asintió.

—¿Por qué no pudo averiguar esto el abogado que contrataron para el juicio? —preguntó Emme incrédula.

Los tres hombres la miraron serios. ¿No había querido hacerlo? ¿Había sido premeditado? Emme asintió con el ceño fruncido. Le costaba entender cómo se podía hacer algo así a un miembro de tu misma familia.

—De acuerdo. ¿Qué hacemos? ¿Por dónde empezamos? —se sentó junto a ellos, con Bobby jugueteando, a sus pies.

—Habrà que darse prisa —le explicó Bertrand—. Corremos el riesgo de que, si se enteran de que Logan ha salido o de que busca justicia, los Stone se preparen.

Logan asintió. Emme le cogió de la mano.

—Vamos a conseguirlo.

—Serà como agitar un avispero, Logan —le advirtió Roy—. En cuanto ellos reciban una notificación te buscarán. Quizà tengas que despedirte del lavadero de coches por si te encuentran a través del contrato de trabajo y, tú, Emme, deberás tener cuidado al trabajar allí.

—Habrà que avisar a mi padre. No porque le estés llevando las inversiones —miró a Logan—. Ya sabes que quiere presentarte a sus socios. No vaya a ser que comente algo sin darse

cuenta.

Logan asintió mirándolos, agradecido.

—Gracias. No sé qué hubiera hecho sin vosotros.

—Hubieras encontrado otra manera de llegar —le aseguró Emme.

—Sí, supongo... Aunque no sé cuánto hubiera tardado. He pasado tanto tiempo solo.

—No se puede ir solo por la vida —le sonrió Emme—. Todos nos necesitamos.

Logan le dio un leve beso en los labios. Roy y Bertrand se levantaron a la vez con intención de marcharse.

—Esto empieza ahora, tened cuidado —les pidió Bertrand antes de salir por la puerta.

—Podemos probar que fueron ellos —aseguró Logan a Emme cuando se quedaron a solas—, pero no comprendo por qué lo hicieron.

—Ambición, avaricia...

—Eso sí... pero ¿por qué acusarme a mí? Yo era uno de ellos. Yo también soy ambicioso... A veces arriesgábamos mucho. Éramos duros en las negociaciones...

—No me imagino a tu primo Henry actuando así.

Logan sonrió con tristeza, recordando anécdotas de un pasado que todavía dolía.

—Henry sabe muy bien lo que hace. Era un arma oculta... La gente confiaba en él... luego llegábamos nosotros.

Emme le miró extrañada.

—Afortunadamente no te conocí entonces. Por lo que dices no creo que me hubieras gustado.

Logan entrelazó los dedos con los de ella.

—Ya no soy el que era —le aseguró.

—Pues yo me alegro —le susurró convencida antes de besarle con cariño en los labios.

Logan le correspondió el beso, con ternura al principio, con más ansia, después. El baile de sus lenguas, el roce de sus cuerpos inflamó sus deseos. La llama que ardía entre ellos se avivó con fuerza. Se dejaron llevar por ella, se abrazaron y se consumieron con tortuosa calma y absoluta rendición.



El lunes por la mañana, Logan, con la adrenalina disparada, sabiendo que no tardarían en empezar a buscarle, habló con su jefe a solas. La pequeña oficina en un rincón del lavadero era pequeña y olía, como todo, a productos de limpieza.

—Necesito ausentarme del trabajo unos días —le pidió nada más llegar a su jornada laboral.

—Pareces muy serio. ¿Hay algún problema?

—No... Con usted no, todo lo contrario. Siempre le estaré agradecido. Pero... digamos

que voy a encontrarme con mi pasado y no será agradable, ni mucho menos fácil. No quiero que tenga problemas por mi culpa.

El señor Wood lo miró sin comprender.

—Estuve en la cárcel —le resumió.

El señor Wood se encogió de hombros.

—Ese no es motivo suficiente para dejar un trabajo. Alguno de tus compañeros también ha pasado por allí. No tanto tiempo como tú, pero...

—¿Usted lo sabía?

—Claro —respondió—. En cuanto firmaste el contrato te investigué. Que cambiaras tu apellido no me lo puso fácil. Tuve que pedir algún favor. No quería correr el riesgo de que me desaparecieran los coches que nos dejaban o de que se utilizaran para algo ilegal.

—¿Y no le importó?

El señor Wood sonrió amable.

—Necesitabas el trabajo, muchacho. Era solo cuestión de tiempo que encontraras otra cosa mejor o más acorde con tu formación y experiencia. Ahora podrás limpiar tu nombre y quizá volver a tu antigua empresa.

—Sabe quién soy desde el principio y no me dijo nada.

—No tenía nada que decirte. Lo que hiciste o no hiciste forma parte del pasado. A mí me importa el presente y hoy tendré que buscar un nuevo chico para que te sustituya.

Logan lo miraba incrédulo. Nunca había notado recelo o desconfianza en ese hombre y sabía quién había sido desde el principio.

—¿Por qué me ayudó? —preguntó sorprendido.

—¿Por qué no? Necesitabas un trabajo que te devolviera algo de la dignidad perdida, y yo, un trabajador. Entre compañeros hay que ayudarse.

—¿Usted también estuvo en la cárcel?

—Hace mucho tiempo... Malas compañías, malas decisiones... y muchas malas acciones.... Cuando salí empecé a trabajar lavando coches por horas. Con el tiempo me monté mi propio lavadero. Era terapéutico limpiar coches. Como si con ello pudiera limpiar todo lo que hice.

Logan asintió mientras lo veía levantarse.

—Le deseo buena suerte, señor Stone —le tendió la mano— y espero que se haga justicia.

Logan aceptó la mano asintiendo.

—Muchas gracias por todo.

Logan volvió al apartamento, pensativo. En unos días todo por lo que estaba pasando formaría parte de su pasado. Limpiaría su nombre y supuso que recuperaría su empresa, su apartamento, su vida... o lo que había sido su vida antes de que la injusta denuncia acabara con ella. Si detenían a los verdaderos culpables, el único miembro de la familia que quedara en libertad, y que sería él, se quedaría con todo.

Eso era lo que Bertrand pretendía conseguir con la denuncia prevista.

Bobby lo recibió contento. Emme ya se había ido a trabajar. Miró a su alrededor. Había sido muy afortunado. Él, que siempre había mirado a todos por encima del hombro, o que ni siquiera se había molestado en aprenderse el nombre de sus secretarias, estaba recibiendo ayuda de personas a las que ni siquiera conocía o no habría conocido hasta ese momento.

«De alguna manera tenía que devolver los favores obtenidos», se dijo a sí mismo.



A mitad de mañana, todo estalló en la S. S. Business.

Caras desencajadas, nervios, tensión, reuniones interminables entre los tres jefes, enfados ante los imprevistos que se presentaban, subidas de tono repentinas, llamadas telefónicas de periodistas a los que no querían atender...

Emme, discreta, observaba todo desde su mesa sin perderse ningún detalle. Tenía la orden de no pasarles ninguna llamada mientras estuvieran reunidos. En su interior, se sentía satisfecha porque se hiciera justicia.

Le parecía una buena empresa, con detallados sistemas de trabajo, estrategias comerciales definidas y personal muy bien seleccionado, pero si los jefes no estaban a la altura de lo que ellos mismos habían creado, no había nada que hacer.

Dos de los abogados de la empresa y que Emme conocía de vista, estaban presentes en el despacho cuando una patrulla de la policía llegó dispuesta a detenerlos. No la dejaron moverse ni avisarles. Una vez que ella les indicó que se encontraban en el despacho, ellos entraron sin llamar, tomándolos por sorpresa.

Emme disimuló su satisfacción cuando los vio salir escoltados por la policía.

El caos pareció reinar entre el resto de los trabajadores que no sabían qué hacer ni qué estaba pasando. Pese a todo, ninguno dejó su puesto de trabajo y acabaron la jornada laboral entre especulaciones, sospechas y críticas malintencionadas.

A última hora, una esbelta y elegante mujer entró en la empresa como si fuera la dueña. Vestía un carísimo traje de chaqueta oscuro y su rubio cabello lucía impecable. «Debía ser solo un poco mayor que ella», pensó Emme.

—Ustedes tres —señaló altiva a las tres administrativas de gerencia—. Sigán con su trabajo, y no den ninguna documentación a nadie a no ser que la petición venga acompañada de una orden judicial —les ordenó—. Se juegan el puesto de trabajo y una denuncia por filtración de datos.

Las tres asintieron en silencio.

Emme no sabía identificarla. No recordaba que Logan le hubiera hablado de una hermana o de una prima, sin embargo, el tono empleado había sido demasiado altanero como para no pertenecer a la familia. «Charlene», pensó. No podía ser. Esa arrogante mujer no podía ser la esposa de Henry, la antigua prometida de Logan. Parecía inflexible y dura como una piedra, pero era bellísima. Nunca se había sentido insegura con respecto a su aspecto, pero al lado de Charlene, era insignificante.

—¡Tú! —señaló a Emme—. Avisa a la señora Pocket y que venga al despacho de mi marido, inmediatamente.

Emme asintió. Sí, era Charlene, se dijo al verla entrar en la oficina de Henry. La señora Pocket... ¿Estaban tramando algo? Avisó a la mujer e inmediatamente, recordando las claves

que le habían dado cuando empezó a trabajar en el departamento de contabilidad, entró en el programa. No sabía qué buscar y ni siquiera tenía tiempo para ello.

Sacó el USB que guardaba en el bolso desde que Agnes le había demostrado lo eficiente que podía ser llevar uno encima, y empezó a copiar información indiscriminadamente. Quizá algo pudiera servirle si estaban blanqueando capital nuevamente.

La señora Pocket no tardó en salir de la oficina con gesto serio. Charlene se marchó poco después sin despedirse. Emme salió del programa contable con numerosos archivos copiados. Estaba deseando llegar a casa y hablar con Logan.

—Los han detenido —le explicó Emme satisfecha, nada más entrar por la puerta.

Logan estaba parado en mitad del salón, con los brazos en jarras. Su gesto era una mezcla de alivio y satisfacción. Asintió mientras le señalaba la televisión.

—Bertrand me llamó. Está en las noticias de todos los canales.

—Lo has conseguido —le sonrió Emme, alegrándose por él, yendo a abrazarle mientras Bobby los rodeaba jugueteando.

Logan sonrió. Le temblaban las rodillas y su corazón latía con fuerza, pese a que temía creer que todo fuese una ilusión.

—Eso espero. Podré limpiar mi nombre.

Emme le dio el USB sentándose a su lado.

—Cuando se los llevaron, la mujer de Henry llegó a la oficina. Charlene... ¿era tu antigua novia?

Logan se sentó en el sofá asintiendo. Ya no conservaba ningún tipo de afecto hacia ella, ni siquiera todo lo contrario. Indiferencia era lo que predominaba en ese momento.

—Es muy guapa —prosiguió Emme, preocupada por lo que él todavía pudiera sentir.

Logan asintió cogiéndole la mano y entrelazando sus dedos con los de ella.

—Tan guapa como fría.

—Eso es mucho —confirmó Emme.

—Por entonces, no me importaba. Éramos la pareja perfecta, o eso creía yo...

—¿Estabas enamorado?

—¿Qué es el amor?

Emme le miró sin comprender. Esa pregunta le había llegado al alma.

—Si tú no lo sabes...

—¿Por qué iba a saberlo? Mi prometida me dejó en cuanto empezaron mis problemas y se casó con mi primo. Mi padre me acusó de blanqueo de capital sin yo tener idea de nada. Para mi tío tampoco fui nadie importante. Está claro que de amor no sé mucho.

—Pero eso fue antes —murmuró Emme dolida porque no la tuviera en cuenta.

Logan la miró tratando de descifrar la expresión de su rostro. Le acarició con cariño la mejilla.

—Te agradezco todo lo que has hecho por mí.

Emme asintió incrédula, sintiendo que las lágrimas se agolpaban en sus ojos. ¿Qué le iba a decir? ¿Qué eso no era amor? ¿Que era agradecimiento?

Se levantó temiendo que siguiera hablando. Le había afectado demasiado como para escuchar otro desafortunado comentario más.

—Voy a sacar a Bobby.

—Acabamos de subir ahora.

—Da igual... —le respondió huyendo de su lado.

No sabía qué pensar. ¿Cuándo Logan fuera considerado inocente se iría de su lado?

¿Entonces qué sentía por ella? Le dolía solo de pensarlo.



Los siguientes días para Emme y Logan fueron tensos y muy difíciles. La preocupación, la esperanza, la incertidumbre, el deseo de que la verdad viera la luz y el miedo a que lo que estaba sucediendo no fuera cierto se iban alternando conforme pasaban las horas.

Bertrand les iba informando de lo que estaba sucediendo según se enteraba y aparecía en las noticias de los medios informativos. No se habían planteado la posibilidad de que el procedimiento fuera a ser tan mediático, pero a la reincidencia en el blanqueo de capital se había unido el problema familiar y todo parecía magnificarse.

Logan tuvo que ir una mañana a prestar declaración. Su imagen salió en todos los medios, así que cuando llegó a casa cogió una bolsa con su ropa y dispuesto a irse, se cruzó con Emme en la puerta.

—Me voy —le dijo sin más explicación.

—¿Cómo dices?

—Me voy a un hotel. Con lo que me paga tu padre puedo permitírmelo de momento. Es solo cuestión de tiempo que sepan dónde vivo y te empiecen acosar a ti. Te vincularán conmigo y no quiero darte más problemas.

Emme era incapaz de moverse ni de razonar siquiera. Un escalofrío recorrió su espalda, encogiéndole su estómago y anudando su corazón. Solo Bobby parecía ajeno a tanto malestar, y jugueteaba entre ambos, buscando su atención.

—Tampoco quiero que, por extensión, la empresa de tu padre se vea afectada. Ni que se enteren todavía de que estoy creando una empresa de inversiones en bolsa. Acabo de subir a Bobby. No hace falta que lo saques.

Emme asintió en silencio mientras las rodillas le temblaban y su pulso se aceleraba. Se sentía incapaz de moverse ni de reaccionar. Logan le dio un suave y rápido beso en los labios y se alejó sin mirar atrás.

La puerta se cerró entre ambos con un sonido seco. El silencio fue ensordecedor. La posibilidad de perderlo, también.

Un frío sentimiento de abandono y soledad se apoderó de ella. No podía ser cierto. Logan no podía irse y dejarla así. No porque ella le hubiera ayudado sino porque la relación que había entre los dos iba más allá de quién había sido en el pasado, o de lo que estaba sucediendo en ese momento. No podía creérselo.

Hizo una videollamada con Astrid y Leanna. Dolía demasiado para digerirlo sola. Trató de contener las lágrimas que se acumularon en forma de un nudo en su garganta. La sonrisa que fingió al ver el rostro de sus amigas parecía una mueca.

—Se ha ido —decirlo en voz alta la hizo estremecerse.

Era real. Se había ido. La había dejado. Casi sentía que le faltaba el aire. Tuvo que sentarse para que sus rodillas dejaran de temblar por sostenerla.

—¿Quién? —le preguntó Astrid, extrañada.

—Logan se ha ido.

—¿A dónde? —preguntó Leanna.

—Se ha ido de casa.

—¿Qué dices? ¿Cómo se va a ir de casa? —exclamaron las dos a la vez, incrédulas.

—Ha cogido su poca ropa y se ha ido. Me ha dicho no sé qué de que iban a descubrir dónde vivía, que no quería involucrarme... —le costaba mucho hablar.

—Ah, bueno, eso es lógico —le respondió Astrid—. Me parece bien que lo haya hecho.

—No, claro que no —la contrarió Leanna—. ¿Ahora que lo tiene todo solucionado se va? Ni hablar. No debería haberlo hecho.

—Aún no está solucionado —le recordó Astrid—. Queda lo peor.

—¿Y yo? —parpadeó sorprendida por la respuesta—. ¿Qué pasa conmigo? Teníamos una relación.

—Pero que se haya ido no significa que hayáis terminado, ¿no? —le preguntó Astrid atenta.

—No lo sé. No me ha dicho nada. Solo sé que se ha ido.

—Te llamará —la animó Astrid.

—¿Y si no lo hace?

—No tendrá lugar para esconderse —le amenazó Leanna.

Emme, ligeramente esperanzada, suspiró intentando sonreír, pese a que la tristeza la embargaba. Algo le decía que no iba a volver, aunque, en el fondo, no quisiera creerlo. Se despidió de sus amigas antes de mirar a su alrededor. Se sentía tan sola. Bobby subió al sofá tumbándose a su lado. Emme le pasó un brazo por encima. De acuerdo, aceptó. Quizá no estaba sola... No quería estarlo... pero no pudo evitar que las lágrimas empezaran a rodar por sus mejillas.



A finales de semana, en la S. S. Business, Emme se estremeció cuando vio entrar por la puerta a los tres jefes con rostro serio y frío. Estaban pálidos, visiblemente desmejorados y parecían preocupados.

No esperaba volver a verlos. No había hablado con Logan desde que se había ido de casa y Bertrand no le había planteado la posibilidad de que sus jefes aparecieran por allí. Creía que aún estaban inmersos en todo el proceso judicial que parecía que se retransmitía por fascículos en las noticias de cualquier medio de información. ¿Por qué no estaban encerrados? Quizá habían pagado la cuantiosa fianza que se suponía que les habrían puesto.

—Maldito Logan... —murmuró Henry entrando a su despacho seguido de su padre y su tío—. Emmeline, por favor, prepárenos unos cafés muy cargados.

Emme asintió con la mirada baja. Su ánimo no era el mejor y tenía miedo de que pudieran descubrir que ella les había perjudicado de alguna manera. Entró tras ellos al despacho. Tenían la cafetera en un rincón de la oficina.

—Creía que habías borrado todos los indicios —acusó Baxter Stone a su hermano Harold.

—Lo hice —le aseguró el padre de Henry—. Ordené a la secretaria que lo hiciera. La muy estúpida no debió hacerlo.

—Han pasado casi diez años. ¿Cómo han podido acceder a los archivos de hace tanto tiempo? —preguntó Henry agobiado, con los brazos en jarras.

—Ahora no importa quién ha sacado todo a la luz —murmuró Harold—. Ni siquiera importa que Logan esté en la calle. Algún día tenía que salir.

Emme evitaba mirarlos, pero la mención de Logan hizo que discretamente levantara la vista. Ahí estaban los tres hombres trajeados, elegantes, tan parecidos físicamente entre ellos, realmente preocupados. «Era lo menos que se merecían», pensó enfadada.

—¿Acaso esperabais que esto sucediera? —preguntó Henry.

—Claro que no—respondió Baxter aflojándose el nudo de la corbata—. Esperaba que la cárcel hubiera quebrado su orgullo y saliera hundido. Pero parece ser que el rencor y la venganza lo han alimentado y mantenido vivo.

Emme sintió un escalofrío. ¿Cómo un padre podía hablar así de su hijo? ¿En qué familia se había criado Logan? ¿Y él había sido uno de ellos? Solo quería salir de allí, pero la cafetera parecía no tener la misma prisa que ella en que los dejara a solas.

—Pero ¿cómo pudo volver y enterarse de lo ocurrido? Le quitamos todo. Habrá tenido que pagar abogados... —insistió Henry.

—Habrá que descubrir quién le ha ayudado. Un abogado solo no puede conseguir toda la información que han presentado.

Emme, discreta y con un profundo silencio, sirvió los cafés en las tres tazas, los puso sobre la bandejita de plata como solía hacer y lo acercó a la mesa de Henry, en torno a la que estaban hablando, incapaces de sentarse.

—No podremos pasar por esto de nuevo —comentó Harold inquieto—. La primera vez Logan cargó con todo, pero ahora...

Baxter clavó su mirada en Emme.

—Usted no debería estar aquí...

—Disculpen, si no necesitan nada más....

—Por favor, Emme, tráiganos un listado de las empresas que han anulado sus contratos con nosotros esta semana —le pidió Henry—. Un momento... —miró la agenda que tenía sobre la mesa.

Emme asintió dispuesta a retirarse. Le urgía hacerlo. Las piernas le temblaban. Esperaba que no la descubrieran nunca porque la frialdad con la que hablaban les hacía parecer capaces de cualquier cosa.

—Creo que en breve hay una gala benéfica... a la que ya enviamos nuestra aportación...

—Deberíamos ir los tres para limpiar nuestra imagen —decidió Baxter—. Lleva a tu mujer, Henry. Podemos decir que hemos sido víctimas de una venganza personal. Logan siempre ha sido muy orgulloso. Cualquiera que lo conozca lo sabe. Seguiremos echándole la culpa a él.

Emme sintió que la rabia recorría su cuerpo y bajó la mirada para que no pudieran

notarlo. No podía ser que siguieran adelante con ese engaño. Estaba a punto de salir por la puerta cuando Logan entró trajeado, arrogante, imponente, como si fuera uno de ellos. Emme tuvo que dar dos pasos atrás para que no la arrollara.

Logan no le prestó atención. No esperaba verla dentro. Tampoco le había avisado de que iba a ir. Quería mantenerla al margen de todo. Que nadie pudiera relacionarla con él. Estaba deseando enfrentar a su familia. No iba a esperar a que fueran a buscarle. Todo acabaría antes si entraba por iniciativa propia en ese nido de víboras.

La tensión y frialdad que él transmitía arrasó el despacho en menos de un segundo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Baxter, con manifiesta soberbia.

—¿Estáis disolviendo la sociedad? ¿Pensando en liquidar lo que queda de esta empresa? Una parte es mía, por herencia familiar, aunque no sé si sabéis lo que eso significa.

—Una mínima parte sería tuya si pertenecieras a esta familia —le respondió su padre matizando las palabras con lentitud e ironía.

El devastador silencio que invadió la oficina hizo estremecerse a todos los presentes. Padre e hijo se mantuvieron la mirada con dureza.

—¿Desde cuándo no pertenezco, padre? ¿Desde que decidiste sacrificarme por tu ambición y egoísmo?

—Tú no eres mi hijo. No tuve que sacrificar nada, solo poner en su sitio al hijo de un malnacido.

Logan parecía haberse quedado sin palabras. Mantenía su mirada impassible pero su corazón latía desbocado. ¿Qué significaban esas palabras?

Harold y Henry cruzaron la mirada extrañados antes de volver a mirar a Baxter y a Logan.

Emme, que no se había movido de donde estaba sentía que el suelo a sus pies se resquebrajaba. Quería salir de allí corriendo, pero a la vez, quería abrazar a Logan y alejarlo de ese círculo del que alguna vez había formado parte.

—Tú y yo somos demasiado parecidos como para que me plantee siquiera esa estupidez —le respondió Logan escondiendo sus dudas.

Emme, cabizbaja, asintió en su interior. Físicamente eran muy parecidos, pero rezaba para que el carácter no fuera el mismo.

Baxter miró al joven con sorna, muy seguro de lo que decía.

—Tu madre se fue a un crucero por las islas griegas. Fue un regalo de aniversario. Se quejaba tanto de que no podíamos estar juntos... Yo quería que las cosas fueran diferentes, pero la empresa requería mucha implicación. A la hora de embarcar me ausenté más de lo que esperaba y el barco zarpó sin mí —le explicó con indiferencia—. No puedo tener hijos. Nadie lo sabía, ni siquiera ella. Volvió embarazada de a saber quién.

Harold, blanco como la pared, dio dos pasos atrás, sorprendido por la noticia. Henry parecía incapaz de reaccionar.

Logan escuchaba con atención al que creía que había sido su padre durante toda la vida. Parecía que hablaba en serio, pero no iba a amilanarse ante esa declaración, fuera cierta o no...

—¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué esperaste tantos años para vengarte de mi madre? Ella murió hace mucho tiempo. No ha podido ver lo que le has hecho a su hijo.

—No quería vengarme de ella. La quería —aseguró con vehemencia—. Tuve que tragarme el orgullo... Luego resultaste ser muy hábil en los negocios. Muy inteligente... No soy tan estúpido como para no beneficiarme de ello.

—¿Entonces?

—Ya lo sabes. Salió en todos los medios. Estábamos blanqueando capital —reconoció impasible—. Hubo un descuido que alertó a las autoridades. Todo estaba a punto de descubrirse. Alguien tenía que ser sacrificado. Teníamos los clientes, la estructura, el apellido, el negocio... Todo podría seguir igual, como ha sido durante estos últimos ocho años.

Logan lo miró con frialdad.

—¿Solo era una pieza de tu negocio?

—No eras nada más que algo que podía desechar cuando no me hicieras falta —respondió con desprecio.

—Ni un mínimo de cariño, de respeto...

—No... Solo el recuerdo constante de la infidelidad de mi esposa.

Logan asintió, notando cómo empezaba a rendirse ante tan cruel realidad. Miró a los que creía que habían sido su tío y su primo durante toda su vida. Ambos lo miraban impasibles repuestos de la incredulidad del principio.

—¿Vosotros lo sabíais? ¿No tenéis nada que decir?

Harold parecía incapaz de reaccionar. Henry se encogió de hombros evitando su mirada.

—Había que sacrificar a alguien. Tu pa... Mi tío sugirió tu cabeza... —le explicó con frialdad—. Mejor la tuya que la mía.

Logan asintió en silencio. No tenía nada que hacer allí. Nada que reclamar. Nada por lo que luchar. Salió por la puerta sin despedirse, sin mirar a nadie. Solo quería huir de ahí. Le faltaba el aire, el desprecio y el dolor le estaban ahogando.

Emme, sentía las lágrimas resbalando por sus mejillas. Había sido incapaz de moverse cuando Logan había hecho acto de presencia y había sido testigo de esa cruda humillación. Seguía parada junto a la puerta, con el rostro pálido y un nudo en la garganta. Quiso salir corriendo tras él, abrazarlo, consolarlo...

—Señorita, puede retirarse, contamos con su discreción acerca de lo que ha pasado aquí —le pidió Baxter con una fingida sonrisa amable.

Emme no esperó al consentimiento de su jefe directo. Cabizbaja y con unas ganas incontenibles de salir de allí se dirigió a la puerta. Las piernas le temblaban amenazando con dejarla caer.

—Con razón no te importó sacrificarlo —acusó Harold, visiblemente apesadumbrado, a su hermano.

Discreta, Emme salió cerrando tras ella. Cogió aire y a duras penas llegó hasta su escritorio, tratando de recuperar la compostura.

Necesitaba ver a Logan, hablar con él, abrazarle, decirle que no le hacía falta tener una familia como aquella. Cogió su teléfono para llamarlo. No sabía dónde habría ido. Apagado o fuera de cobertura. Solo sentía el estómago revuelto y unas enormes ganas de llorar.

—Emme, por favor, tráiganos el listado de empresas que han cancelado sus contratos con nosotros —insistió Henry asomándose por la puerta de su despacho.

Emme asintió empezando a buscar la información en el ordenador. La mañana se le hizo eterna. Estaba deseando irse a su casa, incluso a la empresa de su padre y pedirle un abrazo fuerte, como los que él solía dar. No sabía si podría ser útil a Bertrand o a Logan si seguía trabajando allí, pero después de lo que había visto, de tanto cinismo, de tanta soberbia, del trato que habían dado a Logan, solo quería alejarse.

Firmó su dimisión antes de que acabara la jornada laboral. No quería que su nombre se asociara jamás con ellos.



Esa noche, Emme no tenía ninguna prisa por meterse en la cama así que alargó el paseo con Bobby. Echaba de menos a Logan, y no paraba de dar vueltas a lo que había presenciado esa mañana. Se había desahogado con sus amigas, que, incrédulas la había escuchado en silencio, pero no había sido suficiente. Quizá no debía haber insistido en que necesitaba estar sola y debía haber quedado con ellas, pero no tenía ánimo ni fuerzas para nada.

La visita y el abrazo a su padre había decidido posponerlo al día siguiente, pese a que desde que todo había estallado, tanto su madre como él, habían estado muy pendientes de ella. Logan seguía con el teléfono apagado y no sabía dónde localizarle.

Debía ser devastador buscar justicia y reclamar lo que consideras que te pertenece para descubrir que nunca nada había sido tuyo, que no era real, y que ni siquiera eras miembro de la familia con la que habías convivido toda la vida.

Llegó hasta el parque donde lo había conocido y se sorprendió de verlo sentado en el banco que solía ocupar, con la misma ropa que llevaba esa mañana. Bobby fue directo a saludarlo con ganas de jugar.

Logan le acarició la cabeza como siempre había hecho mientras Emme llegaba hasta él y, con las rodillas temblorosas, se sentaba a su lado.

Emme no sabía cómo reaccionar. Si lo abrazaba, sería ella la que rompiera a llorar y suponía que en ese momento era él quien debía recibir consuelo y no ocuparse de darlo.

—¿Qué haces aquí? —susurró tratando de contener la emoción que acompañaba sus palabras.

—No lo sé... Pensar.

—Siento mucho todo lo que ha ocurrido esta mañana. No puedo imaginar por lo que estás pasando.

—Ha sido humillante. ¡Qué estúpido! —se recostó en el respaldo del banco—. Yo queriendo reclamar lo que era mío, queriendo limpiar mi nombre... y no tengo ni apellido, ni mucho menos participación en esa empresa... —se desahogó—. Mi vida ha sido una mentira. Buscar venganza durante tanto tiempo una estupidez...

—Pero ya tienes respuestas.

—Y nada más —murmuró con una tristeza absoluta.

Emme le cogió de la mano. Un cálido hormigueo la recorrió. Rezaba en silencio para no sentir su rechazo.

—Me tienes a mí, si quieres, tienes tu proyecto como agente de bolsa, tienes a Bobby —que no dejaba de insistir en que le acariciara la cabeza una y otra vez—. Creo que tienes bastante.

Logan entrelazó sus dedos con los de Emme, en silencio. Su compañía en ese momento era un alivio para el alma.

—He dejado el trabajo esta mañana —prosiguió—. Después de ver lo que vi, solo estoy deseando abrazar a mi padre, incluso trabajar con él.

—¿Le has contado lo que ha pasado? —la miró sin soltarse de su mano.

—No, solo se lo he contado a Astrid y a Leanna que, como yo, se han quedado de piedra.

—No tengo nada.

—No tienes nada de lo que tenías antes, pero puedes pasar página y seguir adelante.

Logan miró al suelo visiblemente afectado.

—Supongo que volveré a trabajar en el lavadero de coches hasta que todo se relaje y pueda buscar clientes nuevos.

—Es una posibilidad —le animó Emme.

Logan la miró de reojo. Realmente parecía que lo apoyaba y era sincera.

—Será mejor que vuelva al hotel —comentó soltándola de la mano mientras se levantaba.

Emme lo miró incómoda antes de ponerse en pie. El vacío que había sentido su mano cuando él la había soltado había resultado devastador. Había creído que volvería con ella a casa, que seguirían donde lo habían dejado, que podría consolarle, abrazarle, hacerle ver que era una persona valiosa e importante.

—Supongo que será cuestión de días que todo esto se calme. No tardará en salir a la luz que no soy hijo de Stone... y mi venganza será reconocida públicamente como absurda...

Emme lo escuchaba con un nudo en la garganta. «¿De verdad que no iba a volver a casa con ella?».

Logan fue incapaz de mantenerle la mirada. Se metió las manos en los bolsillos para no caer en la tentación de suplicarle el afecto y la compañía que tanto necesitaba.

Emme notó su rechazo.

—Bien.... Cuídate —susurró antes de girarse y alejarse a paso rápido con Bobby pisándole los talones. No quería que fuera testigo de las amargas lágrimas que rodaban incontrolables sus mejillas.

Logan la vio alejarse con un suspiro. Solo necesitaba unos días para no salpicarla con todo lo que le estaba ocurriendo. Solo unos días para que él recompusiera su orgullo herido. Solo unos días...



El domingo por la mañana, Simon recibió a su hija con un fuerte abrazo en cuanto le abrió la puerta. Un abrazo reparador que le recordaba lo mucho que la amaba y su apoyo incondicional pese a las decisiones que tomara. Había estado preocupado por ella desde que el escándalo había saltado a las noticias, pero se había mantenido en un discreto segundo plano.

No quería interferir ni perjudicar lo que fuera que estuviera sucediendo. Bertrand le había contado los pormenores del juicio y de la investigación, y aunque hubiera querido llamar a

Logan para mostrarle su apoyo, supuso que las heridas debían curarse en soledad y le había dado tiempo, esperando verlo ante su puerta, con su hija, el fin de semana.

—¿Y Logan?

Emme evitó su mirada para que no leyera el dolor en sus ojos.

—¿Lo esperabas?

—Creí que vendrías con él. Después de todo lo que se está viendo en la prensa...

—Necesitaba soledad para lamer sus heridas —resumió a grandes rasgos.

—Supongo que es lógico —murmuró mientras Margaret llegaba hasta ellos y abrazaba cariñosa a su hija.

—¿Cómo estás? ¿Y Logan?

—Eso le estaba diciendo a papá. Necesitaba estar solo.

—No sé si eso es lo mejor.

—Es lo que él quiere —no les iba a decir que había dado por terminada la relación.

—Bueno, pero te prepararé un plato del asado que he cocinado para que se lo lleves. Él no será parte de los Stone, pero los Barnes no le van a dar la espalda.

—Gracias —murmuró Emme sorprendida por la vehemencia de sus palabras.

Ella había aceptado que él se alejara sin oponer resistencia, sin hacerle ver que era parte de su nueva familia. ¿Quizá era lo que él esperaba que hiciera? ¿Una demostración de que lo amaba y de que no le iba a dejar solo? Pero ¿y si realmente quería soledad y ella no había sido más que un peldaño para seguir adelante en su vida?

La comida se le hizo larga. Las últimas noticias sobre Logan y la S. S. Business fueron el tema de conversación hasta que Emme les informó de sus deseos de empezar a trabajar en la empresa familiar.

Entonces, todo fueron buenos deseos y planes detallados para su inmediata incorporación. El brillo y el orgullo reflejado en la mirada de su padre le reconfortaron el alma.

Se sentía satisfecha por la decisión tomada. Estaba convencida, parecía ser el momento oportuno y, sin duda, marcaría el comienzo de una nueva etapa en su vida.



Dos semanas más tarde, Logan se sentía como un león enjaulado.

Los días siguientes a la humillante revelación de que no era miembro de su familia, fueron vertiginosos. Los periodistas encontraron el hotel en el que se había escondido y hacían guardia en la puerta, importunándole con preguntas estúpidas y acusaciones absurdas.

Cuando consideró que todo estaba más relajado y volvió a su trabajo en el lavadero, volvieron a acosarle y pese a que el señor Wood, los mantenía alejados de la puerta, tenía que seguir escuchando comentarios malintencionados a los que no respondía.

Se había iniciado una nueva investigación en la S. S. Business, las pruebas en contra que

Bertrand había presentado, por las que le condenaron a él hacía tantos años, seguían su curso y estaban siendo investigadas por la policía.

Bertrand le iba manteniendo informado, incluso Roy alguna vez también le llamaba para avisarle de lo que se iba descubriendo. Era cuestión de días que los encarcelaran, y que la empresa fuera adquirida por algún comprador al no tener heredero legal que ocupara la presidencia.

Esa mañana la noticia que invadió los medios fue el grave accidente de tráfico de Henry. Se habló de exceso de velocidad, de intento de suicidio y de justicia divina. Logan no sabía qué pensar. A Henry siempre le había gustado correr con el coche, por más que le hubiera avisado desde que recordaba, de lo imprudente que era.

A última hora de la mañana, Harold Stone aparcó en la puerta del lavadero de coches y salió con la cara demacrada, sin afeitarse y un evidente gesto de preocupación. Logan lo miró extrañado. ¿Qué buscaba allí en lugar de estar en el hospital con su hijo? ¿Qué pretendían hacer esta vez? ¿Sacrificar a Henry aprovechando la gravedad de su accidente? A esas alturas, los creía capaces de cualquier cosa.

—Logan, ¿podemos hablar? —preguntó sin mostrar ningún respeto por el trabajo que estaba interrumpiendo.

Logan lo miró arrogante, mientras sus compañeros los miraban de reojo, con curiosidad.

—¿Qué se le ha perdido aquí, señor Stone? —le preguntó con fingida indiferencia.

No le importaba en absoluto que lo viera lavando coches. Era un trabajo honrado y se sentía orgulloso de estar haciéndolo. Cualquier cosa era preferible antes que recordar siquiera que había trabajado entre ellos.

—Necesito hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar —le respondió Logan tajante—. No sé qué pretende encontrar aquí, pero no voy a darle ninguna oportunidad más para humillarme.

—Henry ha tenido un accidente...

—Lo sé... —le señaló el viejo aparato de radio que estaba encendido.

—Necesito hablar contigo.

Logan se limitó a mirarle como respuesta antes de seguir frotando la esponja en el coche que estaba limpiando.

—Logan, por favor, necesito hablar contigo.

Logan volvió a mirarlo sin detenerse en su quehacer.

—¿Necesitáis mi firma para algo más? —preguntó con sorna—. Creo que sabéis falsificarla bastante bien.

—Logan... siento todo lo que ocurrió. No sabía nada.

Logan se detuvo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. No esperaba esas palabras. Se incorporó y miró desafiante al que había sido su tío. ¿Qué no sabía nada? ¿De qué? Había sido tan culpable como su padre. Había guardado silencio pudiendo no hacerlo. Sin embargo, su ropa arrugada, sus hombros caídos, sus ojeras, la desesperación plasmada en su cara le indicaban que estaba empezando a pagar el precio por todo ello.

—Decir eso ha debido de costarte mucho —comentó con cinismo, extrañado de que se expusiera así ante él. No era necesario que lo hiciera. ¿Buscaba su perdón? ¿Acaso le importaba?

—Logan...

Finalmente asintió y se alejó ligeramente de sus compañeros. Sentía cierta curiosidad por lo que tuviera que decirle.

—¿Qué quieres?

—A Henry le han extirpado el bazo, pero necesitan con urgencia un hígado compatible. Yo no lo soy, no puedo dárselo. Es urgente.

Logan parpadeó incrédulo. «¿Le estaba pidiendo su hígado?»

—¿Qué te hace pensar que nuestros órganos son compatibles? Tú también estabas delante cuando mi... supuesto padre me dijo que no era de la familia.

Harold carraspeó incómodo.

—Te dijo que no eras su hijo...

—¿Y no es lo mismo?

Harold, nervioso, se pasó la mano por la cabeza, incapaz de mirarle a los ojos. La angustia y la preocupación se reflejaban en sus movimientos.

—Verás... tu tía llevaba muy mal embarazo. El crucero fue un regalo para que se relajara... pero apenas salió del camarote... Tu madre siempre fue preciosa, yo soy un hombre —justificó su debilidad—... Los dos estábamos solos... No duró más que esos días... Luego volvimos a la rutina. Tu madre anunció que estaba esperando un hijo tres meses más tarde...

Logan sintió que la sangre se le helaba, incapaz de reaccionar.

—¿Qué me estás diciendo?

—Te prometo que no sabía nada hasta que Baxter lo dijo en su despacho. Siempre creí que fueras su hijo. Te pareces físicamente a él.

—Y a ti.

—Y a mí —asintió avergonzado.

Logan se pasó una mano por la cara, estupefacto, y dio dos pasos atrás mientras se cruzaba de brazos.

—¿Eres mi padre?

Harold asintió con un gesto de cabeza.

—¿Henry es mi hermano?

Harold asintió de nuevo.

Logan parpadeó sorprendido. Miró con dureza al hombre que tenía frente a él.

—Si Henry no hubiera necesitado un trasplante, ¿me lo hubieras dicho?

Harold dudó por unos segundos. Bajó la cabeza, avergonzado.

—No sabía qué hacer. Esto solo ha acelerado el resultado.

Logan sonrió con desdén.

—Tengo una curiosidad... padre... ¿Cómo te sientes por lo que me has hecho? Me metiste en la cárcel durante ocho años y ahora, ¿te atreves a venir a pedirme un trozo de hígado para salvar a tu hijo, que también fue responsable de que yo estuviera encerrado?

—No sabía que fueras mi hijo cuando todo ocurrió —se justificó—. Baxter presentó la opción más sencilla que eras tú. Habías estado mucho tiempo fuera. No te estabas enterando de nada. Habían empezado a investigarnos...

—Eras mi tío. ¿No te importó?

—Eran negocios. Había mucho en juego.

—Yo estaba en juego.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué lo siento?

—No, si no es cierto.

—No sabía que eras mi hijo... Henry no tiene por qué pagarlo.

—¿Henry? Se casó con Charlene y no lo vi tener ningún remordimiento durante el juicio, ni siquiera el otro día cuando directamente me dijisteis que no podía reclamar nada de la empresa familiar porque no era parte de la familia.

—¿Es por dinero? Te reconoceré como mi hijo si es lo que quieres, pero Henry te necesita.

—¿Por dinero? Por dignidad no querría nada que fuera vuestro.

—También es tuyo.

—Solo si me reconoces... padre... —le respondió con ironía—. Y no quiero que lo hagas. No quiero que se asocie mi nombre a una empresa fraudulenta que se dedica a blanquear capital una y otra vez ni a una familia sin escrúpulos que sacrifica a sus miembros sin ningún remordimiento.

—Por favor, ¿vendrás? —insistió cabizbajo—. Henry te necesita.

—¿Y lo que os he necesitado yo todo este tiempo?

Harold desvió la mirada, avergonzado.

—Piénsalo, por favor —murmuró antes de marcharse apesadumbrado.

Logan lo vio alejarse y resoplando se apoyó en la pared. ¿Qué era eso? ¿Una cruel broma del destino? El señor Wood se acercó a él.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó sosteniéndole la mirada.

—¿Lo ha escuchado?

—No estabais susurrando precisamente —se encogió de hombros.

—Me acusaron... me encerraron... me... —era incapaz de terminar ninguna frase.

La rabia, la impotencia, la frustración se agolpaban en su interior, pugnando por salir junto al dolor, la humillación y el resentimiento que todavía sentía.

—Eso es lo que hicieron ellos. Te estoy preguntando por lo que vas a hacer tú.

Logan lo miró serio.

—No se lo merecen.

—No.

Resoplando se pasó una mano por la frente. No sabía qué pensar y mucho menos qué hacer.

—Necesito tomarme unas horas libres. Vendré mañana.

—O el mes que viene... si te tienes que someter a alguna operación... Te guardaré el puesto.

Logan asintió agradecido mirándole con afecto. Había encontrado en ese hombre más apoyo que en la que había sido su familia tanto tiempo.

Se quitó la ropa de trabajo, y tras un largo paseo por el parque, lamentando no ver a Bobby y a Emme, se fue al hospital donde sabía que Henry... su hermano... estaba.



Entró al hospital sin saludar a nadie. Fue directo al punto de información para hablar con el médico encargado. Se le hicieron las pruebas pertinentes y en cuanto obtuvo el resultado positivo, pasó por quirófano.

Estaba reposando en una habitación cuando Harold entró. Iba sin chaqueta, con el nudo de la corbata medio deshecho y la camisa remangada. La preocupación y el agobio que sentía eran visibles.

—El médico nos ha dicho que todo ha ido bien. Henry se salvará. Gracias.

—No tienes por qué dárme las. Sigo sin saber por qué lo he hecho. En cuanto pueda, me iré y no quiero volver a verlos.

—Logan... podemos arreglarlo...

—¿El qué?

La puerta volvió a abrirse y la fría mujer, a la que siempre había considerado su tía, entró sorprendiéndoles a ambos.

—Gracias —le dijo con gran esfuerzo y la mirada dura.

Logan asintió. No parecía sorprendida por lo que había sucedido. No porque él ayudara después de lo que le habían hecho sino porque parecía saber que era hijo de su esposo.

Harold fue hacia ella.

—Gloria...

No miró a su marido.

—No me hables. Ni me mires. Ni te acerques a mí —le advirtió ella, intransigente.

—Gloria... Lo siento... No te dije...

—¿El qué? ¿Que Logan era tu hijo? ¿Que me fuiste infiel con la mujer de tu hermano? Lo fuiste con ella y con otras tantas más. ¿O te crees que no lo sabía?

Logan los miraba en silencio, incómodo y sorprendido. Por lo visto ni la lealtad ni la fidelidad nunca habían sido el punto fuerte de su familia.

—¿Por qué no me dijiste nada? —le preguntó Harold, serio.

Gloria lo miró con rencor.

—Porque no me importaba —le explicó furiosa—. No me faltaba dinero, ni un techo, ni siquiera un hijo por el que velar. Ella me había contado sus problemas para concebir. ¡Qué casualidad que después del crucero se quedara embarazada! Disfruté viendo cómo sacrificabas a tu propio hijo cuando la ambición y el ansia de dinero os puso contra las cuerdas.

Logan apretó los labios con fuerza. Él había sido uno de ellos. Arrogante, soberbio, resentido.

La puerta volvió a abrirse. Charlene entró con los ojos llenos de lágrimas. «Cuánto tiempo sin verla frente a él», pensó Logan. El tiempo la había tratado bien, pero seguía siendo fría y calculadora. Cuando estaban juntos no le había importado que fuera así, pero en esos momentos era incapaz de sentirse atraído por ella.

—Me dijeron que estabais aquí—se justificó incómoda mirando a sus suegros antes de mirar al que había sido su prometido—. No esperaba que actuaras así, Logan. No después de todo...

—¿De todo lo que me habéis hecho? —le preguntó con socarronería—. Sigo sin saber por qué lo he hecho. Quizá porque con esto pienso cerrar la puerta que me une a todos vosotros.

—Eres mi hijo, no puedes...

—Os quiero bien lejos. No quiero que mi nombre se asocie al vuestro más tiempo del necesario. ¿Te recuerdo que os están investigando, otra vez, por blanqueo de capital? No quiero estar en ese barco. Os vais a hundir solos.

Harold asintió.

—Si no podemos librarnos de la cárcel, alguien tendrá que dirigir la empresa.

—¿Qué empresa? ¿Crees que alguien confiará en la compañía después de todo lo que ha

sucedido? Más os valdría cerrarla y devolver todo lo que habéis robado.

—Logan... no entiendes... —empezó a decir Harold, preocupado.

—Claro que entiendo —le rectificó—. Solo os importa el dinero. No quiero volver a veros. A ti —miró a Charlene—, tampoco. Me dejaste ante la primera acusación.

—No iba a quedarme con alguien sin futuro. Te iban a meter en la cárcel... Compréndeme.

—Me declaraste culpable antes que el juez. Supongo que eres la mejor esposa que Henry puede tener, o por lo menos, la que se merece.

—Estás resentido —le reprochó ella molesta—. Ya ha pasado mucho tiempo. Algún día encontrarás una mujer que...

—Largaos de aquí —les dijo intransigente—. Ya tenéis lo que queréis. Espero no volver a veros.

—Logan, la empresa... —insistió Harold.

Logan lo miró con dureza.

—No quiero saber nada de vosotros ni de vuestra empresa —les dijo serio.

—No seas tan orgulloso, hijo...

—¡Fuera de aquí! —ordenó con voz amenazadora.

Logan vio salir a los tres, avergonzados. No se podía creer lo que estaba pasando. No sabía por qué había aceptado someterse a la operación, ¿quizá porque si no lo hubiera hecho no habría podido dormir con su conciencia tranquila?

De cualquier manera, no quería saber nada de ellos, ni nada que le recordara su pasado. Solo quería... volver junto a Emme.



El sábado por la mañana, Emme sintió cómo su corazón daba un salto cuando divisó a Logan sentado en el mismo banco que siempre ocupaba en el parque. Vestía unos pantalones vaqueros y una sudadera desenfadada que no había visto antes. Su pulso se aceleró. ¿Qué debía hacer? ¿Actuar como si no hubiera pasado nada entre ellos? ¿Como si no se hubiera enamorado de él? ¿Como si no le hubiera dolido que se marchara sin darle una mínima explicación?

Sabía por su padre que había salido del hospital y que no había aceptado quedarse con la empresa que por herencia le pertenecía y que, probablemente en unos días, después de devolver lo robado, iba a declararse en quiebra.

Le había dolido que hablara con él antes que con ella, aunque su conversación hubiera sido estrictamente profesional. Por lo visto, Logan estaba decidido a hacerse un nombre, su propio nombre, en el mundo de las inversiones bursátiles. Se sentía orgullosa por él, pero ¿dónde quedaba ella en esa situación? ¿Tan poco había significado lo que había habido entre ambos? Un nudo de lágrimas se alojó en su garganta.

Bobby salió disparado hacia él. Logan sonrió nada más verlos. Acarició a Bobby en cuanto lo tuvo cerca, cariñoso y juguetón. Se levantó para mirar a Emme. Estaba preciosa aunque cierta tristeza se reflejaba en su mirada. Simon le había contado que, por fin, estaba trabajando en la empresa familiar. Quizá solo era cuestión de tiempo que también cambiara de apartamento y no volviera a encontrarla en ese parque.

—Perdóname —le pidió sincero, cuando estuvo frente a ella.

Emme lo miró confundida.

Sentía su corazón en un puño, un nudo en la garganta y las rodillas temblorosas. No iba a ceder tan pronto. No iba a derretirse ante sus palabras. Habían pasado muchos días y lo único que tenía claro era que se había enamorado de él y él no la correspondía.

—No tienes por qué pedirme perdón —le respondió a la defensiva—. Hiciste lo que considerabas que era lo mejor. Te fuiste de casa...

—No —la interrumpió serio—. Perdóname por no ser capaz de ver todo lo que me estabas dando.

—No te di nada... Pagabas el alquiler de la habitación.

Logan negó con la cabeza.

—Una vez me preguntaste si estaba enamorado de Charlene y no supe contestarte —le explicó—. Nunca estuve enamorado de ella. No he sabido lo que era el amor hasta que te he conocido. Quizá por eso tardé tanto en reconocerlo. Perdóname por no haberlo visto antes.

Emme asintió incómoda mientras las lágrimas se agolpaban en sus pestañas. Su rechazo todavía dolía. Estaba tan guapo, tan atractivo, tan honesto como recordaba. La vulnerabilidad reflejada en su mirada le removió el corazón.

—¿Podrás perdonarme? —insistió Logan.

—¿Exactamente por qué debería hacerlo? Mi padre me dijo que habías salvado la vida a tu primo, que habías renegado de tu familia y de la S. S. Business, que sigues adelante con tu empresa de inversiones... No creo que mi perdón signifique nada en tu vida. No me has llamado ni una vez... —reconocerlo en voz alta dolía más.

Logan dio un paso hacia ella.

—Te amo —reconoció cogiéndole de la mano que no sujetaba la correa de Bobby—. No me importa nada si tú no estás conmigo. Fuiste lo único y lo mejor que tuve en uno de los peores momentos de mi vida. Quiero que también estés a mi lado de ahora en adelante.

—¿Y si sientes la necesidad de irte como ha ocurrido los últimos días?

—No te pediré que me esperes —le respondió sincero—. Emme, no me fui. Me escondí para lamer las heridas, como tú dices. Dolían demasiado. El desprecio, la traición, la verdad... —Metió las manos en sus bolsillos, vulnerable—. Estabas delante cuando... Me sentí humillado... impotente... Luego mi tío me pidió... No es mi tío...

—Mi padre me contó lo que hiciste por Henry —murmuró casi incapaz de hablar.

Lo sentía incómodo abriéndose totalmente a ella.

—Eso forma parte de mi pasado, igual que los años en prisión. He cerrado esa puerta y no quiero volver a abrirla —le aseguró—. Solo quiero estar contigo, Emme, sacar juntos a Bobby, esperar a que vengas del trabajo, cenar pizza con tus amigas, dormir a tu lado...

Emme lo miraba sin que las palabras acudieran a su garganta. Ella quería lo mismo pero el miedo a que él volviera a irse, a sentirse tan sola como se había sentido tras su marcha, le impedía dar un paso adelante.

—Si volvieras a preguntarme si sé lo que es el amor te diría que sí, que ya sé lo que es. El amor es lo que siento cuando te miró, Emme. Lo que siento cuando tú me miras.

Emme sintió la caricia al corazón y la sonrisa de su alma. No pudo evitar sonreír emocionada.

Logan eliminó la distancia que los separaba y le acarició la mejilla con cariño mientras compartían la mirada llena de amor, de reconocimiento y de entrega absoluta.

Bobby buscó la atención de ambos rozándose por sus piernas.

—¿Empezamos de nuevo? —le preguntó Logan besando con suavidad sus labios—. Sigo sin tener nada si no estás conmigo. En el banco del parque. Sin lugar a donde ir si no es contigo.

—¿Quieres que te invite a desayunar? —le respondió Emme en un susurro mientras compartían tiernos besos.

Logan sonrió divertido.

—No. Quiero que digas que me perdonas, que me amas, que tenemos un futuro juntos...

Emme le miró a los ojos.

—Sabes que te perdono, que te amo y que tenemos un futuro juntos.

—Quería oírlo de tus labios—le sonrió emocionado—. Hoy te invito yo a desayunar.

Emme asintió antes de que Logan la abrazara satisfecho. Él cubrió su boca con la suya para besarla, para sellar las palabras compartidas, para prometerle amor eterno.

Emme se entregó al beso enamorada, sincera, segura de que el amor entre ellos sería para siempre.

Y así fue.



Epílogo

Emme estaba mirando detenidamente las fotos que Astrid le estaba mostrando en su teléfono móvil mientras Leanna partía las pizzas que habían llevado a su piso momentos antes.

—Creo que es muy buena opción —le explicó Astrid sincera—. Es un piso amplio, luminoso y con zonas de parque cerca para Bobby.

—Así Astrid no tendrá miedo de que le roben el coche cada vez que vaya a verte si yo no estoy.

—No digas tonterías —le respondió Astrid con una mueca—. ¿Y por qué no vas a estar?

Leanna dio un bocado a su porción de pizza con anchoas antes de contestar.

—No sé nada de Elliot y no voy a esperar más. Me voy mañana.

—¿Mañana?! —exclamaron las dos amigas a la vez.

Leanna asintió masticando con la boca llena.

—¿A Zambia? ¿Tú sola? ¿Estás loca? —le preguntó Astrid.

—Contrataré un guía local o algo así —les indicó despreocupada—. No pasa nada. Seguro que me lo encuentro tan tranquilo construyendo una escuela, un hospital o el tendido eléctrico de toda una aldea, yo que sé. Pero me va a escuchar. Se olvida de él mismo, de la familia... No se puede ser tan bueno en la vida, Emme y esto también va por ti. Con Logan te ha salido bien, pero podía haber pasado cualquier cosa.

—No digas eso, claro que se puede ser bueno en la vida, y se debe.

Leanna negó con la cabeza y una mueca burlona.

—Lo que no se puede es ser tan impaciente —le recriminó Astrid—. ¿No podías haber contactado con alguien de allí? No sé... la policía o como has dicho un guía local para que lo encuentre y te llame.

—No lo había pensado, pero no iba a quedarme esperando.

Emme y Astrid se miraron entre sí preocupadas.

—No va a pasar nada —insistió Leanna—. Cuando queramos darnos cuenta, Emme ya estará viviendo en ese piso de ensueño —le señaló el móvil—, tú habrás vuelto de ese retiro espiritual y yo estaré de vuelta con un par de máscaras de madera para vosotras de recuerdo de mi viaje.

—No me voy a un retiro espiritual —la corrigió Astrid—. Es un Mastermind empresarial, y no me hace mucha gracia que te vayas a Zambia sola. No sabes lo que puede pasarte.

—¿A mí? No exageres. Mira lo que le ha pasado a Emme por meter en casa a un indigente... Quizá encuentre al amor de mi vida. Lo dudo pero...

Emme le respondió con una mueca burlona.

—Hablando de él... —sonrió Leanna al escuchar la puerta y ver a Bobby entrar a saludarlas como si no las hubiera visto en meses.

—¿Hablabais de mí? —preguntó Logan antes de besar a Emme, sonriente y orgulloso.

—Hablabamos de cómo va a continuar nuestra vida —le explicó Leanna.

Emme sonrió a Logan antes de pasarle el móvil de Astrid.

—Mira este piso, ¿qué te parece?

—A tu lado todo me parece bien —le sonrió Logan convencido y satisfecho.

Emme lo miró agradecida mientras él se sentaba a su lado y le pasaba la mano por la cintura. Apoyó la cabeza en su hombro para ver juntos las imágenes del piso que sería testigo de su futuro y su vida en común.

Logan le besó los labios con cariño. La vida les sonreía y ellos, sin duda, le devolverían la sonrisa.

Sobre la autora

Annabeth Berkley es una prolífica escritora de novela romántica corta.

Sus novelas son bonitas, dulces, románticas y llenas de Amor y de Confianza en la Vida. Pertenecen al género conocido como *Clean Romance*.

Ha escrito la serie de novelas románticas Edentown, con novelas cortas, conclusivas y que te harán sentir que la vida es maravillosa.

Es autora de la bilogía Hermanas McVee, la bilogía Intercambio de gemelas y de la serie Valientes, ambientada en el Oeste americano.

Tiene varios libros publicados con la Editorial Kamadeva: Un viaje sin retorno, Amor bajo sospecha, Pinceladas de Amor, y El reencuentro, que resultó ganador en el concurso de novela romántica organizado por la editorial en 2.021.

Sus novelas navideñas son realmente preciosas, emotivas y tiernas y están muy bien valoradas por los lectores.

Si crees en el amor, te gustarán sus novelas. No te las pierdas, y síguela en sus redes sociales.

Si quieres conocer un poquito más a la autora, así como sus nuevas obras, no dejes de seguirla en las principales redes sociales. Está deseando leer tus comentarios.

<https://www.instagram.com/annabethberkley>

Otras novelas de la autora

Serie Valientes

ABANDONADA: Cuando la soledad duele, el amor puede salvarte.

<https://relinks.me/B09Q2FGLP3>

DECIDIDA: Cuando decides salvar tu vida, haces cualquier cosa, ¿o no?

<https://relinks.me/B09V8HFQGG>

CAPRICHOSA: Mucho más que un capricho es la decisión firme y calculada de una mujer.

<https://relinks.me/B0B1KY8YCY>

SOÑADORA: Si no persigues tus sueños ¿para qué vives?

<https://relinks.me/B0B7SLL8T8>

AUDAZ: Quizá seguir los dictados del corazón no siempre sea una buena idea ¿o sí?

<https://relinks.me/B0BTK8GWT3>

ATREVIDA: ¿Qué te atreverías a hacer para volver a sentirte viva?

<https://relinks.me/B0BXTCPGK9>

ASTUTA: ¿Usurparías el lugar de tu hermanastra para empezar una nueva vida?

<https://relinks.me/B0CJP1JKX3>

CONFIADA: ¿En quién puedes confiar cuando ya no te queda nada?

<https://relinks.me/B0CW92N9PG>

Serie Intercambio de Gemelas

NOVIA POR SORPRESA: ¿Ocuparías el lugar de tu hermana gemela el día de su boda?

<https://relinks.me/B09BZWH7G2>

NOVIO POR SORPRESA: ¿Y si cambiar la vida con tu hermana gemela no es tan relajado como creías?

<https://relinks.me/B0C4BLN82X>

Serie Edentown

[UNA DECISIÓN AFORTUNADA](#) ¿Y si tomas una decisión que te cambia la vida?

<https://relinks.me/B08HMD8WTM>

[EL TRIUNFO DEL HOGAR](#) ¿Vas a esperar al amor de tu vida para tener un hijo?

<https://relinks.me/B08CY82RSY>

UNA PASIÓN ESCONDIDA. DESCARGA GRATIS EN ESTA WEB

<http://www.annabethberkley.com/descarga-una-pasion-escondida/>

[DE REPENTE EL AMOR](#) ¿Aceptarías la proposición matrimonial de una desconocida?

<https://relinks.me/B08KGTMFNL>

[UNA NUEVA OPORTUNIDAD PARA EL AMOR](#) ¿Y si el amor aparece en tu peor

momento?

<https://relinks.me/B08M3788ND>

[SEÑALES DEL DESTINO](#) ¿Qué harías si tu amor platónico apareciera frente a ti?

<https://relinks.me/B08KTQBPSR>

...

Serie Hermanas McVee

EL AMOR TE BUSCA ¿Le quitarías el puesto a tu hermana en la empresa familiar?

<https://relinks.me/B08YWYY1SP>

EL AMOR TE ENCUENTRA ¿Y si no te quedara más remedio que empezar de nuevo?

<https://relinks.me/B0935V7163>

Novelas Románticas Navideñas

[TRES NOVIOS PARA NAVIDAD](#) ¿Y si el pasado nos da alas para el presente?

<https://relinks.me/B08PDQC74Q>

[TRES NOVIAS PARA NAVIDAD](#) ¿Qué no harías por ver sonreír a tu abuelo?

<https://relinks.me/B08N711QLT>

[SORPRESAS POR NAVIDAD](#) ¿Qué puedes hacer para que tu familia no deje de presionarte para que lleves un novio? ¿Enamorarte del de tu hermana?

<https://relinks.me/B08NLF1VV2>

[UN HOGAR POR NAVIDAD](#) ¿Romperías la palabra que le has dado a tu madre antes de morir?

<https://relinks.me/B09LJ53Z75>

[UNA HERENCIA PARA NAVIDAD](#) ¿Te casarías para recibir una herencia?

<https://relinks.me/B0BH4WWNRC>

[UN DESEO PARA NAVIDAD](#) ¿Es la Navidad el mejor momento para pedir deseos?

<https://relinks.me/B0BMGVV9GM>

[ESTRELLAS PARA NAVIDAD](#) ¿Y si descubres que quien se ha ido no lo ha hecho del todo?

<https://relinks.me/B0CN9D3TJX>

[UN BESO EN NAVIDAD](#) ¿Por qué no abrirte a lo desconocido siguiendo tu corazón?

<https://relinks.me/B0CQRLGLXR>